

DAD AU
CIÓN GE

EV
TE

P121

C6

c.1



1080022184



GRAMATICA GENERAL

ESCRITA EN FRANCES

POR

EL ABAD DE CONDILLAC,

PRECEDIDA DE LAS LECCIONES PRELIMINARES

DEL MISMO AUTOR,

Y TRADUCIDA

PARA EL USO DE LOS ESTABLECIMIENTOS CIENTIFICOS

DEL ESTADO LIBRE

DE

GUANAJUATO.



Biblioteca Universitaria

47041

GUANAJUATO: 1828.

Imprenta del Supremo Gobierno, á cargo del
C. José Maria Carranco.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Feltes



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ADVERTENCIA.

Destinada la presente traducción á la enseñanza pública en los establecimientos científicos del Estado, se ha hecho necesario, para acomodarla á este objeto, hacer en ella algunas variaciones, que desde luego calificarán de indispensables los que ecsaminen á fondo la materia.

En efecto, habiendo escrito su obra en francés el Abad de Condillac, era muy natural que las aplicaciones que hiciese de los principios de la gramática general á una lengua en particular, se refiriesen al idioma en que escribía, como realmente se ha verificado. Es, pues, evidente que ecsistiendo diferencias esenciales entre el carácter de este y el del que hablamos nosotros, habrá entrado en pormenores que nos serán inútiles, y que ó deberán omitirse por ser peculiares al francés, ó substituirse con otros que correspondan propiamente al castellano.

Tal es el sistema que se ha seguido en la segunda parte de esta obra, ya suprimiendo los párrafos en que se trata de expresiones ó combinaciones ajenas de nuestro idioma, ó ya usando de los principios que se establecen en la gramática castellana.

01083

LECCIONES

PRELIMINARES.

DEFINICION DE LA GRAMATICA GENERAL.

Gramática general no es otra cosa que el arte de hablar bien, y escribir correctamente: es decir, el arte de expresar bien el pensamiento por medio del lenguaje, y de su buena escritura.

Las lecciones preliminares tienen por principales objetos, las ideas, las operaciones del alma, los hábitos ó costumbres, la distincion del alma y el cuerpo, y el conocimiento de Dios.

Estos objetos se explicarán compendiosamente en los cinco artículos siguientes.

ARTICULO PRIMERO.

De las diferentes especies de ideas.

Quando tenemos presentes los cuerpos, los conocemos por las sensaciones que hacen en nosotros, y cuando están ausentes por el recuerdo de las sensaciones que hicieron. No tenemos otro modo de conocerlos.

(4)

Nuestras sensaciones son pues las que nos representan los cuerpos: tanto cuando existen actualmente en el alma, como tambien cuando solo subsisten en el recuerdo que conservamos de ellas.

Las sensaciones consideradas como que representan los cuerpos, se llaman *ideas*; palabra que en su origen solo significaba lo que nosotros entendemos por *imagen*.

Una vez que las imágenes, que nos representan los cuerpos, ó sea las ideas, son sensaciones, tendremos tantas ideas diferentes, como sensaciones diferentes tengamos; y pues nuestras sensaciones son originariamente nuestras únicas ideas, no nos será posible tener ideas, si las sensaciones nos llegan á faltár. Un ciego de nacimiento no tiene idea de los colores; y si nosotros tuviésemos un sexto sentido, tendríamos entonces ideas que ahora no tenemos.

Aquellas cosas que nuestras ideas ó sensaciones nos representan en los cuerpos, se llaman *cualidades*, *modo de ser*, ó *modificaciones*. Llamanse *cualidades*, porque sirven para distinguir los cuerpos unos de otros; *modos de ser*, porque este es el modo como existen; *modificaciones*, porque una cualidad mas ó menos modifica un cuerpo, quiero decir, produce alguna mudanza en su modo de existir. Las cualidades que de tal modo son propias de una cosa, que no pudieran convenir á otra ninguna, se llaman *propiedades*.

(5)

Una propiedad del triángulo por ejemplo, es estar terminado por tres lados.

Pues que las cualidades distinguen los cuerpos, y son modos de ser de ellos, habrá en los cuerpos alguna cosa que modifique estas cualidades, que sea la base ó sugeto de ellas, la que nos figuramos que está debajo, y por esta razon la llamamos *substancia*, de *substare* estar debajo.

Las sensaciones no nos representan esta cosa: luego no tenemos idea alguna de ella. Pero una vez que las cualidades modifican, es indispensable que haya alguna cosa que sea modificada. Por consiguiente la palabra *substancia* es un nombre dado á una cosa que sabemos existe, aunque no tengamos idea alguna de ella.

Si queremos conocer lo interior de un reloj, lo habremos de desarmar ó separar en partes: colocaremos con orden todas estas partes: examinaremos separadamente la hechura de cada una, como obra: unas en otras, y como el movimiento comunicado por un muelle, pasa de rueda en rueda, hasta la manecilla que señala las horas.

Del mismo modo si queremos conocer un cuerpo, lo desarmaremos, por decirlo así, lo separaremos en partes. Veamos como se hace ésta descomposicion.

Ningun sentido solo nos representa todas las cualidades que percibimos en los cuerpos. La vista nos representa los colores,

(6)

el oído los sonidos, &c.; luego sirviendonos separadamente de nuestros sentidos, empiezan ya los cuerpos á descomponerse: despues observaremos sucesivamente sus diferentes qualidades, como observabamos las diferentes partes de un reloj. El tacto es el sentido que nos descubre mas qualidades: pero al mismo tiempo que representa muchas de ellas de una vez, no las ofrece á la observacion sino una despues de otra. Si yo quiero juzgar de la longitud, latitud y profundidad de un cuerpo, es menester que las observe con separacion.

Una vez que los sentidos nos representan las qualidades, de nosotros depende el considerarlas unas despues de otras. Podemos pues observarlas como si ecsistiesen separadas de la substancia que modifican. Yo puedo, por ejemplo, pensar en la blancura, sin pensar en este papel, ni en la nieve, ni en ningun otro cuerpo blanco. Esta blancura considerada separada de todo cuerpo, es lo que se llama una *idéa abstracta*, de *abstrahere*, que significa *separar de*.

Por consiguiente, si de todas las idéas que adquiero por los sentidos, formo otras tantas idéas abstractas, tendré hecha la descomposicion de todas las qualidades que conozco en el cuerpo, puesto que las habré separado todas.

Así como recomponemos un reloj quando juntamos las partes en el orden que

(7)

tenian antes de haberlo desarmado; así tambien recomponemos la idéa de un cuerpo, quando juntamos sus qualidades en el orden en que coecisten, ó lo que es lo mismo, en el orden en que ecsisten juntas.

La descomposicion es necesaria para conocer cada qualidad separadamente; y tambien lo es la recomposicion, para conocer el todo que resulta de la reunion de las qualidades conocidas.

Esta descomposicion y recomposicion es lo que llamo *analisi*s. Luego analizar un cuerpo no es otra cosa que descomponerlo para observar en un orden sucesivo sus qualidades, y recomponerlo para tener el conjunto de las qualidades reunidas. Luego que hemos analizado de esta manera un cuerpo, ya lo conocemos, quanto podemos conocerlo.

Hay en los cuerpos ciertas qualidades que podemos conocerlas sin compararlas con otra. Tal es la estension. Estas qualidades se llaman *absolutas*. Hay tambien en cada cuerpo ciertas qualidades que no podemos conocerlas sin compararlas con otra. Tal es la magnitud. Estas qualidades se llaman *relativas*.

Luego para conocer los cuerpos no basta observar sus qualidades absolutas, sino que es menester tambien observar sus qualidades relativas; y por consiguiente es menester que al paso que los analizamos, comparemos unas con otras.

(8)

¿Pero que orden seguiremos en estas comparaciones? Es evidente que lo confundiremos todo, si no guardamos algun método.

Si yo quiero hacer uso de mi librería, pondré en un paraje los libros de historia, en otro los de poesía, &c.; despues dividiré la historia en antigua y moderna; la moderna en historia de Francia, Inglaterra, &c., y de este modo haré de mis libros diferentes colecciones, que llamaré *clases*.

Las *clases* de historia antigua y moderna, son subdivisiones de la clase que llamé *libros de historia*, así como las *clases* de historia de Francia, Inglaterra, &c., son subdivisiones de la clase que llamé *historia moderna*.

Llamo *clases subordinadas unas á otras* las que se forman por una serie de subdivisiones. Por tanto las *clases* de historia de Francia y de Inglaterra, son *clases subordinadas* á la de *historia moderna*, así como las *clases* de historia moderna y de historia antigua son *clases subordinadas* á la de *libros de historia*. Claro está que en habiendo clasificado mis libros de este modo, me será mas facil encontrar el que busque.

De esta manera es como calificamos las cosas al paso que las observamos, y por este método nos podemos formar diferentes especies de ideas.

(9)

Cada cosa es una, y por esta razon se llama *singular ó individual*. Pedro, y Pablo, por ejemplo, son dos *individuos*.

Si se le dice á un niño que Pedro es un hombre, advertirá que Pablo es igualmente un hombre, porque Pablo se asemeja á Pedro; y no tardará en aplicar el nombre de *hombre* á todos los individuos que tengan semejanza con Pedro y Pablo, y por tanto habrá formado una clase de todos estos individuos.

Luego que observe que entre los hombres hay nobles y plebeyos, eclesiásticos y militares, doctos é ignorantes, &c., subdividirá la clase que denotaba con la palabra *hombre*, en otras muchas, que distinguirá con nombres diferentes.

Del mismo modo, luego que considere lo que los hombres tienen de comun con los perros, caballos, &c. y observe que los hombres, los perros, caballos &c., cuando solo se atiende á lo que tienen de comun, se denotan con el nombre de *animal*, juzgará que hombre, perro, caballo, &c. no son mas que subdivisiones de la clase *animal*, y pondrá en esta clase todos los animales al paso que los vaya observando.

Noble solo se dice de una parte de los individuos que se denotan con la palabra *hombre*. La clase que comprehende el mayor número de individuos se llama *general*; y la que solo comprehende un cierto

número, particular. *Noble* es pues una clase particular con relacion á *hombre*; y *hombre* es una clase general con relacion á *noble*, *plebeyo*, &c.

Pero así como la clase de *hombre* es general con relacion á las clases en que se subdivide, del mismo modo es una clase particular relativamente á la clase de que es una subdivision. Por consiguiente, *hombre* es una clase particular con relacion á *animal*; y *animal* es una clase general con relacion á *hombre*, *perro*, *caballo*, &c.

A estas clases les daremos tambien los nombres de *géneros* y *especies*, comprendiendo bajo el nombre de *géneros* las clases generales; y bajo el nombre de *especies* las clases particulares. Por ejemplo, *noble* y *plebeyo* son especies respecto de *hombre*; y *hombre* que es un género respecto de *noble* y *plebeyo*, es una especie respecto de *animal*.

Del mismo modo que se clasifican los objetos sensibles, se clasifican tambien sus cualidades. Si consideramos, por ejemplo, las cualidades con relacion á los sentidos que nos dan el conocimiento de ellas, distinguiremos, en general, cinco especies; y cada una de estas especies será un género con relacion á las clases en que se subdivide. *Color*, por ejemplo, es un género con relacion á las cualidades que conocemos por la vista; y los colores se subdividen en muchas especies, como son, *blanco*, *negro*, *rojo*, &c.

El clasificar así las cosas, es lo mismo que distribuirlas con orden. Hecho esto, ya podemos subir de una en otra clase, desde el individuo hasta el género que comprende todas las especies, como tambien descender desde este género hasta los individuos.

Esta distribucion de las cosas en clases subordinadas se hace solo con el fin de poder, á nuestra voluntad, pasar de la especie al género, y volver del género á la especie. Sin ella, se confundirían nuestras ideas, y nos sería imposible estudiar la naturaleza.

Hecha esta distribucion, ya se hallan nuestras ideas distribuidas por clases, del mismo modo que las cosas que hemos observado; y tenemos *ideas singulares* ó *individuales*, que nos representan los individuos; *ideas particulares* que nos representan las especies; é *ideas generales* que nos representan los géneros. La idea, por ejemplo, que tengo de Pedro, es singular ó individual; y así como la idea de hombre es general respecto de las ideas de noble y plebeyo, tambien es particular respecto de la idea de animal.

Habiendo ya visto como se forman nuestras ideas, es fácil conocer lo que es cada una en sí misma.

Un hombre en general, un color en general, no están en la jurisdiccion de los sentidos, pues no podemos ver sino tal hombre, tal color. En una palabra, solo vemos individuos.

Puesto que los sentidos solo nos ofrecen individuos, no podremos tener, si se ha de hablar con propiedad, mas que ideas individuales. ¿Que son pues las ideas generales? Son los nombres de las clases que hemos hecho, á medida que hemos conocido la necesidad de distribuir con orden nuestros conocimientos. ¿Que representan estas ideas? Representan solo lo que percibimos en los individuos. La idea general de *hombre* no representa mas que lo que vemos que hay de comun entre Pedro, Pablo, &c.; esta es la causa de haber yo dicho que si se ha de hablar con propiedad, solo tenemos ideas individuales. En efecto en las ideas generales solo percibimos lo que en los individuos.

Este modo de explicar la generacion de las ideas es sencillito, y tal vez lo parecerá demasiado á algunos lectores; pero no se me negará, que si los filósofos hubiesen usado de esta sencillez, se hubieran ahorrado de muchas cuestiones frívolas, y de muchísimos malos raciocinios.

Por lo demás, ya se concibe que para hacer familiares estas cosas á un niño, es menester presentarle algunos ejemplos, los que se encontrarán con facilidad, porque un niño que sabe hablar, ya tiene bastantes ideas de individuos, especies y géneros. No se trata, pues, de que haga alguna cosa nueva, si no solo de hacerle observar lo que él mismo ha hecho, y enseñarle algunas denominaciones.

Luego si, en realidad de verdad, no hay que enseñarle mas que palabras, los que piensan que un niño no puede aprender mas que palabras, convendrán en que está á su alcance todo cuanto hé espuesto en este artículo.

ARTICULO II.

De las operaciones del alma.

LA ATENCION.

LLAMASE, en general, *objeto*, todo lo que se ofrece á los sentidos ó al espíritu. Cuando echamos los ojos indiferentemente sobre todos los objetos que se ofrecen á nuestra vista, no nos detenemos mas en unos que en otros. Pero si fijamos los ojos en uno de ellos, reparamos con mas particularidad las sensaciones que hace en nosotros, y ya no percibimos las sensaciones que los demas nos envian. Estas sensaciones que recibimos de este objeto, y que notamos con mas particularidad, nos dan á conocer lo que pasa en nosotros, cuando ponemos nuestra *atencion*.

La atencion, pues, supone dos cosas; una de parte del cuerpo, y otra de parte del alma: de parte del cuerpo, la direccion de los sentidos ú órganos hácia un objeto: de parte del alma, la sensacion misma que este objeto hace sobre nosotros, la que notamos con mas particularidad.

(14)

La direccion de los órganos, la cual hace que observemos con mas particularidad una sensacion, no es mas que la causa de la atencion. Esta se halla únicamente en nuestra alma, y no es mas que la sensacion particular que experimentamos.

Por tanto, cuando de muchas sensaciones que tenemos á un mismo tiempo, la direccion de los órganos nos hace observar una, de manera que ya no reparamos en las otras, esta sensacion viene á ser lo que se llama *atencion*.

Podemos poner nuestra atencion en un objeto, en una parte de él, ó solamente en una cualidad. En todos estos casos, no es mas que una sensacion que se hace notable, y hace que desaparezcan las demas.

Asi como la atencion que ponemos en un objeto presente, no es mas que una sensacion particular que dicho objeto hace sobre nosotros; así tambien la atencion que ponemos en un objeto ausente, no es mas que el recuerdo de las sensaciones que aquel hizo: recuerdo que es bastante vivo para hacerse notar, y que no es mas que una sensacion mas ó menos distinta.

LA COMPARACION.

El poner á un tiempo nuestra atencion en dos objetos, es observarlos á un mismo tiempo; pero observarlos á un mis-

(15)

mo tiempo es compararlos: luego la *comparacion* no es mas que la atencion que ponemos en dos distintas cosas.

Podemos comparar dos objetos presentes, dos objetos ausentes, ó un objeto presente con otro ausente. En todos estos casos, la comparacion no es mas que la atencion que ponemos en las ideas que tenemos de dos cosas; esto es, en las sensaciones que los objetos hacen sobre nosotros, si están presentes, ó en el recuerdo de las sensaciones que hicieron, si están ausentes.

Decir que ponemos nuestra atencion en dos cosas, es lo mismo que decir que hay en nosotros dos atenciones. Luego la *comparacion* no es mas que dos atenciones.

Acabamos de ver que la atencion no es mas que una sensacion que tenemos como si fuese sola. Dos atenciones no serán, pues, sino dos sensaciones que tenemos como si fuesen solas; y por lo mismo, no habrá, en la comparacion, mas que sensaciones.

Pero se me podría preguntar: si la atencion no es mas que una sensacion ¿como ponemos nosotros nuestra atencion? ¿Que significa este lenguaje poner atencion?

Esto significa, si el objeto está presente, que dirigimos á él nuestros sentidos, para recibir, de un modo mas particular, las sensaciones que hace, y para recibirlas, en algun modo, con exclusion de cualquiera

(16)

otra. Por eso, notamos antes, que la direccion de los sentidos es la causa de la atencion.

Pero si el objeto está ausente, no podemos dirigir á él nuestros sentidos. ¿Como, pues, en este caso, ponemos nuestra atencion?

Respondo, que no ponemos nuestra atencion en un objeto ausente, si la memoria que nos lo pinta en nuestro espíritu, no ha prevenido nuestra atencion; pues no pensaríamos en él, si no nos acordásemos de él. Cuando la memoria lo reproduce, basta para poner en él nuestra atencion, que no la pongamos en otra cosa; porque entonces esta memoria será la sensacion que notemos con mas particularidad.

EL JUICIO.

CUANDO comparamos dos objetos, vemos que hacen en nosotros unas mismas ó diferentes sensaciones; por consiguiente, vemos que son semejantes ó desemejantes. Esto es juzgar. Luego la comparacion contiene al juicio, y por consiguiente, así en el juicio como en la comparacion, no hay mas que lo que llamamos sensaciones.

Las cosas, ó han de ser semejantes, ó desemejantes: luego nuestros juicios no descubren en los objetos sino semejanzas ó desemejanzas, igualdades ó desigualdades. Si

(17)

ponemos una sobre otra dos ojas de papel, juzgaremos si son iguales ó desiguales en magnitud. Si las ponemos una al lado de otra, podremos juzgar si son semejantes ó desemejantes en el color. El acercarlas de esta manera, para juzgar de su igualdad ó desigualdad, de su semejanza ó desemejanza, es lo que se llama *referirlas* una á otra; y de consiguiente, se dice que tienen *relaciones* de semejanza ó desemejanza, de igualdad ó desigualdad. Estas son las relaciones mas generales, que se pueden considerar en las cosas.

LA REFLECSION.

Podemos poner nuestra atencion sucesivamente en muchas cosas, en muchas partes de una misma cosa, ó en muchas cualidades, y al mismo tiempo podemos ir comparando estas cosas, estas partes, estas cualidades, y juzgar de ellas. Cuando la atencion hace, de esta suerte, una série de comparaciones, y forma una série de juicios, notamos que en cierto modo, reflecta de una cosa sobre otra, de una parte sobre otra parte, de una cualidad sobre otra cualidad. En este caso toma el nombre de *reflecsion*. Luego la *reflecsion* no es mas que la atencion, que va y vuelve de una idéa á otra, hasta que hemos observado y comparado bastante para juzgar de la cosa que queremos conocer.

LA IMAGINACION.

Mi atención puede dirigirse al recuerdo de un objeto ausente, y representármelo como presente. Puede también dirigirse, por ejemplo, por una parte á la idea de hombre, y por otra á la idea de cien codos, y hacer de las dos una sola idea. En ambos casos toma la atención el nombre de *imaginación*. Esta es la causa de decirse, que un hombre de imaginación es un espíritu creador. En efecto, de varias cualidades que el autor de la naturaleza ha esparcido en diferentes objetos, forma este hombre un todo, y crea cosas que solo existen en su espíritu.

EL RACIOCINIO.

Un hombre virtuoso merece ser recompensado; Pedro es un hombre virtuoso; luego Pedro merece ser recompensado. Este es un *raciocinio*, el cual está formado de tres juicios, que se llaman *proposiciones*.

Una vez que un juicio no es mas que la atención que compara y advierte una relación, es evidente que un *raciocinio* no puede ser otra cosa que la atención misma; pues solo está formado de juicios. Quédanos solo que considerar lo que hay de particular en los juicios de que se compone un *raciocinio*.

En el ejemplo, que aquí hemos puesto, vemos que lo que constituye un *raciocinio* es que el tercer juicio está contenido en los dos primeros; porque cuando digo *Pedro es un hombre virtuoso, y un hombre virtuoso merece ser recompensado*, es lo mismo que si dijera que *Pedro merece ser recompensado*, lo cual es tan claro como lo que mas. Esta es la causa porque el que ha percibido la verdad de los dos primeros juicios, no puede dejar de asegurar el tercero. Infiere, pues, que *Pedro merece ser recompensado*; y cuando saca esta consecuencia, no hace mas que enunciar explícitamente lo que ya habia dicho implícitamente.

Hecha esta explicación, digo que un *raciocinio* no es mas que la atención, que es determinada á formar un tercer juicio, porque lo ve contenido en otros dos juicios que ha hecho.

EL ENTENDIMIENTO.

Asi como el oído entiende los sonidos, así el alma entiende las ideas, y se dice el *entendimiento* del alma. ¿Como, pues, entiende el alma las ideas? Poniendo su atención, comparando, juzgando, reflexionando, imaginando, *raciocinando*. El entendimiento, pues, abraza todas las operaciones dichas, y solo es el resultado de ellas.

Dase á estas operaciones el nombre de *facultad*, con lo cual no se quiere decir que están actualmente en el alma, sino solo

que el alma es capaz de ellas: Dase tambien este nombre, en el mismo sentido, à las acciones del cuerpo; así decimos, que tenemos la facultad de ver, de andar, de comparar, de juzgar, porque somos capaces de ver, de andar, comparar y juzgar.

De todo lo que hemos explicado en este artículo, se puede concluir, que las operaciones del entendimiento no son mas que la sensacion misma, que se transforma en atencion, comparacion, juicio, reflexion, &c.

EL DESEO. (*)

LA privacion de una cosa, que juzgamos nos hace falta, produce en nosotros una desazon ó una inquietud tal que sufrimos mas ó menos. Esto se llama necesidad.

(*) Para mejor inteligencia, claridad y exactitud de este punto, he creido conveniente añadir aquí lo que el mismo Condillac dice en su *Lógica*, pag. 69, Traducid. P. D. Bernard. Maria de Calzada.

„Aunque por sufrir se entiende propiamente experimentar una sensacion desagradable, es cierto que la privacion de una sensacion agradable es un verdadero sufrimiento, mas ó menos grande. Pero es menester notar, que estar privado, y carecer de alguna cosa, no es lo mismo. Se puede no haber gozado nunca de las cosas de que se carece, ó tambien no haberlas conocido jamas. Sucede muy diferentemente respecto de las cosas de que estamos privados: no solamente las conocemos, sino que además tenemos la costumbre de gozar de ellas, ó á lo menos de imaginarnos el placer que nos puede prometer su posesion. Sémejante privacion, es un sufrimiento, que se llama mas particularmente *necesidad*; y así tener necesidad de una cosa, es sufrir la privacion de ella.“

La desazon determina nuestros ojos, nuestro tacto, todos nuestros sentidos hacia el objeto de que estamos privados: determina tambien nuestra alma á representarse todas las ideas que tiene de este objeto, y el deleite que podria recibir de él. Por consiguiente, determina la accion de todas las facultades del cuerpo y del alma.

Esta determinacion de las facultades hacia el objeto de que estamos privados, es lo que se llama *deseo*. El deseo, pues, no es mas que la direccion de las facultades del alma, si el objeto está ausente; pero si está presente, contiene además la direccion de las facultades del cuerpo.

Los deseos son mas ó menos vivos á proporcion que la inquietud, causada por la privacion, es mayor ó menor: porque quanto mas sufrimos la privacion de una cosa, tanta mas vivacidad hay en la direccion de las facultades del cuerpo y del alma.

Cuando los deseos son vivos y continuos, toman el nombre de *pasiones*; esto es, cuando nuestras facultades se dirigen con fuerza y continuamente hacia un mismo objeto.

„Este sufrimiento, en su menor grado, no es tanto un dolor como un estado en que no nos hallamos bien, ó en que no estamos á nuestro gusto: á este estado llamo *desazon*.“

„La *desazon* nos pone en movimiento para procurarnos la cosa de que tenemos necesidad. No podemos, pues, con ella permanecer en perfecto reposo; y por esta razon, la *desazon* toma el nombre de *inquietud*.“

Si al deseo de la cosa, de que estamos privados, juntamos este juicio, *yo la alcanzaré*, entonces nace la *esperanza*. Por tanto, la *esperanza* supone la privacion de la cosa, el juicio de que nos es necesaria, y el juicio de que la alcanzaremos.

Si en lugar de este juicio *yo la alcanzaré*, se substituye, *yo no debo hallar obstáculo, nada puede oponérseme*, el deseo se llama entonces *voluntad*. *Yo quiero*, significa, pues, *yo deseo, y yo pienso que nada puede frustrar mi deseo*.

LA VOLUNTAD, CONSIDERADA como facultad.

LA voluntad, en un sentido mas general, se toma por una facultad, que abraza todas las operaciones, que nacen de la necesidad, al modo que el entendimiento es una facultad, que abraza todas las operaciones, que nacen de la atencion.

LA FACULTAD DE PENSAR.

ESTAS dos facultades *voluntad y entendimiento*, se confunden en una facultad mas general, que se llama la *facultad de pensar*. Tener sensaciones, poner atencion, comparar, todo es *pensar*. Esperimentar una necesidad, desear, querer, tambien es esto *pensar*. En suma, la palabra *pensamiento* puede decirse, en general, de todas las opera-

ciones del alma, y de cada una en particular, así como la palabra *movimiento* se aplica á todas las acciones del cuerpo.

La palabra *pensar* viene de *pensare*, que significa *pesar*. Han querido decir con esto, que así como se pesan los cuerpos para saber que razon tiene el peso del uno con el peso del otro, el alma pesa en cierto modo, las ideas, cuando las comparamos para saber en que razon están unas con otras.

Por aquí se ve que la palabra *pensar* ha tenido dos acepciones. En la primera, que es la de *pesar*, se dijo de los cuerpos, y se tomaba en sentido propio: en la segunda, que es la que le damos en el dia, ha sido trasladada al alma, y se toma en sentido figurado; ó como tambien se dice, en sentido metafórico. Los latinos espresaban el pensamiento con otra metáfora, sirviendose de una palabra que significa *juntar, poner juntamente*; porque en efecto, las operaciones del entendimiento y voluntad requieren que el alma junte ideas.

Confieso que este artículo es algo mas difícil que el primero; pero no obstante me ciño en él á que observe un niño lo que hace continuamente. La única dificultad está en que comprenda lo que es la atencion; pues conseguido esto, lo demas se le hará muy facil.

ARTICULO III

De los hábitos.

LA palabra *obrar*, se dice del cuerpo y del alma. ¿Que hace, pues, el cuerpo cuando obra? Se mueve. Luego el movimiento es la acción del cuerpo, y se distinguirán tantas acciones diferentes, como movimientos diferentes se distingán en el cuerpo.

Las acciones del cuerpo, unas son *naturales*, porque se hacen por una consecuencia de nuestra conformación, y sin que sean dirigidas por la voluntad. Tales son los movimientos que son causa de la vida.

Otras acciones del cuerpo se hacen, porque queremos hacerlas, y dirigimos nosotros mismos nuestros movimientos. Yo me paseo, porque quiero pasearme. Estas acciones se llaman *voluntarias*.

Cuando el cuerpo hace muchas veces unas mismas acciones, llega, por fin, el caso de que las haga con tanta facilidad, que ya no tenemos necesidad de dirigir sus movimientos. Entonces obra como si estuviese determinado á obrar por sola su organización. Este género de acciones se llaman *hábitos*. Fácil es encontrar ejemplos.

Pero aunque las acciones lleguen á ser *hábitos*, fueron voluntarias en el principio, y solo se han hecho habituales, porque nuestro cuerpo las ha repetido muchas ve-

ces. Para contraer el hábito, es menester que sean dirigidas por la atención; pero cuando se ha contraído, anteceden á la voluntad, y se hacen sin nosotros; esto es, sin que tengamos que pensar en ellas. El saber leer, por ejemplo, nos ha costado mucho trabajo; pero en el día leemos como si no hubiesemos tenido necesidad de aprender.

Las acciones del alma, esto es, las operaciones del entendimiento y voluntad, llegan á ser habituales, del mismo modo que las acciones del cuerpo. Hay cosas que no hubieramos entendido en nuestra infancia, y raciocinamos hoy sobre ellas, con la misma facilidad que si las hubieramos sabido siempre. En el uso, que hacemos de nuestros sentidos, se manifiestan una multitud de juicios de hábito. También se dejan ver semejantes juicios, de un modo mas sensible, en aquellos enlaces de ideas, que son, tanto el principio de nuestros errores, como de nuestra inteligencia. Muchas veces nos engañamos solo porque obedecemos, sin rebelo alguno, á enlaces falsos, que se nos han hecho habituales; y este es el caso, en que nos obstinamos mas en nuestros errores. Otras veces no concebimos con facilidad, sino porque juzgamos en virtud de ciertos enlaces que se hicieron mejor. Cuanto mas habituales nos son estos enlaces, tanto menos los notamos, y tanto mas rápidamente concebimos. Nuestro espíritu no es tampoco fe-

cundo, sino á proporcion que hemos tenido ocasion de formar muchos enlaces de ésta especie. Estos ejemplos no están al alcance de un niño; pero será facil encontrarlos en los juicios que él mismo forme, y se le hará observar lo que tienen de verdadero ó falso, los juicios que forma por hábito.

Una vez contraidos los hábitos, nos parece que hacemos las cosas naturalmente, porque las hacemos con la misma facilidad que si la naturaleza sola nos las hiciese hacer. Pero si nos dicen que éstas acciones son naturales, se hablará impropriamente; y para asegurarse de que son efecto de los hábitos que hemos contraido, basta acordarnos que hemos aprendido á hacerlas.

Podemos, si queremos, aumentar el número de nuestros hábitos; por quanto no tenemos mas que hacer muchas veces una cosa, y contraeremos el hábito de hacerla. Por el contrario, tambien podemos disminuirlos; porque si dejamos de hacer una cosa, llegará el caso de que la hagamos con menos facilidad, ó tal vez nos costará trabajo hacerla. Entonces, lejos de hacerla por hábito, nos costará dificultad el hacerla, aun quando queramos hacerla.

De aqui resulta, que podemos adquirir buenos hábitos, y corregirnos de los malos.

ARTICULO IV.

El alma es una substancia diferente del cuerpo.

CUANDO palpamos, no podemos observar en los órganos del tacto, sino movimientos, que varían como las impresiones que hacen los cuerpos en las fibras; y éstos movimientos ocasionan, en nosotros, las sensaciones de solidez ó fluidez, de dureza ó blandura, de calor ó frio, &c.

Quando vemos algun color, los rayos de luz, que reflectan los objetos, vienen á dar en las fibras de una membrana, que hay en el fondo del ojo, y causan en ella una conmocion.

Quando oimos algun sonido, las vibraciones del cuerpo sonoro se comunican al ayre, y del ayre al tímpano del oido.

En una palabra, en los órganos no puede haber otra cosa que movimiento; pero no obstante, una sensacion, aunque producida por el movimiento, no es el movimiento mismo. Luego las sensaciones no están en los órganos. Luego, por consiguiente, estarán en alguna cosa diferente de todo lo que es cuerpo, ésto es, en una substancia, donde hay otra cosa distinta del movimiento. Esta substancia es lo que se llama *alma*, *espiritu* ó *substancia espiritual*. Quanto mas reflexionemos sobre las propiedades de ésta substan-

cia, tanto mas nos convencerémos de que es del todo diferente del cuerpo.

El alma compára las sensaciones, que nuestros diferentes órganos la transmiten. Por consiguiente, todas las sensaciones se reúnen en ella como en una sola substancia; porque si las cinco especies de sensaciones perteneciesen á cinco substancias, al modo que los movimientos, que las ocasionan, pertenecen á cinco órganos diferentes, ninguna de dichas substancias podría comparar dichas sensaciones.

¿En que, pues, consiste la unidad del alma? ¿Es el alma una, en el mismo sentido que decimos que un cuerpo es uno? Pero un cuerpo está compuesto de dos mitades, y cada mitad de otras dos; de suerte, que para llegar á una substancia que fuese una, sería menester llegar á una substancia, que no tuviese dos mitades, que no tuviese muchas partes, que no estuviese compuesta; ésto es, á una substancia simple.

Luego si el alma es una, en el mismo sentido que el cuerpo, no será propiamente una, sino, al contrario, una coleccion de muchas substancias.

En tal caso, ó las sensaciones se distribuirían entre las substancias, de manera, que la una no tendría las que la otra, ó cada sensación pertenecería igualmente á todas las substancias y á cada una. Si las sensaciones se distribuyesen entre todas las substancias,

no habria ninguna, en nosotros, que las pudiese comparar. Luego ésta suposicion no puede tener lugar.

Si todas las sensaciones se reuniesen igualmente en cada una, es consiguiente que cada substancia seria una propiamente, y absolutamente sin composicion. Si alguno quiere suponer que son compuestas, volveré á hacer el mismo racionio, y diré: ó las sensaciones se distribuyen entre estas substancias, ó se juntan todas en cada una. Nos veremos, pues, precisados á admitir, por fin, que no pueden hallarse juntas, sino en una substancia, que no está compuesta de otras, en una substancia simple. Luego el alma es simple y sin composicion.

Todos vemos la substancia estensa y la palpamos, esto es, percibimos sus cualidades, cuales son la solidéz, figura y movimiento. Igualmente vemos y en cierto modo, palpamos la substancia inestensa ó el alma, pues todos percibimos unas operaciones, que solo pertenecen á ella, las cuales hemos comprendido en el nombre general de *pensamiento*. Pero así como no percibimos, en el cuerpo, lo que es el sugeto de la solidéz, figura y movimiento, tampoco percibimos lo que, en el alma, es el sugeto de las operaciones del entendimiento y voluntad. En una palabra, ora observemos la substancia estensa, ora observemos la substancia simple, nunca podemos percibir, sino las cua-

lidades que les pertenecen; y en uno y otro caso, lo que llamamos substancia, èsto es, el sugeto ó basa de las cualidades, nos es igualmente desconocido.

Los cuerpos no son figurados, movibles, &c., sino porque son estensos. Luego la estension es la propiedad que los distingue. Todas las demas cualidades suponen esta propiedad, y no son mas que modificaciones de ella.

Del mismo modo, el alma solo juzga y raciocina, porque tiene sensaciones. Luego la facultad de sentir es la propiedad que la distingue; y todas sus operaciones no son mas que diferentes modos de sentir.

Podemos, pues, definir el cuerpo, diciendo que es una substancia estensa, y el alma que es una substancia que siente. Basta considerar, que la estension y la sensacion son dos propiedades incompatibles, para convencernos de que la substancia del alma y la substancia del cuerpo son dos substancias absolutamente diferentes.

ARTICULO V.

Del modo como nos elevamos al conocimiento de Dios.

NO podemos dejar de confesar euan-
limitados somos. Cada instante advertimos la
imposibilidad de tener ó hacer lo que desea-

mos; y nuestra felicidad, igualmente que nuestra vida, está al arbitrio de todo lo que nos rodea.

¿Pero los cuerpos, de quienes dependemos, tienen designio de obrar en nosotros? Sin duda que no; sino que ellos mismos dependen y obedecen al movimiento, que les es dado.

La manecilla de un relox señala las horas; pero no tiene voluntad de señalarlas, sino que obedece al muelle que hay en el relox. El relojero hizo la manecilla y el muelle, y así, él es la causa, y el relox es el efecto.

Vemos, en un relox, una subordinacion de efectos y causas. La manecilla se mueve: he aquí un efecto. El movimiento le es dado por una rueda, que obra en ella inmediatamente, y esta rueda es la causa del movimiento de la manecilla. El movimiento de esta rueda es un efecto, con relacion á otra rueda, que le da movimiento, y así sucesivamente. Vemos, pues, que desde el movimiento del muelle, hasta el de la manecilla, hay una série de movimientos, que son á un mismo tiempo, efectos y causas, bajo diferentes aspectos.

Un ejemplo mas familiar aclarará esto todavía mas. Si hacemos una procesion con naypes, veremos que haciendo caer el primero, caen todos los demas; y observaremos que la caida del segundo es el efecto de la cai-

da del primero, y, al mismo tiempo, la causa de la caída del tercero. Esto es lo que se llama una *série* de causas y efectos subordinados.

Es evidente, que, en una *série* de causas y efectos, es menester que haya necesariamente una causa primera. Si no hubiese relojero, no habria reloj.

Si reflexionamos sobre nosotros mismos, quedaremos convencidos de que hay en nosotros, así como en el reloj, una *série* de causas y efectos subordinados. Si reflexionamos sobre el universo, se ofrecerá á nuestra vista como un gran reloj, donde tambien hay una subordinacion de causas y efectos.

Pero hemos visto que cuando hay una subordinacion de causas y efectos, hay necesariamente una causa primera: luego hay una causa primera que ha hecho el universo.

Para establecer esta subordinacion entre las cosas, es menester conocer perfectamente todas sus relaciones, es menester tener inteligencia de todas las partes. Un relojero no será capaz de hacer un reloj, si hay una sola parte de que no sepa las proporciones. Luego el artifice que ha hecho el universo tiene necesariamente *inteligencia*.

Como la inteligencia del relojero debe abrazar todas las partes de un reloj, la inteligencia de la causa primera debe abra-

zar todo el universo. Si alguna parte se ocultase á su conocimiento, no le sería posible colocarla con el orden que debe tener; y entre tanto su obra se destruiria, si una sola estuviese fuera de su lugar. Pero una inteligencia, que lo abraza todo, es infinita: luego la inteligencia de la causa primera es *infinita*.

Pero, si se hade hacer un reloj, no basta la inteligencia sin el poder: luego la *potencia* de la primera causa es tan estensa como su inteligencia, lo abraza todo, es infinita.

Una vez que esta causa primera lo abraza todo, estará en todo lugar: luego es *inmensa*.

Como esta causa es primera, debe ser independiente. Si no lo fuese, habria una causa que fuese antes de ella. Pero como es menester necesariamente que haya una causa que sea primera, es consiguiente que esta misma causa debe ser *independiente*.

Siendo esta causa primera independiente, omnipotente y soberanamente inteligente, hará todo lo que quiere: luego es *libre*.

Esta causa no puede adquirir nuevos conocimientos, porque entonces sería limitada su inteligencia: luego ve á un tiempo lo pasado, lo presente y lo futuro. Tampoco puede mudar de resolucion; porque si la mudase, no lo hubiera todo previsto: luego es *inmutable*.

Es consiguiente á su independencia, que no haya tenido principio, y que no tenga fin; pues si hubiese tenido principio, dependería del que le hubiera dado el ser; y si pudiese tener fin, dependería del que podía cesar de conservarla: luego es eterna.

Siendo inteligente, discierne el bien y el mal, juzga del mérito ó demérito. Siendo libre, obra consiguiente; esto es, ama el bien, aborrece el mal, premia la virtud, castiga el vicio, y perdona al que se arrepiente y se enmienda. En todo esto, no hace mas que lo que quiere, porque siempre quiere el bien, y no quiere sino el bien.

Las cualidades de esta causa primera se llaman *atributos*. Al atributo, por el cual castiga, se le da el nombre de *justicia*: al atributo, por el cual premia, el de *bondad*: al atributo, por el cual perdona, el de *misericordia*.

La *omnipotencia* que lo hace todo, la *inteligencia* que lo regla todo, la *bondad* que premia, la *justicia* que castiga, la *misericordia* que perdona, se espresan con el solo nombre de *providencia*. Este trae su origen de una palabra latina (*providere*) que significa *provéer*. Y en efecto, por medio de estos atributos, *provéer* á todo esta causa primera.

Una causa primera, infinitamente inteligente, omnipotente, independiente, libre, inmutable, eterna, inmensa, justa, buena,

misericordiosa, y cuya providencia lo abraza todo; tal es la idea que debemos tener de Dios.

Si reflexionamos sobre los atributos de Dios, veremos porque orden los concebimos. Primeramente observaremos, que la libertad es el resultado de la inteligencia, omnipotencia é independencia. En segundo lugar, que la omnipotencia y la inteligencia infinita abrazan la eternidad y la inmensidad; porque es preciso que Dios vea y obre en todo tiempo y lugar. En tercer lugar, juzgarémos que una causa que está en todo lugar, y que todo lo ve, debe ser inmutable. En cuarto lugar, veremos que de su conocimiento y libertad, nacen su justicia, su bondad y su misericordia. Finalmente, si reunimos todos estos atributos, nos formaremos la idea de la *providencia*.



GRAMÁTICA GENERAL.

PRIMERA PARTE.

DE LA ANÁLISIS DEL DISCURSO.

CAPITULO PRIMERO.

Del lenguaje de accion.

Los gestos, los movimientos de la cara y los acentos inarticulados, son los primeros medios que han tenido los hombres para comunicarse sus pensamientos; y el lenguaje que se forma con estos signos se llama *lenguaje de accion*.

Entiendo por gestos los movimientos de los brazos, de la cabeza, de todo el cuerpo que se aparta ò se acerca á un objeto, y todas las actitudes que tomamos, segun las impresiones que pasan hasta nuestra alma.

El deseo, la repulsa, el disgusto, la aversion, &c., se espresan por los movimientos de los brazos, de la cabeza y por los de todo el cuerpo; y estos movimientos son mas ó menos fuertes, segun la vivacidad con que nos dirigimos ó nos alejamos de un objeto.

Todos los sentimientos del alma pueden espresarse por las actitudes del cuerpo, que pintan de un modo sensible la indife-

rencia, la incertidumbre, la irresolucion, la atencion, el temor y el deseo confundidos entre sí; el combate de las pasiones alternativamente superiores unas á otras; la confianza, el gozo tranquilo y el gozo inquieto, el placer y el dolor, la tristeza y la alegría, la esperanza y la desesperacion, el odio, el amor, la cólera & ; pero la elegancia de este lenguaje ecsiste en los movimientos del rostro, y principalmente en los de los ojos, que dan la última mano á un cuadro que las actitudes no han hecho mas que bosquejar, y espresan las pasiones con todas las modificaciones de que son susceptibles.

Este lenguaje solamente habla á los ojos, y sería muchas veces inutil, si por medio de gritos no se llamase la atencion de aquellos á quienes se quiere comunicar un pensamiento. Estos gritos son los acentos de la naturaleza: varían segun los sentimientos que nos conmueven; y se llaman *inarticulados* por que se forman en la boca y sin el movimiento de la lengua ni de los labios. Aunque capaces de hacer una viva impresion sobre los que los oyen, no espresan, sin embargo, nuestros sentimientos mas que de una manera imperfecta, por que no dan á conocer ni su causa, ni su objeto, ni sus modificaciones, sino que invitan á observar los gestos y los movimientos del rostro, y el concurso de estos signos acaba de explicar lo que solo habian indicado los acentos inarticulados.

Si se reflexiona sobre los signos de que se forma el lenguaje de accion, se reconocerá que es una consecuencia de la conformacion de los órganos, concluyendose que mientras mayor sea la diferencia en la conformacion de los animales, mayor será tambien la que ecsista en su lenguaje de accion, y que por consiguiente tendrán mas trabajo para entenderse. Así es que aquellos cuya conformacion es del todo diversa, se hallan en la impotencia de comunicarse sus sentimientos; y el mayor comercio de ideas ecsiste entre los que siendo de la misma especie, están conformados del mismo modo.

Este lenguaje es natural á todos los individuos de una misma especie; y sin embargo todos necesitan aprenderlo. Les es natural, porque si un hombre que carece del uso de la palabra, muestra con un gesto el objeto de que tiene necesidad, y espresa por otros movimientos el deseo que este mismo objeto hace nacer en él, no es, como lo hemos observado, sino en consecuencia de la conformacion; pero si este hombre no hubiese advertido lo que hace su cuerpo en un caso semejante, no habría aprendido á reconocer el deseo en los movimientos de otro. No comprendería, pues, el sentido de los movimientos que se hiciesen delante de él, ni sería capaz de hacer de propósito otros semejantes para darse á entender. Luego es-

te lenguaje no es tan natural que se sepa sin haberlo aprendido. El error en que puede caer sobre esta materia, proviene de la propension á creer que no se han aprendido mas que aquellas cosas que se recuerda haber estudiado, sin embargo de que esto no es otra cosa que saber en un tiempo lo que se ignoraba antes. En efecto, sea que en consecuencia de la propia conformacion instruyan á un individuo solo las circunstancias, ó bien el estudio hecho de propósito, siempre esto es aprender.

Pues que el lenguaje de accion es una consecuencia de la conformacion de nuestros órganos, nosotros no hemos elegido sus primeros signos, y antes bien la naturaleza nos los ha dado; mas al darnoslos nos ha puesto en camino para imaginar otros: por consiguiente podriamos espresar nuestros pensamientos con gestos, asi como lo hacemos con palabras, y este lenguaje se formaría de signos naturales y artificiales.

Nótese bien que digo *signos artificiales* y no *signos arbitrarios*, porque no deben confundirse estas dos cosas. En efecto, ¿que cosa son los signos arbitrarios? signos elegidos sin discrecion y por capricho, que no serian entendidos. Por el contrario, los artificiales son unos signos cuya eleccion se funda en la razon, y que deben imaginarse con tal arte que su inteligencia se prepare por los signos ya conocidos.

Se comprenderá que arte es este, si se considera una serie de ideas que se quisiesen espresar por el lenguaje de accion. Tomemos por ejemplo las operaciones del entendimiento. En todas hay un mismo fondo de ideas, y se advierte que este fondo varia de una á otra por diferentes accesorios. Para espresar esta serie de operaciones será, pues, necesario tener un signo que sea el mismo para todas, y que sin embargo varie de la una á la otra; que este signo sea el mismo, á fin de que espresese el fondo de las ideas que les es comun, y por último, que varie para que indique los diferentes accesorios que los distinguen.

Entonces se tendrá una serie de signos, que no serán en realidad mas que uno solo modificado de diversos modos: por consiguiente los últimos se parecerán á los primeros, y esta misma semejanza facilitará su inteligencia. Se le da el nombre de *analogía*; y se ve que dictandonos la ley, no nos permite elegir los signos al acaso y arbitrariamente.

Este lenguaje, que apenas parece posible, fué conocido de los Romanos. Los cómicos que se llamaban *pantomimos* representaban piezas enteras, sin proferir una sola palabra. ¿Como habrian, pues, llegado á formar poco á poco este lenguaje? ¿seria acaso imaginando signos arbitrarios? Mas no se les habria entendido, ó el pueblo se

Hubiéra visto obligado á un estudio que ciertamente no habría emprendido. Luego era necesario que partiendo de los signos naturales, que entendía todo el mundo, tomasen los pantomimos por guía la analogía en la eleccion de los signos que necesitaban inventar, y los mas hábiles eran los que la seguian con mas sagacidad.

Por lo que acabo de decir podemos distinguir dos lenguajes de accion: uno natural y cuyos signos vienen de la conformacion de los órganos; y el otro artificial y cuyos signos produce la analogía. Aquel es necesariamente muy limitado; y este puede ser bastante estenso para espresar todas las concepciones del espíritu humano. Consideremos estos dos lenguajes en el que habla y en el que escucha, permitiendoseme esta espresion porque es mas precisa y la analogía me obliga á preferirla.

En el que no conoce todavía mas que los signos naturales dados por la conformacion de los órganos, la accion forma un cuadro muy compuesto: porque al mismo tiempo que indica el objeto que la conmueve, espresa el juicio que forma y los sentimientos que experimenta. No hay sucesion en sus ideas; y estas se ofrecen á la vez en su accion como están presentes á su imaginacion. Se le podría entender en un abrir y cerrar de ojos; mas para traducirlo se necesitaría un largo discurso.

Nosotros estamos tan habituados al lenguaje lánguido de los sonidos articulados, que creemos que las ideas vienen unas en pos de otras á la imaginacion, porque proferimos las palabras las unas tras las otras. A pesar de esto, no es ese el modo en que concebimos; y como cada pensamiento es por necesidad compuesto, se sigue de aquí que el lenguaje de las ideas simultáneas es el único natural. Por el contrario, el de las ideas sucesivas es un arte desde sus principios, y un grande arte cuando se ha llevado á su perfeccion.

Mas aunque las ideas son simultáneas en el que habla el lenguaje de accion, se hacen por lo comun sucesivas en los que escuchan; y esto es lo que les sucede cuando á la primera mirada dejan escapar una parte de la accion. Entonces necesitan de una segunda y aun de una tercera mirada para entender todo, y por consecuencia reciben sucesivamente las ideas que se les ofrecian á un mismo tiempo. Sin embargo si consideramos que un pintor habil mira rápidamente todo un cuadro, y distingue con una mirada multitud de pormenores que se nos escapan, juzgarémos que hombres que no hablan todavía mas que el lenguaje de las ideas simultáneas, deben formarse el hábito de ver, tambien de una ojeada, casi todo lo que una accion les presenta á la vez; y ciertamente tienen una mirada mas rápida que la nuestra.

Aunque el que escucha no pueda percibir sino despues de mucho el pensamiento del que habla, es cierto que lo que comprende en cada ocasion es aun un pensamiento compuesto, y que será por lo menos un juicio. Queda, pues, demostrado que el lenguaje de accion, en tanto que no es todavía mas que una consecuencia de la conformacion de los órganos, ofrece siempre una multitud de ideas al mismo tiempo: los cuadros pueden sucederse; pero cada uno de ellos es un conjunto de ideas simultaneas.

El lenguaje de accion tiene, pues, la ventaja de la rapidez: el que lo habla parece que dice todo, sin esfuerzo. Con el nuestro, por el contrario, nos arrastramos penosamente de idea en idea, y nos vemos embarazados para hacer entender todo lo que pensamos: aun parece que estas lenguas, convertidas para nosotros en una segunda naturaleza, relajan la accion de nuestras facultades. No tenemos ya esta ojeada que abraza una multitud de cosas, ni sabemos tampoco ver sino como hablamos, esto es, sucesivamente.

No vemos distintamente las cosas, sino en tanto que las observamos unas en pos de otras, aunque por lo respectivo à este punto el lenguaje de accion sea desventajoso, por que propende à confundir lo que es distinto en el lenguaje de los sonidos

articulados. Con todo no debe creerse que para aquellos à quienes es familiar sea tan confuso como para nosotros: la necesidad que tienen de entenderse les enseña muy pronto à descomponer este lenguaje. El uno pone su estudio en decir menos cosas à la vez, y substituye movimientos sucesivos à movimientos simultaneos: y el otro se aplica à observar sucesivamente el cuadro que el lenguaje de accion pone à su vista, y hace sucesivo lo que no lo es. De esta manera aprenden poco à poco el orden en que deben hacer sus movimientos para espresar sus ideas de un modo mas distinto. Saben, pues, hasta cierto punto descomponer ó analizar sus ideas; porque analizar no es otra cosa que observar sucesivamente y con orden.

Por grosera que sea esta analisis, es el fruto de la observacion y del estudio; y el lenguaje de accion que la forma no es ya puramente natural: no es una accion que obedeciendo únicamente à la conformacion de los órganos, espresa à la vez todo lo que se siente, sino una accion que se regula con arte, à fin de presentar las ideas en el orden sucesivo mas propio para hacerlas concebir de una manera distinta; y por consiguiente, en el momento mismo que los hombres comienzan à descomponer sus pensamientos, comienza tambien el lenguaje de accion à convertirse en un lenguaje artificial.

Lo será todos los días mas, porque á medida que analicen conocerán la necesidad de analizar; y para facilitar las análisis, imaginarán nuevos signos análogos á los naturales. Cuando hayan imaginado unos, imaginarán todavía otros, y de este modo enriquecerán el lenguaje de acción; y esto mas pronta ó mas lentamente, segun que tomen ó dejen escapar el hilo de la analogía. Este lenguaje será, pues, un método analítico mas ó menos perfecto.

Persuadido de que el hombre cuando crea las artes no hace otra cosa que avanzar en el camino que le ha abierto la naturaleza, y ejecutar con regla, á medida que adelanta, lo que hacia antes por una consecuencia de su conformacion, he creido que para mejor asegurarme de los verdaderos principios de las lenguas, debia observar de antemano el primer lenguaje que nos ha sido dado por la conformacion de nuestros organos. He pensado que cuando conozcamos los principios segun los cuales lo hablamos, conoceremos tambien los principios segun los cuales hablamos cualquiera otro lenguaje. En efecto, quanto mas estudiemos el espíritu humano, mas nos convenceremos de que solo hay un modo de proceder. Si ejecuta una cosa nueva, es sobre el modelo de otra que ha hecho y segun las mismas reglas; y cuando perfecciona es menos porque imagina otras nuevas, que porque

simplifica las que conocia antes. Asi es como el lenguaje de acción ha preparado á los hombres al de los sonidos articulados, y como han pasado del uno al otro, continuando en hablar conforme á las mismas reglas.

La analogía y la análisis, cuyos principios se acaban de ver en el lenguaje de acción, constituyen en realidad todos los principios de las lenguas; y de esto convencera la primera parte de esta gramática.

CAPITULO II.

Consideraciones generales sobre la formacion de las lenguas, y sobre sus progresos.

Se llaman sonidos articulados los que se modifican por el movimiento de la lengua cuando hiere contra el paladar, ó contra los dientes; y los que se modifican por el movimiento de los labios cuando hieren el uno al otro. Se ha visto, pues, que si estamos conformados para hablar el lenguaje de acción, lo estamos tambien para el de los sonidos articulados; mas en esto la naturaleza nos deja casi todo por hacer, aun que no obstante nos guia: porque segun su impulso elegimos los primeros sonidos articulados, y segun la analogía inventamos otros á medida que los necesitamos.

Lo será todos los días mas, porque á medida que analicen conocerán la necesidad de analizar; y para facilitar las análisis, imaginarán nuevos signos análogos á los naturales. Cuando hayan imaginado unos, imaginarán todavía otros, y de este modo enriquecerán el lenguaje de accion; y esto mas pronta ó mas lentamente, segun que tomen ó dejen escapar el hilo de la analogía. Este lenguaje será, pues, un método analítico mas ó menos perfecto.

Persuadido de que el hombre cuando crea las artes no hace otra cosa que avanzar en el camino que le ha abierto la naturaleza, y ejecutar con regla, á medida que adelanta, lo que hacia antes por una consecuencia de su conformacion, he creido que para mejor asegurarme de los verdaderos principios de las lenguas, debia observar de antemano el primer lenguaje que nos ha sido dado por la conformacion de nuestros organos. He pensado que cuando conozcamos los principios segun los cuales lo hablamos, conoceremos tambien los principios segun los cuales hablamos cualquiera otro lenguaje. En efecto, quanto mas estudiemos el espíritu humano, mas nos convenceremos de que solo hay un modo de proceder. Si ejecuta una cosa nueva, es sobre el modelo de otra que ha hecho y segun las mismas reglas; y cuando perfecciona es menos porque imagina otras nuevas, que porque

simplifica las que conocia antes. Asi es como el lenguaje de accion ha preparado á los hombres al de los sonidos articulados, y como han pasado del uno al otro, continuando en hablar conforme á las mismas reglas.

La analogía y la análisis, cuyos principios se acaban de ver en el lenguaje de accion, constituyen en realidad todos los principios de las lenguas; y de esto convencera la primera parte de esta gramática.

CAPITULO II.

Consideraciones generales sobre la formacion de las lenguas, y sobre sus progresos.

Se llaman sonidos articulados los que se modifican por el movimiento de la lengua cuando hiere contra el paladar, ó contra los dientes; y los que se modifican por el movimiento de los labios cuando hieren el uno al otro. Se ha visto, pues, que si estamos conformados para hablar el lenguaje de accion, lo estamos tambien para el de los sonidos articulados; mas en esto la naturaleza nos deja casi todo por hacer, aun que no obstante nos guia: porque segun su impulso elegimos los primeros sonidos articulados, y segun la analogía inventamos otros á medida que los necesitamos.

Se engaña, pues, quien piensa que en el origen de las lenguas han podido escoger los hombres indiferente y arbitrariamente tal ó tal palabra para que fuese el signo de una idea; porque, en efecto, ¿cómo se habrían entendido con esta conducta?

Los acentos que se forman sin articulación alguna son comunes á los dos lenguajes; y han debido conservarlos en los primeros sonidos articulados que se han empleado para espresar los sentimientos del alma: no se habrá hecho otra cosa que modificarlos con la lengua ó con los labios, y esta articulación que los marcaba mas, podía hacerlos más espresivos. No habrían podido hacerse conocer los sentimientos que se experimentaban, si no se hubiese conservado en las palabras el acento mismo de cada uno.

Hablando el lenguaje de acción, habla un hábito de representar las cosas por imágenes sensibles, y se habrá ensayado trazarlas con palabras. Así es que ha sido tan fácil como natural imitar todos los objetos que hacen algún ruido. Se encontraría, sin duda, mas dificultad para pintar los otros; sin embargo era necesario pintarlos y se tentan muchos medios.

En primer lugar, la analogía que existe entre el órgano del oído y los otros sentidos, suministraría algunas apariencias

groseras é imperfectas, que se habrán empleado. En segundo lugar se encontrarían también apariencias en la dulzura y en la dureza de las sílabas, en la rapidez y en la lentitud de la pronunciación y en las diferentes inflexiones de que la voz es susceptible.

En fin, si como hemos dicho, la analogía que determinaba la elección de los signos ha podido hacer del lenguaje de acción un lenguaje artificial propio para representar ideas de toda especie, ¿porque no habría podido dar la misma ventaja al lenguaje de los sonidos articulados?

Concebimos, á la verdad, que á medida que se tuvo mayor número de voces, se encontraron menos obstáculos para nombrar nuevos objetos. Queríase indicar una cosa en la cual se notaban muchas cualidades sensibles? se reunían muchas voces, cada una de las cuales espresaba alguna de estas cualidades. Así, pues, las primeras palabras venían á ser elementos con que se componían otras nuevas, y bastaba combinarlas de diverso modo para dar nombre á una multitud de cosas diferentes. Los niños nos prueban todos los días cuan fácil era esto, pues que los vemos componer voces por lo común muy espresivas. ¿Pero se las elige por acaso? No ciertamente: la analogía determina la elección de cada uno sin que lo sepa, y ella es la que ha guiado á los hombres en la formación de las lenguas.

Hay filósofos que han pensado que los nombres de la lengua primitiva expresaban la naturaleza de las cosas: sin duda raciocinaban por principios semejantes á los que acabo de esponer, y se engañaban. La causa de su equivocacion proviene de que habiendo visto que los primeros nombres eran representativos han supuesto que representaban las cosas tales como son en sí: lo cual era suponer gratuitamente grandes conocimientos en unos hombres groseros, que apenas comenzaban á pronunciar palabras. Es, pues, á propósito observar que cuando digo que representaban las cosas con sonidos articulados, entiendo que lo hacian segun las apariencias, las opiniones, las preocupaciones ó los errores; pero estas apariencias, estas opiniones, estos errores, eran comunes á todos los que trabajaban en la misma lengua, y es la razon porque se entendían. Un filósofo capaz de espresarse segun la naturaleza de las cosas, les habria hablado sin poderse hacer entender; y aun se podría añadir, que nosotros mismos no lo entenderiamos.

Los principios que acabo de indicar ecsistirian, sin duda, mas esplicaciones; pero he dicho lo bastante para hacer ver que las lenguas son obra de la naturaleza; que se han formado, digámoslo así, sin nosotros, y que trabajando en ellas, no hemos hecho mas que obedecer servilmente á nuestro modo de ver y de sentir.

De aquí es que si cada uno sabe hablar su idioma nativo, no es porque lo haya intentado de propósito, sino porque se ha encontrado en circunstancias que se lo han hecho aprender. Ha conocido la necesidad de comunicar sus ideas y de conocer las de los otros; porque ha percibido cuan necesario le era procurarse los socorros de las personas que le rodeaban, y en consecuencia se ha acostumbrado á ligar sus ideas á las palabras que parecian propias para manifestarlas.

Ha sucedido con los hombres que han formado las lenguas lo mismo que á los niños que las aprenden: no han dicho *formemos una lengua*, sino que conociendo la necesidad de una palabra, han pronunciado la mas propia para representar la cosa que querian dar á conocer: al modo que los niños á medida que aprenden una lengua, experimentan las ventajas de saberla, y por consiguiente, reconocen la necesidad de enriquecerse de algunas nuevas espresiones, y lo verifican poco á poco.

Esta obra es sin duda larga. Ni aun es posible que todas las lenguas se perfeccionen con igualdad, y en su mayor número imperfectas y groseras, parece despues de siglos que están todavía en su nacimiento; en razon de que llegan á sus ultimos progresos cuando los hombres dejando de crearse nuevas necesidades, dejan tambien de formarse nuevas ideas.

Se sabe qué cosa es un sistema, y se entrevée como puede formarse de los conocimientos adquiridos, puesto que se concibe que todas las ideas dependen unas de otras; que se distribuyen en diferentes clases, y que nacen todas de un mismo principio. Sin duda que el sistema de las ideas de un educando es menos estenso que el de su preceptor, que á su vez lo es menos que el de otros muchos: porque el primero tiene menos ideas que el segundo, y este menos que aquellos que habiendo nacido con mejores disposiciones, han estudiado mas: así es que con razon puede decirse que un maestro no enseñará todo á su educando. Pero que nuestros conocimientos tengan mas ó menos estension, siempre son un sistema, en que todo se halla mas ó menos ligado.

Pues que las palabras son los signos de nuestras ideas, es indispensable que el sistema de las lenguas se forme sobre el de nuestros conocimientos: por consiguiente, las mismas lenguas no tienen voces diferentes, sino porque nuestras ideas pertenecen á diversas clases; ni tienen medios de ligar las palabras, sino porque solo pensamos cuando ligamos nuestras ideas. Se comprende muy bien que esto es cierto en las lenguas que hau hecho algunos progresos.

Las lenguas son á las ideas, lo que por ejemplo, una silla con el individuo que

la usa para sentarse, y que la necesita mas grande á proporcion que adquiere mayor corpulencia: así es que los hombres adquiriendo conocimientos necesitan una lengua mas abundante.

¿Y como adquieren ideas los hombres? observando objetos, esto es, reflexionando sobre sí mismos y sobre todo lo que tiene relacion con ellos. El que nada observa nada aprende.

Por otra parte, nuestras necesidades son las que nos empuñan en hacer observaciones. El labrador tiene interes en conocer cuando se debe barbechar, sembrar, cosechar, que abonos son mas propios para fertilizar la tierra, &c: observa, pues, se corrige de las faltas que ha cometido y se instruye. El comerciante por su parte observa los diferentes objetos de comercio, á donde debe llevar ciertas mercancías, de donde traer otras y cuales son los cambios mas ventajosos.

Así es como cada uno en su estado hace observaciones diferentes conforme á sus diversas necesidades. El comerciante no discurre nunca abandonar el comercio por estudiar la agricultura, ni el labrador deja esta por estudiar aquel. Y si adoptaran semejante conducta, bien pronto carecerian de lo necesario tanto el uno como el otro.

Cada condicion hace, pues, un computo de observaciones y se forma un cuer-

po de conocimientos de que disfruta la sociedad: y como en cada clase de ciudadanos esas mismas observaciones tiran á nivelarse con las necesidades, la coleccion de las de todas las clases tira tambien á nivelarse con las necesidades de la sociedad entera.

A medida que cada clase adquiere conocimientos, se enriquece de las voces que cree propias para comunicarlos: asi pues se entiende el sistema de las lenguas poniendose poco á poco en proporcion con el de las ideas.

Puede juzgarse por esta regla que lenguas son las mas perfectas, y cuales lo son menos. Los salvajes tienen pocas necesidades: luego observan poco; luego tienen pocas ideas. Ningun interes tienen en estudiar la agricultura, el comercio, las artes ni las ciencias: luego sus lenguas no son á propósito para espresar los conocimientos que nosotros tenemos sobre estos diferentes objetos. Bastante perfectas para ellos, pues que son suficientes para sus necesidades, no lo serian para nosotros por que carecen de espresiones para indicar el mayor número de nuestras ideas. Luego debe concluirse que las lenguas mas ricas son las de los pueblos que han cultivado mas las artes y las ciencias.

Si para hacer sensible la proporcion que tira á establecerse entre las necesidades,

los conocimientos y las lenguas trazásemos diferentes círculos: uno muy pequeño en que circunscribiésemos las necesidades de los salvajes; otro mayor que contuviese las de los pueblos pastores; uno mayor todavia para las de los pueblos que comienzan á cultivar la tierra, y por ultimo uno cuya circunferencia se estendiese continuamente, este seria en el que comprenderiamos las necesidades de los pueblos que crean las artes. Estos círculos crecerian á nuestros ojos á medida que la sociedad se formase nuevas necesidades; y observariamos que estas preceden á los conocimientos pues que nos determinan á adquirirlos; y tambien que el círculo de las primeras escede en los principios al de los segundos. Hariamos el mismo raciocinio acerca de los conocimientos: preceden á las palabras, pues que no las formamos sino para espresar ideas que ya teniamos: de aquí es que el círculo de los conocimientos escede tambien en sus principios al de las lenguas. Finalmente observariamos que todos estos círculos se dirigen á confundirse con el mayor, porque entre todos los pueblos propenden los conocimientos á llenar el círculo de las necesidades, y las lenguas crecen en la misma proporcion.

Recorramos ahora la superficie de la tierra y veremos que los conocimientos aumentan ó disminuyen según que las necesida-

des son mas multiplicadas ó limitadas. Reducidas á casi ningunas entre los salvajes, son como plantas informes que no pueden crecer en un suelo ingrato en que carecen de cultivo. Por el contrario, transplantadas á las sociedades civiles se levantan, se estienden, se enjertan, se multiplican de todos modos y varían sus frutos hasta el infinito.

Así como una silla pequeña se construye por el modelo de otra grande; así tambien el sistema de las ideas es en el fondo el mismo entre los pueblos salvajes que entre los pueblos civilizados, siu mas diferencia que la de ser mas ó menos estenso: es un mismo modelo sobre el cual se han construido sillas de diversos tamaños.

Ahora bien, pues que el sistema de las ideas tiene en todas partes los mismos fundamentos, es necesario que el de las lenguas sea en el fondo tambien el mismo en todas partes: por consiguiente, todas las lenguas tienen reglas comunes; todas tienen palabras de diferentes especies, y todas finalmente signos para denotar las diferentes relaciones de estas mismas palabras.

A pesar de todo esto las lenguas son diferentes, ya porque no emplean las mismas voces para espresar las mismas ideas, y ya porque usan de distintos signos para denotar las propias ideas. En castellano por ejemplo se dice el *libro de Pedro* y en latin *liber Petri*: de donde se vé que los ro-

manos espresaban por un cambio en la terminacion la relacion misma que espresamos nosotros con una palabra destinada á este objeto.

Las lenguas no se perfeccionan sino en tanto que analizan: que en lugar de ofrecer á la vez masas confusas presentan las ideas sucesivamente; que las distribuyen con órden y forman de ellas diferentes clases; que manejan, por decirlo así, los elementos del pensamiento y los combinan de diferentes modos: esto es á lo que llegan mas ó menos conforme á los medios mas ó menos cómodos que tienen para separar las ideas, para aprocsimarlas y para compararlas bajo todas las relaciones posibles. El que conoce los caracteres romanos y los arábigos, puede juzgar por esperiencia quanto facilitan estos los cálculos. Es así que las palabras son con respecto á nuestras ideas, lo que las cifras á los números que representan: luego uua lengua sería imperfecta, si emplease signos tan embarazosos como los caracteres romanos.

Este capítulo y el precedente no son mas que preliminares al análisis del discurso, y eran necesarios; porque antes de emprender la descomposicion de una lengua, es necesario tener algunos conocimientos del modo en que se ha formado.

Hay otro conocimiento no menos necesario, y es el de saber en qué consiste

el arte de analizar el pensamiento, sobre lo cual se darán nociones precisas en el capítulo siguiente.

CAPITULO III.

En qué consiste el arte de analizar nuestros pensamientos.

Esperimentamos que todos los objetos que causan al mismo tiempo una sensación en nuestros ojos, están igualmente presentes á nuestra vista. Podemos además abrazar de una ojeada todos estos objetos, sin fijarnos en ninguno, y tambien dirigir la atención de uno á otro, y observarlos en particular á cada uno. En uno y otro caso continúan presentes á nuestra vista, mientras tanto permanezcan obrando sobre nuestros ojos; pero cuando nuestra vista los abraza todos, sin fijar la atención en ninguno, no podemos darnos razón exacta de todo lo que vemos; y por la misma razón que percibimos muchas cosas al mismo tiempo, las percibimos confusamente.

Para hallarnos en estado de darnos cuenta de ellas es necesario percibir las de un modo distinto; y observar una en pos de otra las sensaciones que se causan en nuestros ojos en un mismo instante.

Cuando las observamos de esta manera, son sucesivas con relación á nuestras miradas que se dirigen de un objeto á otro; pero son simultáneas con respecto á nuestra vista que continúa abrazandolas. En efecto aunque no atendamos mas que á una cosa, vemos no obstante muchas, y aun nos es imposible dejar de ver muchas mas de las que consideramos.

Además, las sensaciones que son simultáneas respecto de nuestra vista, obran sobre nosotros como una sola sensación, á la verdad confusa, porque es demasiado compuesta. No nos queda ningun recuerdo de ella, y aun nos inclinamos á creer que nada habíamos visto. Por el contrario las sensaciones que observamos una despues de otra, obran sobre nosotros como otras tantas sensaciones distintas: nos acordamos de las cosas que hemos visto, y á veces es tan vivo este recuerdo, que nos parece verlas todavía.

Si muchas sensaciones simultáneas se reunen confusamente, y cuando las abraza la vista al mismo tiempo parece que componen una sola, sin que nos dejen ninguna impresión, vemos que se descomponen cuando se observan una despues de otra, y se nos presentan entonces de una manera distinta.

Lo que notamos con respecto á las sensaciones de la vista es igualmente cier-

to por lo tocante á las ideas y á las operaciones del entendimiento. Cuando nuestro espíritu abraza á la vez muchas ideas y muchas operaciones que coexisten, esto es, que existen reunidas en él, resulta alguna cosa de compuesto, cuyas diferentes partes no podemos distinguir: ni imaginamos entonces que hayan podido estar presentes al mismo tiempo á nuestra imaginación muchas ideas, ni tampoco sabemos en qué, ni que hemos pensado; pero cuando estas ideas y estas operaciones llegan á ser sucesivas, nuestro pensamiento se descompone, discernimos poco á poco lo que comprende, observamos lo que hace nuestro espíritu y formamos de sus operaciones una serie de ideas distintas.

En efecto, así como el único modo de descomponer las sensaciones de la vista es hacer que se sucedan la una á la otra; así también el único modo de descomponer un pensamiento, es hacer que se sucedan la una á la otra las ideas y las operaciones de que se ha formado. Por ejemplo, para descomponer la idea que yo tengo á la vista de una mesa, es necesario que observe sucesivamente todas las sensaciones que causan en mí, á un mismo tiempo, su altura, su largo, su ancho, su color, &c., así es como para descomponer mi pensamiento cuando formo un deseo, observo sucesivamente la inquietud, ó la incomodidad que

esperimento, la idea que concibo del objeto propio para aliviarme, el estado en que me hallo por su falta, el placer que me prometo de su posesion y la direccion de todas mis facultades acia ese mismo objeto.

Así, pues, descomponer un pensamiento, ó una sensacion, ó representarse sucesivamente las partes de que se componen, es una sola y misma cosa: por consiguiente el arte de descomponer nuestros pensamientos, no es otra cosa que el arte de hacer sucesivas las ideas y las operaciones que son simultaneas.

Digo el arte de descomponer nuestros pensamientos, sin carecer de razon para expresarme así; porque en el espíritu, cada pensamiento se compone naturalmente de muchas ideas y de muchas operaciones que coexisten; y para saber descomponer, es indispensable haber aprendido á representarse una tras otras estas ideas y estas operaciones. Esto acaba de verse en la descomposicion del deseo, y aun puede convencer mas la análisis del entendimiento humano: porque si la atencion, la comparacion, el juicio, &c., no son otra cosa que la sensacion transformada, es una consecuencia que estas operaciones no son mas que la sensacion descompuesta, ó considerada sucesivamente bajo diferentes puntos de vista. Luego la sensacion abraza todas nuestras ideas y todas nuestras operaciones; y el arte de

descomponerla no es mas que el arte de representarnos sucesivamente las ideas y las operaciones que comprende.

Podría yo, en consecuencia, formar juicios y racionios, sin tener todavia los medios de descomponerlos: y aun los he formado antes de haber sabido representarme sus partes en el orden sucesivo que puede unicamente hacermelas distinguir. Entonces juzgaba y racionaba, sin poderme formar ideas distintas de lo que pasaba en mí, y por lo mismo, sin saber que juzgaba y racionaba; pero no es menos cierto que formaba juicios y racionios. La descomposicion de un pensamiento supone su existencia; y sería absurdo decir que yo no comienzo a juzgar y á racionar, sino cuando comienzo á poder representarme sucesivamente lo que hago cuando juzgo y cuando raciono.

Si todas las ideas que componen un pensamiento son simultaneas en el espíritu, son sucesivas en el discurso: luego las lenguas son las que nos suministran los medios de analizar nuestros pensamientos: vamos á observar estos medios en los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

De la necesidad de los signos artificiales para descomponer las operaciones del alma, y darnos ideas distintas de ellas.

Cuando se juzga que un arbol es grande, la operacion del espíritu, no es mas que la percepcion de la relacion de *grande con arbol*, si como hemos dicho, juzgar no es otra cosa que percibir una relacion entre dos ideas que se comparan.

Es cierto que se me podia objetar que cuando se juzga se hace algo mas que percibir, porque en efecto, no solamente se quiere decir que un arbol es grande, sino afirmar que realmente lo es. Mas yo respondería que la percepcion y la afirmacion no son de parte del espíritu, sino una operacion misma bajo dos puntos de vista diferentes. Podemos considerar la relacion entre *arbol y grande* en la percepcion que de él tenemos, ó en las ideas de *grande y de arbol*, que nos representan un arbol grande como existente fuera de nosotros. Si lo consideramos solamente en la percepcion, es evidente entonces que esta y el juicio no son mas que una misma cosa: y si por el contrario lo consideramos todavia en las ideas de *grande y de arbol*, entonces la idea

descomponerla no es mas que el arte de representarnos sucesivamente las ideas y las operaciones que comprende.

Podría yo, en consecuencia, formar juicios y racionios, sin tener todavía los medios de descomponerlos: y aun los he formado antes de haber sabido representarme sus partes en el orden sucesivo que puede unicamente hacermelas distinguir. Entonces juzgaba y racionaba, sin poderme formar ideas distintas de lo que pasaba en mí, y por lo mismo, sin saber que juzgaba y racionaba; pero no es menos cierto que formaba juicios y racionios. La descomposicion de un pensamiento supone su existencia; y sería absurdo decir que yo no comienzo a juzgar y á racionar, sino cuando comienzo á poder representarme sucesivamente lo que hago cuando juzgo y cuando raciono.

Si todas las ideas que componen un pensamiento son simultaneas en el espíritu, son sucesivas en el discurso: luego las lenguas son las que nos suministran los medios de analizar nuestros pensamientos: vamos á observar estos medios en los capítulos siguientes.

CAPITULO IV.

De la necesidad de los signos artificiales para descomponer las operaciones del alma, y darnos ideas distintas de ellas.

Cuando se juzga que un arbol es grande, la operacion del espíritu, no es mas que la percepcion de la relacion de *grande con arbol*, si como hemos dicho, juzgar no es otra cosa que percibir una relacion entre dos ideas que se comparan.

Es cierto que se me podia objetar que cuando se juzga se hace algo mas que percibir, porque en efecto, no solamente se quiere decir que un arbol es grande, sino afirmar que realmente lo es. Mas yo respondería que la percepcion y la afirmacion no son de parte del espíritu, sino una operacion misma bajo dos puntos de vista diferentes. Podemos considerar la relacion entre *arbol y grande* en la percepcion que de él tenemos, ó en las ideas de *grande y de arbol*, que nos representan un arbol grande como existente fuera de nosotros. Si lo consideramos solamente en la percepcion, es evidente entonces que esta y el juicio no son mas que una misma cosa: y si por el contrario lo consideramos todavía en las ideas de *grande y de arbol*, entonces la idea

de magnitud conviene á la de árbol, independientemente de nuestra percepcion, y el juicio viene á ser una afirmacion. Considerada bajo ese punto de vista la proposicion *este árbol es grande*, no significa solamente que percibimos la idea de grandor, sino tambien que este pertenece realmente al árbol.

Un juicio como percepcion, y un juicio como afirmacion son una sola operacion del espíritu, y no se diferencian entre sí, sino porque el primero se limita á hacer considerar una relacion en la percepcion que se tiene, y el segundo la hace considerar en las ideas que se le comparan.

Ademas ¿de donde nos viene el poder de afirmar ó de considerar una relacion en las ideas que comparamos, mas bien que en la percepcion que tenemos de ellas?: del uso de los signos artificiales. Se ha visto que para descubrir el mecanismo de un reloj es menester descomponerlo, esto es, separar sus partes, distribuirlas con orden y estudiarlas cada una de por sí. Se ha adquirido tambien el convencimiento que esta análisis es el medio unico de adquirir conocimientos de cualesquiera especie que sean. En esta virtud se ha juzgado que para conocer con perfeccion el pensamiento, era necesario descomponerlo y estudiar sucesivamente sus ideas todas, como se estudiarían todas las partes de un reloj.

Para hacer esta descomposicion se han distribuido con orden las palabras que representan las ideas; se ha considerado en cada una la idea separadamente, y en dos palabras que se han reunido se ha observado la relacion que tienen entre si dos ideas: luego se debe al uso de las palabras el poder de considerar las ideas, cada una en si misma, y de comparar las unas con las otras para descubrir sus relaciones; y á la verdad no habia otro medio para hacer esta análisis: por consiguiente, si no se hubiese conocido el uso de ningun signo artificial, habria sido imposible ejecutarla.

Mas si no se pudiese hacer esta análisis, tampoco se podrían considerar separadamente y cada una de por sí las ideas de que se forma el pensamiento, y quedarian como envueltas en la percepcion que de él se tuviese: envueltas de este modo, es evidente que las comparaciones y los juicios del espíritu no serian mas que lo que llamamos percepcion; y no podria hacerse esta proposicion *este árbol es grande*, puesto que estas ideas serian simultaneas, y se careceria de medios para representarselas en el orden sucesivo que las distingue, y que solo puede darles el discurso: por consiguiente, no se podría juzgar de esa relacion, si por esto se entiende afirmar.

Todo confirma, pues, que el juicio tomado por una afirmacion es en el espíritu

ritu la misma operacion que el juicio tomado por una percepcion, y que poseyendose la facultad de percibir una relacion, la de afirmar ó poder hacer una proposicion se debe al uso de los signos artificiales. La afirmacion existe en cierto modo menos en el espíritu que en las palabras que pronuncian las relaciones que se perciben.

Así como las palabras ponen en claro sucesivamente en una proposicion, un juicio cuyas ideas son simultaneas en el espíritu; así tambien desarrollan en una serie de proposiciones, un raciocinio cuyas partes son igualmente simultaneas; y cada uno descubre en sí mismo una serie de ideas y de operaciones que no habria distinguido sin su socorro.

Pues que no hay hombre que no haya carecido de los signos artificiales, tampoco hay ninguno à quien durante algun tiempo no se hayan ofrecido las operaciones de su espíritu del todo confundidas con la sensacion, y todos han comenzado por hallarse en la imposibilidad de distinguir lo que pasaba en su pensamiento. Lo percibian solamente; pero su percepcion en que todo se confundia, ocupaba el lugar del juicio y del raciocinio, y era un equivalente. Se concibe cuan difícil era desenvolver este caos; mas habiendose superado esta dificultad, se puede juzgar que se pueden vencer otras.

Desde el momento que no podemos percibir separada y distintamente las operaciones de nuestra alma, sino en los nombres que les hemos dado, es una consecuencia, que no sabremos observar otras semejantes en los animales que carecen del uso de nuestros signos artificiales; y no pudiendo distinguir las en ellos, se las rehusamos, y decimos que no juzgan porque no pronuncian juicios como nosotros.

Este error se evitará, considerando que la sensacion abraza todas las ideas y todas las operaciones de que somos capaces; y si estas ideas y estas operaciones no existiesen en nosotros, los signos artificiales no nos enseñarian à distinguir las. Ellos, pues, las suponen, y todo animal que tiene sensaciones posee la facultad de juzgar, estos, de percibir relaciones.

CAPITULO V.

Del método con que deben emplearse los signos artificiales para formarse ideas distintas de cualquiera especie.

Acabamos de ver que son necesarios los signos artificiales para discernir las operaciones de nuestra alma: y no lo son menos para formarnos ideas distintas de los objetos que existen fuera de nosotros: por

que si no conocemos las cosas, sino en tanto que las analizamos, es consiguiente que tampoco las conozcamos sino en tanto que nos representamos sucesivamente las cualidades que les pertenecen; y esto es puntualmente lo que no podemos ejecutar si no es con signos elegidos y empleados con arte.

No sería suficiente hacer pasar en el espíritu estas cualidades una despues de otra. Si pasasen sin orden no sabriamos donde volverlas á encontrar, apenas nos quedarían unas ideas confusas, y por consiguiente ningun fruto sacariamos de las descomposiciones que hubiesemos hecho: luego la análisis está sujeta á un orden.

Para descubrirlo basta considerar que el objeto de la análisis es distinguir las ideas, hacerlas fáciles de hallar, y ponernos en estado de compararlas bajo todos sus aspectos. Además, si ésta traza la serie de ellas con el mayor enlace; si haciendolas nacer unas de otras muestra su desarrollo sucesivo, y si finalmente dá á cada una un lugar señalado y el que le conviene, entonces cada idea será distinta y se hallará de nuevo fácilmente. Aun será bastante recordar una de ellas para traer sucesivamente á la memoria todas las demas, y será fácil observar sus relaciones; porque podremos recorrerlas sin obstaculos, y fijarnos á nuestro arbitrio sobre todas aquellas que quera-

mos comparar. Luego para analizar no se trata de crearse un órden arbitrario: existe uno que nos proporciona el modo en que concebimos: la misma naturaleza lo indica, y para descubrirlo no hay mas que observar lo que nos hace ejecutar.

Los objetos empiezan á descomponerse por si mismos, pues que se nos muestran con cualidades diferentes, segun que son diversos los órganos espuestos á su acción. Un cuerpo sólido, colorado, sonoro, oloroso y gustoso, no tiene todos esos caracteres para cada uno de nuestros sentidos, ni estos mismos caracteres son mas que otras tantas cualidades que conocemos sucesivamente por igual número de órganos diferentes.

El tacto nos hace considerar la solidez como separada de las otras cualidades que se reunen en el mismo cuerpo: la vista nos hace considerar el color de la misma manera: en una palabra, cada sentido descompone, y nosotros formamos en realidad ideas compuestas, reuniendo en cada objeto cualidades que nuestros sentidos tiran á separar.

Se ha visto además que una idea abstracta es una idea que formamos considerando una cualidad separadamente de las otras á que está unida: luego basta tener sentidos para tener ideas abstractas.

Pero mientras que no tengamos ideas abstractas mas que por este camino, las re-

cebimos sin orden; desaparecen cuando los objetos dejan de obrar sobre nuestros sentidos; no son mas que conocimientos momentaneos, y nuestro modo de ver es todavía confuso y perturbado.

Sin embargo, la naturaleza es la que comienza á hacernos discernir alguna cosa en las impresiones que los órganos hacen pasar hasta el alma; y si ella no comenzase, tampoco podríamos comenzar. Pero cuando lo ha verificado, se detiene: contenta con habernos puesto en el camino, nos deja, y á nosotros nos toca avanzar.

Hasta este punto se hacen, pues, todas las descomposiciones, sin arte alguno por parte nuestra. ¿Y cómo podremos hacer con arte otras descomposiciones para adquirir verdaderos conocimientos? observando aun el orden que la misma naturaleza nos prescribe; pero se sabe que este orden es aquel en que nuestras ideas nacen unas de otras en consecuencia de nuestro modo de sentir y de concebir: luego debemos analizar los objetos en el orden mas conforme á la generación de las ideas.

Papá en la boca de un niño que no ha visto mas que á su padre, solo es para él el nombre de un individuo; pero cuando ve otros hombres, juzga por las cualidades que tiene de común con su padre, que deben tener tambien el mismo nombre, y los llama *papá*. En tal caso esta palabra

no es ya para él el nombre de un individuo, sino que es comun á muchos que se parecen: es el nombre de una cosa que ni es Pedro, ni Pablo, sino de una idea que solo existe en la imaginacion de este niño, y que no la ha formado, sino por que ha hecho abstraccion de las cualidades particulares á los individuos Pedro y Pablo para pensar únicamente en las que les son comunes. No le ha costado trabajo esta abstraccion, bastandole no fijar la atencion en las cualidades que distinguen á estos individuos; y como le es mas facil comprender las semejanzas que las diferencias, se inclina naturalmente á generalizar: cuando ulteriormente le enseñen las circunstancias que lo que nombraba *papá* se llama *hombre*, no adquirirá una nueva idea, sino que sabrá solamente el verdadero nombre de una idea que ya tenía.

Pero debe observarse que una vez que un niño comienza á generalizar, da á una idea toda la estension que puede tener, es decir, se apresura á dar el mismo nombre á todos los objetos que tienen una semejanza ligera, y los comprende todos en una misma clase. Las similitudes son las primeras cosas que le chocan, porque todavía no sabe analizar lo bastante para distinguir los objetos por las cualidades que les son propias. No imaginará, pues, clases generales, sino cuando haya aprendido á ob-

servar en que se diferencian las cosas. Por ejemplo, la palabra *hombre* es para él al principio una denominacion comun bajo la cual comprende indistintamente á todos los hombres; pero cuando en lo sucesivo tenga ocasion de conocer las diversas condiciones, formará inmediatamente las clases subordinadas y menos generales de militares, magistrados, artesanos, labradores. &c. Tal es el orden de la generacion de las ideas: se pasa sucesivamente del individuo al género para bajar despues á las diferentes especies que se multiplican á medida que se adquiere mas discernimiento, esto es, que se aprende mejor á analizar las cosas.

Luego siempre que un niño oye nombrar un objeto antes de haber notado que se parece á otros, la palabra que es para nosotros el nombre de una idea general, es para él el nombre de un individuo: ó si es para nosotros un nombre propio, él la generaliza tan luego como encuentra objetos semejantes al que se ha nombrado; y no forma clases menos generales, sino á medida que aprende á notar las diferencias que distinguen las cosas.

Se vé, pues, como nuestras primeras ideas son al principio individuales, como se generalizan, y como de generales se hacen especies subordinadas á un género.

Esta generacion se funda en la naturaleza de las cosas. Es de necesidad que

nuestras primeras ideas sean individuales, en razon de que no habiendo fuera de nosotros mas que individuos, solamente individuos pueden obrar sobre nuestros sentidos. Los demas objetos que conocemos, no son cosas reales que existan en la naturaleza, sino diferentes modos de ver del espiritu, que considera en los objetos las relaciones en que se parecen y las en que se diferencian.

No hay, pues, mas que un medio para adquirir conocimientos exactos y precisos, y es el de conformarnos en nuestras analisis con el orden de la generacion de las ideas; y he aquí el método con que debemos emplear los signos artificiales. Si no supiesemos usar de este método, los indicados signos no nos conducirian á otra cosa que á ideas imperfectas y confusas; y si no los tuviésemos, tampoco tendríamos método, y por consiguiente no adquiriríamos ningun conocimiento. Todo, pues, nos confirma la necesidad de los signos artificiales para discernir las ideas que existen confusamente en nuestras sensaciones.

Antes que un educando estudie este método con su preceptor, lo ha empleado ya, y ha adquirido algunas ideas abstractas: conducido por las circunstancias que casi le hacian adivinar el sentido de las palabras, habia analizado las cosas sin advertir que las analizaba, y sin reflexionar acerca del orden que debía seguir en estas análisis.

sis, que por la misma razon eran ordinariamente imperfectas. Pero, en fin, había analizado, y se había formado ideas que nunca hubiera concebido, si no hubiese oído palabras, ni conocido la necesidad de darles significacion.

Si estas ideas eran en corto número, si eran todavía muy confusas, y si el educando era incapaz de darse razon de ellas, es porque las circunstancias lo habían conducido mal: no había tenido ocasion de aprender bastantes voces, ò no las había aprendido en el orden mas propio para entenderlas; sucediendo por lo comun que la que oía pronunciar, y cuyo sentido deseaba penetrar, suponía el conocimiento de otras que ignoraba para ser bien comprendida; y quizá muchas veces que las personas que hablaban delante de él, abusando de un modo extraño del lenguaje por ignorar à su vez el valor de los términos de que usaban, le imprimian ideas falsas creyendo instruirlo, mientras él pensaba con confianza segun ellas. Además unos signos cuyo conocimiento adquiria con tan poco orden y precision, solo eran propios para hacerle ejecutar analisis falsas, ó poco exactas; y semejante método, si así puede llamarse, no podia darle mas que muchas nociones confusas y muchas preocupaciones.

¿Que es lo que hace un discípulo con su maestro para dar mas precision á sus i-

deas y para adquirir otras nuevas? Recorrer de nuevo las palabras que sabe, aprender otras nuevas, y estudiar el sentido de unas y otras en el orden de la generacion de las ideas: y desde luego se ve que este método es el único; y por lo menos le convence la esperiencia de que es bueno.

Para acabar de ilustrar acerca del método es necesario hacer notar que hay un orden segun el cual adquirimos ideas, y otro segun el cual distribuimos las que hemos adquirido. El primero es, como se ha visto, el de su generacion; y el segundo el inverso del primero, esto es, aquel en que comenzamos por la idea mas general para pasar de clase en clase hasta el individuo.

Se presentará mas de una ocasion en que observar que las ideas generales abrevian el discurso; y debe comenzarse por ellas cuando se habla á las personas instruidas, porque sería importuno y superfluo remontarse al origen de las ideas puesto que no se les podría decir mas de lo que saben.

No sucede lo mismo cuando se habla á personas que nada saben, ò que todo lo que saben es imperfectamente. Si yo le presentase á estos mis ideas en el mismo orden que tienen en mi imaginacion, comenzaría por cosas que él no podría entender porque supondría lo que no sabía:

luego debería presentárselas en el orden en que las habría podido adquirir por sí mismo. Por ejemplo, no me entendería si yo definiere el entendimiento, la voluntad, ó el pensamiento, antes de haber analizado las operaciones del alma: me entendería menos si yo comenzase por definir la gramática y lo que llaman los gramáticos *partes de la oracion*. Verdad es que podría explicarle en lo sucesivo estas cosas; pero sería racional obligarlo á escuchar y repetir palabras á que no diese significacion alguna, y diferir su explicacion para otro tiempo? luego no debo enseñarle las voces que no sepa, sino despues de haberlas explicado por medio de las que ya entiende.

Tengo muchos motivos para hacer estas reflexiones: el primero es, que manifestando el método que me propongo seguir, instruyo mas y pongo poco á poco á cada uno en estado de instruirse por sí solo. El segundo, que mostrando como debo explicarme para estar al alcance de cada uno, le enseño á juzgar por sí mismo, si en efecto ofrezco mis ideas en el orden mas propio para hacerme entender. Podría hablarle como á una persona instruida olvidándome de mi método; pero entonces no me entendería, ó tal vez se equivocaría, y es necesario que sepa que esto sería una falta mia.

Finalmente estas reflexiones son propias para prevenir contra la preocupacion adoptada generalmente de que las ideas abstractas son muy dificiles. Cada uno puede juzgar por sí mismo si le han costado mucho las que se ha formado en el tiempo de sus estudios; y puede estar seguro de que no le costarán mas las otras.

En efecto ¿porque nos dá tanto trabajo familiarizarnos con las ciencias que se llaman abstractas? Porque emprendemos su estudio antes de otros que debian prepararnos para él; y porque los que las enseñan nos hablan como á personas instruidas y suponen en nosotros conocimientos de que carecemos. Todo estudio sería facil, si se nos hiciese pasar de conocimiento en conocimiento, conforme al orden de la generacion de las ideas, sin salvar jamas ninguna idea intermedia, ó á lo menos sin suprimir mas que aquellas que se pueden suplir facilmente. Puedo hacer sensible esta verdad por una comparacion que aunque ciertamente no es noble, nos iluminará, supuesto que solo buscamos la luz.

Considerense, pues, las ideas adquiridas como una serie de escalones, y juzguese si sería posible saltar de repente á lo mas alto de la escalera: tal vez no se podría ni aun subir los escalones de dos en dos, al paso que se ejecutaría facilmente de uno en uno; y no siendo las ciencias otra

cosa que muchas escaleras puestas de cabo á cabo ¿por qué no se podría subir de escalon en escalon hasta el último?

CAPITULO VI.

De las lenguas consideradas como otros tantos métodos analíticos.

Se ha visto cuan necesarios nos son los signos artificiales para distinguir todas las operaciones de nuestra alma en nuestras sensaciones: y hemos observado tambien de que modo debemos usarlos para formarnos ideas de toda especie: luego el primer objeto del lenguaje es analizar el pensamiento. En efecto, no podremos mostrar sucesivamente á los otros las ideas que coexisten en nuestro espíritu, sino en tanto que podemos hacerlo con nosotros mismos, esto es, no sabemos hablar á los otros sino en tanto que sabemos hablarnos: por consiguiente se engañaría el que creyese que las lenguas no nos son útiles mas que para comunicarnos mutuamente nuestros pensamientos.

Debemos, pues, considerarlas como métodos analíticos, y no las conoceremos perfectamente hasta que hayamos observado como han analizado el pensamiento.

En lo poco que un niño sabe de su idioma, ve palabras para espresar sus ideas,

y palabras para espresar las relaciones que percibe entre ellas; y será facil que conciba que con menos palabras tendría menos ideas y descubriría menos relaciones, sin mas necesidad que la de recordarle la ignorancia en que se hallaba mucho tiempo antes. Concebirá así mismo que con mas palabras que las que sabe, podría tener mas ideas y descubrir mas relaciones.

En el castellano, tal como le supimos al principio, podemos representarnos una lengua que comienza, y que por decirlo así, no hace mas que desbastar el pensamiento. En el castellano tal como lo sabemos al presente, vemos una lengua que ha hecho progresos, que ha hecho mas análisis, y que las hace mejor: finalmente en el que podemos saber despues, se preven nuevos progresos, y se comprende de que modo se hará capaz de analizar el pensamiento hasta en sus menores pequenezes.

Si esta análisis se hiciese sin método, el pensamiento apenas se desembrollaría imperfectamente: las ideas se presentarían confusamente y sin orden á quien quisiese hablar; y solo podría darse á entender cuando le adivinaran. De aquí es que hemos visto la análisis sujeta á un método, y este mas ó menos perfecto, segun que conformándose con la generacion de las ideas, la muestra de una manera mas ó menos sensible. Todo, pues, nos comprueba que de-

bemos considerar las lenguas como otros tantos métodos analíticos; métodos que al principio tienen toda la imperfección de las lenguas que comienzan, y que después progresan á medida que las mismas lenguas.

Pero se dirá: los hombres no conocían este método antes de haber formado las lenguas ¿de que modo, pues, las han hecho conforme á él? mas esta dificultad solo probará que en los principios este método ha sido tan imperfecto como las lenguas.

Con efecto cuando un educando reflexiona acerca de las ideas que ha adquirido con su preceptor, podrá facilmente vencerse de que las debe á la analisis: de que no habia podido adquirirlas tan precisas por ningun otro camino; y de que por consiguiente, ha analizado algunas veces metódicamente por sí solo con esactitud, aunque entonces lo ejecutaba sin saberlo. De esta suerte han seguido los hombres un método analítico en la formación de las lenguas. Mientras que este método ha sido imperfecto, se han espresado groseramente y con mucho embarazo; mas á proporción que han progresado, se han hallado capaces de hablar con mas claridad y precision.

Guiado el niño por la naturaleza en las analisis que ha hecho por sí solo, ha distinguido algunas cualidades en los objetos, porque necesitaba notarlos; y ha distinguido tambien algunas operaciones en su alma, por-

que tenia necesidad de dar á conocer sus temores y sus deseos. Habrá encontrado, á la verdad, socorros en las personas que se le acercaban, porque no habrá hecho mas que atender á las circunstancias en que pronunciaban ciertas palabras para aprender á nombrar las ideas que se formaba.

Los hombres que han creado las lenguas han sido guiados igualmente por la naturaleza, esto es, por las necesidades que son consecuencia de nuestra conformacion. Si se han visto obligados á imaginar las palabras que hemos hallado formadas, han seguido en su eleccion el mismo método que nosotros al aprenderlas; pero tambien sin saberlo. Si se hubiese podido hacerselos notar antes, las lenguas habian progresado rapidamente. Así, pues, la lentitud de los progresos, no prueba que se hayan formado sin método, sino que este se ha perfeccionado puntualmente, no obstante que al fin há facilitado poco á poco las reglas del lenguaje; y el sistema de las lenguas se ha terminado luego que se ha tenido capacidad para observar esas mismas reglas.

Por otra parte, el pensamiento considerado en lo general es el mismo en todos los hombres: en todos viene igualmente de la misma sensacion, y en todos se compone y se descompone de la misma manera. Las necesidades que los obligan á analizar el pensamiento son tambien comunes á la analisis de los medios semejantes, porque todos es-

tan conformados del mismo modo; y el método que siguen está sujeto á las mismas reglas en todas las lenguas.

Pero este método se sirve de diferentes signos en diferentes lenguas. Mas ó ménos grosero, mas ó menos perfeccionado, hace las lenguas mas ó menos capaces de precision, claridad y energia, y cada una de ellas tiene reglas que le son propias.

Llamase *gramática* la ciencia que enseña los principios y las reglas de este método analítico. Si enseña las que prescribe para todas las lenguas se la nombra *gramática general*: y *gramática particular* cuando se limita al que se sigue en una lengua determinada. Así, pues, estudiar la gramática es estudiar los métodos que los hombres han seguido en la análisis del pensamiento.

Esta empresa no es tan difícil como puede parecer. Redúcese á observar lo que hacemos cuando hablamos, porque el sistema del lenguaje ecsiste en cada hombre que sabe hablar. Por otra parte, un discurso no es mas que un juicio, ó una serie de juicios: de consiguiente, si descubrimos el modo en que una lengua analiza un corto número de juicios, conoceremos tambien el método que sigue en la análisis de todos nuestros pensamientos. Esto es lo que vamos á ecsaminar en los capítulos siguientes, comenzando por observar las a-

nálisis que se ejecutan con el lenguaje de accion.

CAPITULO VII.

Del modo en que el lenguaje de accion descompone el pensamiento.

El lenguaje de accion que intento hacer notar, no es aquel de que han hecho un arte los pantomimos; sino el que nos dicta la naturaleza en consecuencia de la conformacion que ha dado á nuestros órganos. Cuando un hombre espresa un deseo por su accion y muestra por un gesto el objeto que solicita, comienza ya á descomponer su pensamiento; pero menos para sí mismo, que para los que lo observan. No lo descompone para sí, porque en tanto que los movimientos que espresan sus diferentes ideas no se suceden, estas son simultáneas lo mismo que los primeros, y el pensamiento se le presenta entero, sin sucesion ni descomposicion.

Mas por lo comun descompone su accion para los que lo observan; lo cual sucede siempre que no pueden comprender lo que quiere, sino despues de haberle dirigido la vista para notar la espresion de su deseo, y en seguida al objeto para saber lo que desea. Esta observacion les hace sue-

tan conformados del mismo modo; y el método que siguen está sujeto á las mismas reglas en todas las lenguas.

Pero este método se sirve de diferentes signos en diferentes lenguas. Mas ó ménos grosero, mas ó menos perfeccionado, hace las lenguas mas ó menos capaces de precision, claridad y energia, y cada una de ellas tiene reglas que le son propias.

Llamase *gramática* la ciencia que enseña los principios y las reglas de este método analítico. Si enseña las que prescribe para todas las lenguas se la nombra *gramática general*: y *gramática particular* cuando se limita al que se sigue en una lengua determinada. Así, pues, estudiar la gramática es estudiar los métodos que los hombres han seguido en la análisis del pensamiento.

Esta empresa no es tan difícil como puede parecer. Redúcese á observar lo que hacemos cuando hablamos, porque el sistema del lenguaje ecsiste en cada hombre que sabe hablar. Por otra parte, un discurso no es mas que un juicio, ó una serie de juicios: de consiguiente, si descubrimos el modo en que una lengua analiza un corto número de juicios, conoceremos tambien el método que sigue en la análisis de todos nuestros pensamientos. Esto es lo que vamos á ecsaminar en los capítulos siguientes, comenzando por observar las a-

nálisis que se ejecutan con el lenguaje de accion.

CAPITULO VII.

Del modo en que el lenguaje de accion descompone el pensamiento.

El lenguaje de accion que intento hacer notar, no es aquel de que han hecho un arte los pantomimos; sino el que nos dicta la naturaleza en consecuencia de la conformacion que ha dado á nuestros órganos. Cuando un hombre espresa un deseo por su accion y muestra por un gesto el objeto que solicita, comienza ya á descomponer su pensamiento; pero menos para sí mismo, que para los que lo observan. No lo descompone para sí, porque en tanto que los movimientos que espresan sus diferentes ideas no se suceden, estas son simultáneas lo mismo que los primeros, y el pensamiento se le presenta entero, sin sucesion ni descomposicion.

Mas por lo comun descompone su accion para los que lo observan; lo cual sucede siempre que no pueden comprender lo que quiere, sino despues de haberle dirigido la vista para notar la espresion de su deseo, y en seguida al objeto para saber lo que desea. Esta observacion les hace sue-

cesivos, movimientos que eran simultaneos en la accion de este hombre, y hace ver dos ideas separadas y distintas porque las hace ver una despues de otra.

Por otra parte, si un hombre que solamente habla el lenguaje de accion advierte que para comprender el pensamiento de otro necesita observar sucesivamente sus movimientos, nada le impide que advierta tambien, tarde ó temprano, que para hacerse entender con facilidad necesita de movimientos sucesivos. Aprenderá, pues, á descomponer sus pensamientos, y entonces será cuando el lenguaje de accion se hará un lenguaje artificial, como ya lo hemos observado.

Esta descomposicion casi no ofrece mas que dos ó tres ideas distintas, tales como *tengo hambre, querria este fruto, dadmela*; esto es, no ofrece mas que ideas principales mas ó menos compuestas. Pero la fuerza de las necesidades, la vivacidad del deseo, el gusto que se cree hallar en el fruto que se pide, la preferencia que se da á este, la pena que se experimenta por la privacion, &c., son otras tantas ideas accesorias que no se disciernen todavia, y que sin embargo se espresan por las miradas, por las actitudes, por la alteracion del semblante, en una palabra, por toda la accion.

Estas ideas no se descompondrán hasta que las circunstancias determinen á ha-

cer notar los movimientos que son sus signos naturales, unos despues de otros.

Sería curioso examinar hasta donde podrian llevar los hombres esta análisis; mas estos son pormenores en que no debo entrar, mientras tanto no sean útiles al objeto que me propongo. Bástame por ahora haber observado de que modo comienza el lenguaje de accion á descomponer el pensamiento. Pasemos al lenguaje de los sonidos articulados.

CAPITULO VIII.

Del modo en que las lenguas analizan el pensamiento á los principios.

Para juzgar de las análisis que se han hecho en el nacimiento de las lenguas, sería necesario asegurarse del orden con que han sido nombradas las cosas. No se pueden formar acerca de esto mas que conjeturas, y aun serian tanto mas inciertas, cuanto mas fuesen los pormenores en que se entrase. Como la organizacion, aunque en el fondo la misma, es susceptible segun los climas de muchas variedades que tambien aumentan las necesidades, no es de dudar que los hombres, impelidos por la naturaleza en circunstancias diferentes, se hayan empeñado en rutas que se desvian unas de otras.

Sin embargo, todas ellas parten de un mismo punto, esto es, de lo que hay de comun en la organizacion y en las necesidades. Se trata pues de observar á los hombres en los primeros pasos que han dado: y si nos limitamos á descubrir de que manera han comenzado, nuestras congeturas tendrán mas verosimilitud.

En todas las lenguas los acentos comunes á los dos lenguajes han sido, sin duda, los primeros nombres. La naturaleza los da y son bastantes para indicar nuestras necesidades, nuestros temores, nuestros deseos, y todos nuestros sentimientos. Susceptibles de varios movimientos è inflecciones, parece que se modulan sobre todas las cuerdas sensibles de nuestra alma, y su espresion se diversifica al mismo modo que nuestras necesidades.

Luego los hombres solo tenían que advertir estos acentos para discernir los sentimientos que experimentaban, y para distinguir en ellos aun las mas pequeñas diferencias. En la necesidad de pedirse y de prestarse socorros hicieron estudio de este lenguaje: aprendieron, pues, á emplearlo con mas arte, y los acentos que al principio no habían sido para ellos mas que signos naturales, se coavirtieron insensiblemente en signos artificiales que modificaron con diferentes articulaciones. Ved aquí por que la prosodia ha sido verosimilmente una especie de canto en muchas lenguas.

Cuando los hombres se ejercitaban en observar sus sensaciones no podían dejar de observar que las recibían por órganos que no tienen semejanza, y que por esta razon las distinguían con facilidad: así, pues, solo se trataba de convenir en los nombres que debían darse á estos órganos.

Si estos nombres se hubiesen tomado arbitrariamente y como por acaso, solo los habría entendido el que los hubiese escogido; mas como para usarse fuese necesario que los entendiesen igualmente todos los que vivían juntos, es evidente que circunstancias comunes á todos, son únicamente las que han podido determinar la eleccion de unas voces mas bien que de otras. Luego las circunstancias son propiamente las que han dado nombre á los órganos de los sonidos. ¿Y cuales han sido estas circunstancias? Puede responderse que ellas han sido diferentes, segun los lugares, y por esta razon creo inutil tratar de adivinarlas.

Si los hombres al observar sus sensaciones han sido conducidos á observar los órganos que las transmitian á el alma, tambien lo han sido á observar los objetos que se las causaban obrando sobre esos mismos órganos. Han observado, pues, los objetos sensibles, y los han distinguido con nombres, segun que han necesitado darse razon de sus placeres, de sus trabajos, de sus dolores, de sus temores, de sus deseos, &c.; y

esos nombres han sido imitativos siempre que las cosas han podido representarse por sonidos.

Las lenguas habrán sido muy limitadas por largo tiempo, porque á proporcion que lo eran, suministraban menos medios para hacer nuevas análisis; y era menester sin embargo enriquecerlas para analizar aun. Por otra parte, acostumbrados los hombres al lenguaje de accion, que les bastaba casi siempre, no habrán imaginado crear palabras, sino cuando se hayan visto precisados para hacerse entender con mas facilidad; así, pues, no se habrán hallado en ese caso sino con lentitud, porque no observando las cosas mas que por que tenían algunas relaciones con sus necesidades, sus observaciones habrán sido proporcionadas al corto número de estas; y no existiendo para ellos lo que no observaban, no le habrán dado nombre.

Luego se puede suponer que las lenguas no eran en su origen mas que un suplemento del lenguaje de accion, y solamente presentaban una coleccion de palabras semejantes á estas: *árbol, fruto, lobo, tocar, comer, huir*; y que no habrán podido formarse mas que frases parecidas á *fruto comer, lobo huir, árbol vér*. Estas palabras despertarían con bastante distincion los sentimientos que las necesidades hacían nacer, y por el contrario, apenas represen-

tarían una idea confusa de los objetos en que se discerniría solamente si era necesario huir de ellos ò buscarlos. Esta análisis era, pues, imperfecta: las palabras todavía en corto número no designaban aun mas que las ideas principales; y el pensamiento no se acababa de espresar, sino porque el lenguaje de accion que las acompañaba ofrecía las ideas accesorias. Sin embargo no es difícil comprender el modo en que las lenguas habrán hecho nuevos progresos.

Si los hombres habian dado ya nombres á los sentimientos del alma, á los órganos de la sensacion y á algunos objetos sensibles, es porque el lenguaje de accion habia descompuesto suficientemente el pensamiento para hacer notar sucesivamente todas estas cosas. Es verdad que si no se las hubiese distinguido una despues de otra, no se habría podido formar idea de cada una separadamente, ni menos darles nombre; pero como estas ideas no son las únicas que el lenguaje de accion ha debido hacer distinguir, se concibe de que manera habrá sido posible dar tambien nombres á otras muchas.

Ademas, es evidente que cada hombre al decir, por ejemplo, *fruto comer*, podía mostrar por el lenguaje de accion, si hablaba de si mismo, de aquel á quien dirigía la palabra, ó de cualquiera otro; y

no lo es menos que entonces sus gestos eran el equivalente de estas palabras, *yo, tu, aquel*: luego tenia ideas distintas de lo que nosotros llamamos, primera, segunda y tercera persona, y el que comprendia su pensamiento, se formaba las mismas ideas de todas ellas. ¿Y por qué no habrían podido ponerse de acuerdo entre sí, tarde ó temprano, para espresar estas ideas por algunos sonidos articulados?

Estos hombres podían hacer conocer asi mismo por gestos si un animal era grande ó pequeño, fuerte ó debil, manso ó feroz, &c.; pero una vez distinguidas estas ideas, habían ejecutado lo mas difícil; y no les quedaba mas que conocer la comodidad de designarlas por sonidos. Se crearon, pues, los adjetivos, esto es, nombres que significaban las cualidades de las cosas, asi como se habían creado substantivos, ó nombres que significasen las cosas mismas.

Con la misma facilidad se podía señalar por un gesto, despues de haber mostrado dos lugares diferentes, el de donde se venía, y por otro gesto al que se iba, y he aquí dos gestos uno equivalente á la preposicion *de*, y otro á la preposicion *á*. Otros gestos podían serlo igualmente á *encima, debajo, antes, despues*, &c.: asi es que distinguidas estas relaciones en el lenguaje de accion, era tanto menos dificultoso darles nombre, quanto era mayor el núme-

ro de ideas á que se había dado. Veremos en lo de adelante que solo son necesarias cuatro especies de voces para espresar todos nuestros pensamientos, á saber: substantivos, adjetivos, preposiciones, y un solo verbo tal como el verbo *ser*; y queda solo que descubrir como habrán podido tener los hombres semejante verbo, y pronunciar proposiciones.

Desde luego parece muy difícil imaginar el modo en que los hombres han dado nombres á las operaciones del entendimiento. En efecto, no pudiendo mostrarlas con gestos como lo habían hecho con los objetos sensibles, no sucedía con estas operaciones lo que con los sentimientos del alma cuyos nombres se hallan formados en los acentos de la naturaleza. A pesar de esto, si consideramos que en todas las lenguas los nombres de las operaciones del entendimiento son espresiones figuradas, que tales como *atencion, reflexion, imaginacion, pensamiento*, presentan imagenes sensibles, juzgaremos que los hombres no han llegado á dar nombre á las operaciones del entendimiento, sino porque se lo habían dado á ideas sensibles, que podían representar estas mismas operaciones.

Podemos considerar los órganos de la sensacion en dos estados diferentes: ó reciben indiferentemente todas las impresiones que los objetos causan sobre ellos, ó

obran para recibir una impresion mas bien que otra. *Ver* y *considerar*, por ejemplo, espresan estos dos estados; porque para ver, no obra la vista, siendo bastante que reciba las impresiones que en ella se hacen: al contrario, obra cuando considera por que se dirige con mas particularidad á un objeto, y esta accion se lo hace observar entre otros muchos que continúa viendo.

Oír y *escuchar* espresan igualmente estos dos estados por razon al oído. Se oye todo lo que lo hiere, y el órgano no tiene mas que abandonarse á todas las impresiones que recibe: por el contrario, no se escucha mas que aquello que se quiere oír con preferencia, y el órgano obra entonces para cerrar el oído, en cierto modo, á cualquiera otro ruido que pudiera distraernos. La misma observacion puede hacerse sobre cada uno de los otros sentidos.

Ahora bien, supongamos que se haya elegido la palabra *atencion* para espresar la accion de los ojos cuando consideran: esta palabra unida con la de *oído*, habrá parecido desde luego muy cómoda para espresar la accion del oído cuando escucha. Se habrá continuado empleandola de este modo, y contrayendose el hábito de juntarlo al nombre de cada órgano; y por consiguiente, habrá significado lo que hace cada sentido cuando obra para estar atento á una impresion y distraerse de cualquiera otra.

Atencion ojos, permitaseme este lenguaje, habrá significado lo que hacemos cuando fijamos nuestra atencion en una de las cosas que vemos: *atencion oído* lo que ejecutamos fijando nuestra atencion en una de las cosas que oímos, &c.

Así, pues, luego que la palabra *atencion* es propia para espresar la accion de cada órgano en el momento en que estamos atentos con la vista, con el oído, con el tacto, &c., nos bastará emplearla por sí sola, para que espese entonces esa sola accion. La idea que ecsiste no será ya ni la accion de la vista, ni la del oído, ni la del tacto, sino esta accion considerada con abstraccion de todo órgano. No pensaremos en ninguno de ellos, y por consiguiente, la palabra *atencion* solamente significará en general la accion mediante la cual estamos atentos. Pero esta accion, así considerada, es una operacion del entendimiento: luego tendremos una operacion del entendimiento que tiene nombre.

Es fácil convencerse de que así es como los hombres han llegado á dar nombre á esta operacion. En efecto, si siempre que se ha pronunciado la palabra *atencion* solo se la hubiese empleado para designar una operacion del entendimiento, nada se habria comprendido; mas habiendose advertido que cuando se pronunciaba se consideraba, ó se escuchaba, se juz-

gō que prestar atención era considerar ó escuchar, y en consecuencia se ha pensado luego que sin considerar ó escuchar, se prestaba atención ocupandose con preferencia de una idea que se presentaba á la imaginación. Se ve, pues, que la palabra *atención* no ha venido á ser el nombre de una operación del entendimiento hasta despues de haberlo sido de la acción de la vista que considera, y del oído que escucha.

Denominada esta operación es fácil comprender como lo pueden ser todas las demas, supuesto que comparar, juzgar, reflexionar y racionar, no son mas que modos diversos de conducir nuestra atención. Pasemos al verbo *ser* y observemos á los hombres en el momento en que van á pronunciar la proposición *yo soy*.

Como he supuesto que la palabra *atención* se ha aplicado á la acción de los órganos cuando estamos atentos con la vista, el oído ó el tacto, supongo tambien que la palabra *ser* se ha elegido para expresar el estado en que se halla cada órgano cuando, sin acción de su parte, recibe las impresiones que le causan los objetos. En este supuesto, es evidente que *ser* unido á ojos, habrá significado *ver*, y unido á oído, *oír*: luego aquella palabra se habrá hecho un nombre comun á todas las impresiones; y al mismo tiempo que habrá expresado lo que parece suceder en los órganos, habrá

expresado igualmente lo que efectivamente pasa en el alma. Que se haga entonces abstracción de los órganos; y esta palabra pronunciada por sí sola vendrá á ser el sinónimo de lo que llamamos *tener sensaciones, sentir, ecsistir*: y vease aqui precisamente lo que significa el verbo *ser*. Reflexione cada uno sobre sí mismo y verá que así es como ha conseguido comprender la significación de esta palabra.

Habiendose encontrado este verbo, cada hombre ha podido pronunciar proposiciones equivalentes á esta: *yo soy*; y aun á otras muchas, tales como *yo veo, yo oigo, yo presto mi atención, yo juzgo*: bastaba para esto unir el nombre de la primera persona á las voces que significaban la acción de ver, oír, prestar atención, juzgar.

Cuando un hombre ha sentido la proposición *yo soy*, hablando de sí mismo, puede hacerla hablando de cualquiera otro, y puede repetirla con ocasión de todo lo que observe. Despues de haber dicho *yo soy*, dirá tambien *aquel es, aquellos son*, y pronunciará la existencia de todos los objetos que lleguen á su conocimiento. Pronunciará así mismo otras cualidades, porque quien le podrá impedir que diga: *aquel es grande, aquel es pequeño*, si ha imaginado ya nombres adjetivos?

Por lo demas no pretendo que los hombres en el momento en que comenzaban á

pronunciar proposiciones, estuviesen en estado de discernir todas las ideas que ellas comprendian; por que esto sería suponerles gratuitamente una sagacidad que ni aun nuestros mismos filósofos tienen siempre. La proposición *yo soy*, por ejemplo, comprende por una parte todas las impresiones y todas las acciones de que es capaz un cuerpo vivo y organizado; y por otra todas las sensaciones, y todas las operaciones que solo pertenecen á la alma; porque yo no soy ó no existo, sino en tanto que el todo ó una parte de todo esto se halla en mí. Sin embargo, la mayor parte de los que hacen esta proposición están muy distantes de discernir todas estas cosas; y apenas las ven de una manera confusa porque son incapaces de analizar las palabras que emplean; pero por último ella significa siempre lo mismo, hagase ó no su análisis, y solamente se diferencia de una boca á otra, porque presenta á los unos ideas distintas, mientras que no presenta á los otros mas que una masa confusa de ideas.

Sin duda que en el origen de las lenguas tampoco presentaría esta proposición otra cosa que una masa confusa en que se distinguirían pocas ideas, y se habrán necesitado muchas observaciones para que los hombres que las pronunciaban pudiesen comprender todo lo que decían: hablaban como lo hacemos nosotros ordinariamente, y nos les parecemos mas de lo que se piensa.

Tambien debe observarse que se ha pasado mucho tiempo antes de poder expresar en proposiciones todas las miras del espíritu, y por consiguiente, las lenguas no han podido perfeccionarse, sino con mucha lentitud. Se necesitaba crear palabras para las ideas accesorias tanto como para las principales: aprender á emplearlas de un modo propio para desarrollar un pensamiento, y mostrarlo sucesivamente en todos sus pormenores. Era, pues, necesario determinar el orden que debian seguir en el discurso, y convenir en las variaciones que se les harian tomar para señalar mas sensiblemente sus relaciones. Todo esto exigia muchas observaciones y análisis bien ejecutadas: he hecho vér como se ha comenzado, y esto es todo lo que me proponía. Si fuese posible observar una lengua en sus progresos sucesivos, se verian establecerse las reglas poco á poco; mas como esto es imposible, no nos queda mas que observar la nuestra tal como es ahora, y buscar las leyes que siguen en la análisis del pensamiento.

CAPITULO IX.

Del modo en que se hace la análisis del pensamiento en las lenguas formadas y perfeccionadas.

Tomemos un pensamiento desarrollado en un largo discurso y observemos su análisis. El ejemplo que hallo mas propio para mi designio es el discurso que pronunció Racine, cuando Tomas Corneille, que sucedió á Pedro su hermano, se recibió en la academia francesa.

„Sabeis, dijo Racine, el estado en que se hallaba la escena francesa cuando él (Pedro Corneille) comenzó á trabajar. ¡Que desorden! ¡que irregularidad! sin gusto ninguno, sin conocimiento de las verdaderas bellezas del teatro, los autores eran tan ignorantes como los espectadores: la mayor parte de los asuntos estravagantes y sin verosimilitud, carecian de costumbres y de caracteres: la diction mas viciosa aun que la accion, y cuyo principal adorno consistia en agudezas y juegos miserables de palabras: en una palabra, violadas todas las reglas del arte, y hasta las de la honradez y de la decencia.”

„En esta infancia, ó por mejor decir, en este caos del poema dramático entre no-

sotros, vuestro ilustre hermano despues de haber buscado por algun tiempo el buen camino, y luchado, si puedo espresarme así, contra el mal gusto de su siglo, inspirado al fin de un genio extraordinario y ayudado de la lectura de los antiguos; hizo ver la razon sobre la escena, mas la razon acompañada de toda la pompa y de todos los adornos de que nuestra lengua es capaz, poniendo felizmente de acuerdo lo verosimil con lo maravilloso, y dejando muy atras á todos sus rivales, cuya mayor parte desesperando de alcanzarlo, y no atreviendose ya á disputarle el lauro, se limitó á combatir la voz pública declarada por él, y procuró, aunque en vano, rebajar un mérito que ninguno de ellos podía igualar, por medio de discursos y criticas frivolas.”

„La escena volvió á resonar con las aclamaciones que escitaron en su nacimiento el Cid, Horacio, Cinna y Pompeyo, todas obras maestras, representadas en tantos teatros, traducidas á tantos idiomas, y que vivirán para siempre en la boca de los hombres. Y á la verdad ¿donde se hallará un poeta que haya poseido al mismo tiempo tan grandes talentos, tan excelentes prendas, el arte, la fuerza, el juicio y la imaginacion? ¡Que nobleza! ¡que economía en los asuntos! ¡que vehemencia en las pasiones! ¡que gravedad en los sentimientos! ¡que

lignidad, y al mismo tiempo que variedad tan prodigiosa en los caracteres! Cuantos reyes, príncipes y heroes de diversas naciones nos ha representado, siempre tales como deben ser, siempre uniformes consigo mismos, y sin parecerse nunca unos á otros. A mas de esto una magnificencia de espresion proporcionada á los dueños del mundo que hacia hablar con frecuencia, capaz sin embargo de abatirse y de descender á los candores mas simples de lo jocoso en que es tambien inimitable. En fin, lo que sobre todo tiene de particular, es cierta fuerza, cierta elevacion que sorprende, que arrebatá, y que hace hasta sus defectos, si se le pueden reprender algunos, mas estimables que las virtudes de otros; personaje nacido ciertamente para la gloria de su pais y comparable no ya á los excelentes poetas trágicos que ha tenido Roma, supuesto que ella misma confiesa no haber sido muy feliz en este género, sino á los Eschilos, á los Sofocles, á los Eurípides con que no se honra menos la famosa Atenas, que con los Temistocles, los Pericles y los Alcibiades sus contemporáneos.

Así es como Racine habla de Corneille: este Racine que tanto ha contribuido á los progresos de la poesia dramática, que ha enriquecido el idioma frances, y dádole toda la elegancia de que es susceptible; y cuando este maestro se espresaba de tal suerte sobre cosas que le eran familiares y que ha-

bia meditado hasta en sus últimos pormenores; puedo suponer, sin aventurarme en nada, que su pensamiento le presentaba á un tiempo lo que su discurso solo presenta sucesivamente.

El teatro debe mucho á Corneille: vease aqui el fondo del pensamiento; y Racine no puede desarrollarlo, sino en tanto que perciba todas sus partes. Este desarrollo supone que él ve el estado en que se hallaba el teatro antes de Corneille: el estado en que este lo puso, y por último sus talentos: así, pues, su pensamiento se descompone en tres partes que distingue separandolas en tres párrafos.

Se ve por esto que en el discurso escrito, los párrafos contribuyen á distinguir de un modo sensible las diferentes partes de un pensamiento, y señalan donde acaba, ó comienza cada uno. Si es necesario distribuir en muchos párrafos las diferentes partes de un pensamiento; con mayor razon lo será separar del mismo modo muchos pensamientos diversos. Sin embargo esta precaucion indispensable para la mayor claridad, cuando este desarrollo tiene cierta estension, es inútil cuando es muy corto, porque entonces los pensamientos se distinguen suficientemente por los puntos que los terminan.

En el discurso pronunciado las pausas substituyen el lugar de los párrafos y

de los puntos: y así fué como Racine distinguió las diferentes partes de su pensamiento cuando pronunció su discurso. Semejantes pausas suponen un sentido completo; pero algunos de estos pueden tener un enlace entre sí, y no ser en su totalidad mas que las partes de una misma manifestacion: por esto los que llamamos punto y seguido, no denotan una pausa tan grande como lo que llamamos punto y aparte.

Si se considera tambien que el primer párrafo hace esperar el segundo, y este el tercero, se juzgará que el último punto es el que indica la pausa mayor; por que entonces está ya manifestado el primer pensamiento y va á pasar Racine á la esplicacion de otro.

Un pensamiento que ecsije un desarrollo de cierta estension, tal como el que nos sirve de ejemplo, forma lo que se llama párrafo: muchos párrafos un capítulo: muchos capítulos un libro; y muchos libros un tratado. Esta sola consideracion deja entrever de que modo se distinguen con orden las partes de una obra. En efecto basta considerar su objeto como un solo pensamiento y se ve inmediatamente que el método que debe desarrollarlo es el mismo que el que desarrollaria un pensamiento poco compuesto.

Notáremos con este motivo que pen-

sar, y manifestar bien lo que se piensa, son dos cosas muy diversas. Se podria tener el mismo pensamiento que Racine, y no esplícarlo con la misma claridad, la misma precision y la misma elegancia, porque para esto se necesita haber aprendido á analizar los pensamientos. El que no ha hecho este estudio, corre el riesgo de no esponer sus ideas en el órden mas propio para la manifestacion de todas las que á un mismo tiempo se hallan presentes en su imaginacion: pondrá al principio lo que debería estar al fin: olvidará ideas que no deben omitirse, y aun embarazará un pensamiento con ideas estrañas, que creará formar parte de él, por que se le presentan al mismo tiempo; y vease aquí lo que constituye el desorden y la obscuridad de un discurso.

Luego que Racine distinguió tres partes en un pensamiento se aplicó al desarrollo de la primera; y con esta mira hizo la enumeracion de los defectos que notaba en las tragedias escritas antes de Corneille. Concluido este desarrollo, sigue el de la segunda en que espone los ensayos de Corneille, sus medios y sus sucesos; y pasando despues á la tercera descomponen, por decirlo así, el genio del poeta y muestra sus talentos. Cada uno de estos párrafos consta de partes distintas que se notan separadas entre sí, ya por un punto, ya por dos, ora por un punto y una coma, ora por una sola coma.

Los dos puntos señalan una pausa menor que la del punto; y el punto y coma, otra menor todavía; y estas pausas no son desiguales sino porque el sentido queda mas ó menos pendiente. En el primer párrafo, por ejemplo, estas espresiones: *sabéis el estado en que se hallaba la escena francesa cuando él comenzó á trabajar,* se terminan por un punto, porque forman un sentido finito: por el contrario, las otras se acaban con dos puntos. Es verdad que cada una podría presentar un sentido finito, considerada aisladamente, pero hallándose reunidas, el sentido queda necesariamente pendiente de una á otra, porque todas concurren uniformemente al desarrollo de la primera que no se concluye hasta el fin del párrafo.

En el segundo se vé un punto y coma antes de las palabras *hizo ver la razon sobre la escena,* que no se habría empleado si se hubiera dicho: *vuestro ilustre hermano hizo ver la razon sobre la escena;* pero las cosas que inserta entre *vuestro ilustre hermano é hizo ver,* y las que despues añade, son como dos grupos de ideas que era necesario distinguir por una pausa mas sensible.

A pesar de esto no se han puesto dos puntos, como entre las partes del primer párrafo, porque aqui el sentido, menos pendiente, no se acaba sino por la reunion de

los dos grupos, en vez de que en el primero, cada parte hace por sí misma un sentido finito.

Lo que acabo de decir, hace ver el uso de la coma; que sirve para distinguir las últimas partes en que se subdivide un pensamiento. Por lo tocante á las admiraciones é interrogaciones, su denominacion sola hace conocer el uso que tienen.

A veces se duda si deben ponerse dos puntos, ó punto y coma; y otras tambien si ha de ponerse dos puntos ó punto; pero los casos en que sobreviene este embarazo son precisamente aquellos en que la eleccion es mas indiferente, y entonces se puede usar la puntuacion que se juzgue mas á propósito; pues basta distinguir sensiblemente todas las partes de un discurso.

Por lo demas no he querido dar un tratado de puntuacion; sino solamente hacer ver de que modo se distinguen unas de otras las diferentes partes de un discurso, y se concibe que no podia conseguirlo mejor, que haciendo notar los signos que emplea para esto la analisis.

CAPITULO X.

Del modo en que se descompone el discurso en proposiciones principales, subordinadas, incidentes, y en frases y periodos.

Para continuar nuestra análisis, es necesario descubrir la naturaleza de las diferentes partes que hemos distinguido en el discurso de Racine.

He dicho que todo discurso es un juicio ó una serie de juicios; pero un juicio espresado con palabras es lo que se llama una *proposicion*: luego todo discurso es una proposicion, ó una serie de proposiciones.

A primera vista percibimos muchas especies de proposiciones en el discurso que analizamos. *Vuestro ilustre hermano hizo ver la razon sobre la escena*: vease aqui una proposicion á que se refieren todos los pormenores del segundo párrafo, que están destinados á desenvolverla y son la expresion de los accesorios que la modifican. Asi pues, cuando Racine dice que Corneille ha buscado por algun tiempo el buen camino, y que ha luchado contra el mal gusto de su siglo, toma un giro que precisa referir estas dos proposiciones á las que el quiere modificar.

Consideradas ambas con respecto á esta subordinacion llamo *principal* á esta: *vuestro ilustre hermano hizo ver la razon sobre la escena*; y *subordinadas*, las otras dos, *despues de haber buscado el buen camino*, *despues de haber luchado contra el mal gusto*.

Al principio del tercer párrafo descubro otra especie de proposicion, á saber: *la escena volvió á resonar con las aclamaciones que ecsitaron en su nacimiento el Cid, Horacio. Que ecsitaron el Cid, Horacio*, no es una proposicion principal, ni menos una proposicion subordinada á otra: se refiere únicamente á la palabra *aclamaciones*, determinando la especie de las que resonaron en la escena. *Que sorprende, que arrebató*, son tambien dos proposiciones de la misma especie, cuando Racine dice mas adelante: *cierta elevacion que sorprende, que arrebató*. Doy á estas proposiciones el nombre de *incidentes*.

Por otra parte una proposicion se hace ó para otra que desarrolla, ó para una palabra que modifica, ó es finalmente á la que se refiere todo el discurso: luego las proposiciones consideradas bajo este punto de vista, se reducen á las tres especies que acabamos de notar, y son necesariamente ó principales, ó subordinadas ó incidentes.

Lo que caracteriza una proposicion principal es que tiene igualmente un senti-

do finito, como se ve en *vuestro ilustre hermano hizo ver la razon sobre la escena*; porque lo que añade Racine no es para terminar el sentido, sino únicamente para desarrollar el pensamiento, cuya principal parte es esta proposicion.

No así de las proposiciones subordinadas: su sentido no es completo, queda pendiente y hace esperar la proposicion principal. Así, pues, cuando se ha leído: *despues de haber buscado por algun tiempo el buen camino, y luchado contra el mal gusto de su siglo*, no es posible detenerse, se espera otra cosa y se continua leyendo hasta *hizo ver la razon sobre la escena*.

Las proposiciones incidentes tienen esto de particular, que algunas veces son necesarias para formar un sentido completo, y otras veces no. En la *escena francesa volvió á resonar con las aclamaciones*, se ve que este giro, con las aclamaciones, hace esperar otra cosa, y que termina el sentido la proposicion incidente: *que cesitaron en su nacimiento el Cid, Horacio*. Del mismo modo cuando dice Racine *¿donde se hallará un poeta, cesige el sentido, para quedar completo, que se añada que haya poseido al mismo tiempo tan grandes talentos?*

Si se consideran estas espresiones con *aclamaciones, un poeta*, se percibirá que no se halla determinado su sentido; porque si se quedase en estas palabras se preguntaría ¿que

aclamaciones? ¿que poeta? Luego las proposiciones incidentes que responden con las *aclamaciones que cesitaron el Cid, Horacio; un poeta que haya poseido tan grandes talentos*, determinan el sentido de las palabras *aclamaciones, poeta*, y de esta suerte concluyen el desarrollo de la proposicion principal. Tal es el caracter de las proposiciones incidentes cuando son necesarias para terminar un sentido.

El final del último párrafo nos dá dos ejemplos de proposiciones incidentes, sin las cuales podría quedar completo el sentido; y son cuando dice Racine que *Corneille es comparable á los Eschiles, á los Sofócles, á los Eurípides con que no se honra menos la famosa Atenas que con los Temístocles, los Pericles y los Alcibiades sus contemporaneos*.

Racine podia concluir su discurso en Alcibiades, y aun en Eurípides, y no esperandose ya otra cosa nadie tenía que preguntar. Y si las proposiciones con que *la famosa Atenas, &c., sus contemporaneos*, no son necesarias para hacer un sentido completo, es porque las palabras á que se refieren tienen por sí mismas una significacion determinada, que nada deja que esperar.

Veanse aquí dos especies de proposiciones incidentes: una que determina la significacion de una palabra y que por esta

razon es necesaria para acabar el sentido de una significacion determinada, y la otra que no se hace necesaria, sino en cuanto acaba de desenvolver un pensamiento.

Asi como las proposiciones subordinadas hacen esperar la principal cuando comienzan el discurso; asi tambien la suponen cuando lo terminan. En el segundo párrafo Racine podia acabar en estas palabras: *hizo ver la razon sobre la escena*; mas como entonces no habria manifestado todas las ideas que se le presentaban, añade: *mas la razon acompañada de toda la pompa y de todos los adornos de que nuestra lengua es capaz, poniendo felizmente de acuerdo lo verosimil con lo maravilloso, y dejando muy atras à todos sus rivales.*

Tal vez no se percibirán al fin de este párrafo las proposiciones subordinadas con tanta facilidad como en el principio; porque en efecto están un poco disfrazadas. Hay no obstante dos, una de las cuales comienza *poniendo felizmente de acuerdo* y la otra en la palabra *dejando*; porque casi todo se reduce à esto; *porque él ponía de acuerdo, y porque él dejaba*, en donde se ven dos proposiciones subordinadas que se refieren à la principal *hizo ver la razon sobre la escena.*

Esta observacion hace descubrir una nueva diferencia entre las proposiciones subordinadas, y las incidentes; y es que las pri-

meras pueden estar, ya antes, ya despues de la principal, y por lo mismo tener dos lugares en el discurso: las otras por el contrario solo tienen uno porque siempre deben estar à continuacion de la palabra cuya idea desarrollan ò determinan.

Se observan en el segundo párrafo muchas proposiciones de diferentes especies, que concurren al desenvolvimiento de un solo pensamiento; y se ve asimismo que forman un discurso cuyas principales partes, sin tener un sentido finito, se distinguen por pausas mas marcadas: estas partes diversas son lo que se llama *miembros*, y el discurso entero lo que se denomina *periodo*. Todo lo que precede à *hizo ver*, pertenece al primer miembro, y todo lo que se le sigue al segundo. Uno y otro podrian tambien dividirse en dos, porque despues de *en esta infancia, ó por mejor decir, en este caos del poema dramático entre nosotros*, la pausa es mas sensible que despues de las otras palabras, en que está igualmente señalada por comas. Sucede lo mismo con el que se halla en seguida de este: *de todos los adornos de que nuestra lengua es capaz*. Asi, pues, un periodo puede componerse de dos miembros de tres ò de cuatro.

No se les encuentra en este discurso: *sabéis el estado en que se hallaba la escena francesa cuando él comenzó à trabajar*; pues aunque se componga de dos proposicio-

nes, casi no hay pausa de una á otra, y el pensamiento se esplica en un solo miembro cuyo sentido es completo: y esto es lo que se llama *frase*.

¡Que desórden! ¡que irregularidad! son tambien dos frases formadas de una proposicion cada una. Tienen un carácter particular, y es el de dejar alguna cosa que suplir. El sentido es: *¡que desórden habia en ella! ¡que irregularidad habia en ella!* y se comete en ellas la figura que se llama *elipsis*. Es facil percibir en lo demas del mismo párrafo tantas frases de la misma naturaleza cuantas son las partes que se advierten separadas por dos puntos: todas ellas son principales, y aunque concurren todas juntas al desarrollo de la primera, son independientes unas de otras, tiene cada una de por sí un sentido finito, y hacen un todo muy diferente del que forman las proposiciones subordinadas en el segundo párrafo.

Algunas veces se ignorará si las proposiciones forman un periodo ó una frase: en este caso serán lo que se quiera, porque no debe disputarse sobre palabras. Lo esencial es que cada pensamiento se esplice con claridad, con precision y con energia.

CAPITULO XI.

Análisis de la proposicion.

Hemos visto el discurso, descompuesto primero en muchas partes; descomponerse despues en diferentes proposiciones, y que estas formaban periodos ó frases. Restanos que analizar las proposiciones. Pues que una proposicion es la espresion de un juicio, debe componerse de tres palabras, de suerte que dos sean los signos de dos ideas que se comparan, y la tercera el signo de la operacion del espiritu cuando juzgamos de la relacion de esas dos ideas.

Corneille es poeta es una proposicion: la primera palabra que se llama *sujeto* ó *nombre*, y la segunda que se llama *atributo* son los signos de dos ideas que se comparan; la tercera el de la operacion del espiritu que juzga la relacion que hay entre *Corneille y poeta*: esta palabra es lo que se llama *verbo*. Luego toda proposicion se compone de un sujeto, de un verbo y de un atributo, y por lo mismo se espresa con tres voces, ó con dos equivalentes á tres. Por ejemplo, *yo hablo* se pone por *yo estoy hablando*.

Corneille es poeta es una proposicion simple, porque no teniendo mas que un sujeto

y un atributo es la espresion de un juicio único en que solamente se comparan dos ideas; pero *con las aclamaciones que ecsitaron el Cid, Horacio, Cinna, Pompeyo*: es una proposicion compuesta, porque es la espresion abreviada de muchos juicios que son: *que ecsitó el Cid, que ecsitó Horacio, que ecsitó Cinna, que ecsitó Pompeyo*.

Se puede notar que un juicio no se compone como una proposicion: siempre es sencillo porque nunca puede formarse de otra cosa que de dos ideas que comparamos. Por el contrario, una proposicion es compuesta cuando comprende en su espresion muchos juicios, y que por consiguiente puede descomponerse en muchas proposiciones.

La última que hemos tomado por ejemplo es compuesta, porque tiene muchos sujetos; y la que no tuviera mas que uno, lo sería igualmente si tuviese muchos atributos: verbi gracia: *Corneille tiene una magnificencia de espresion proporcionada á los dueños del mundo que hace hablar, cierta fuerza, cierta elevacion*. . . . puede descomponerse en tres proposiciones: *Corneille tiene una magnificencia de espresion, Corneille tiene cierta fuerza, Corneille tiene cierta elevacion*.

Segun estos ejemplos se podría imaginar facilmente una proposicion que fuese doblemente compuesta, esto es, que tu-

viese al mismo tiempo muchos sujetos y muchos atributos: tendría tantas proposiciones simples, cuantos fuesen los sujetos y atributos que comprendiese.

Facilmente se percibe que es simple esta proposicion: *Corneille es poeta*; en razon de que si se mira que no hay mas que dos ideas en el juicio que espresa, se mira tambien que cada una de ellas se iudica por una sola palabra; pero tal vez admiraría que se diese por una proposicion simple el periodo que comienza con estas palabras: *Corneille, despues de haber buscado*. . . . Sin duda se preguntará de qué manera este periodo solo puede formar una proposicion simple, cuando por su análisis se han encontrado en él proposiciones de muchas especies; pero se puede responder que en el capítulo precedente se consideraban las proposiciones bajo otro punto de vista. Con efecto, las proposiciones subordinadas y las incidentes, no son mas que un desarrollo de la proposicion principal, y por consiguiente, son las ideas parciales del sujeto y del atributo, que continúan los mismos con ellas ó sin ellas.

Quando se dice que *Corneille es poeta* ¿que se entiende por poeta? un hombre de ingenio que sujetandose á la medida de los versos, tiene una magnificencia de espresion proporcionada á los personajes que introduce sobre la escena, que tiene cierta fuerza, que tiene cierta elevacion. . . .

Se concibe, pues, que si la proposicion de *Corneille es poeta* es simple, debe serlo tambien cuando substituyendo á la palabra *poeta* las que desarrollan la idea, se diga *Corneille es un hombre de ingenio que...* Tambien lo será, si designando á Corneille, sin nombrarlo, se dice: *el que ha hecho el Cid, Horacio, Cinna, Pompeyo, es un hombre de ingenio que.....*

En efecto, hay unidad en el sugeto igualmente que en el atributo, sea que cada uno se enuncie por una sola palabra, sea que se designen uno y otro por un largo discurso: así, pues, siempre que no hay mas que un sugeto y un atributo, solo hay un juicio, y por consiguiente la proposicion es simple. Volvamos al periodo de Racine.

Todo miembro primero es la expresion de un sugeto único; por que quien hizo ver la razon sobre la escena fué Corneille considerado como que había buscado por algun tiempo el buen camino, como que había luchado....del mismo modo el segundo miembro es la expresion de un solo atributo con sus accesorios que son *mas la razon acompañada.....* una idea explicada con muchas palabras es mas clara; pero no por eso deja de ser una sola.

CAPITULO XII.

Análisis de los términos de la proposicion,

Consideremos ahora los tres términos de una proposicion. El sugeto es la cosa de que se habla, el atributo lo que se juzga convenirle, y el verbo pronuncia el atributo del sugeto.

Para hablar de una cosa es necesario haberle dado nombre, ó poderla designar por muchas palabras equivalentes, y para ejecutar una de estas cosas es menester que ecsista, ó que podamos considerarla como ecsistente; porque lo que no ecsistiese, ó natural, ó segun nuestro modo de concebir, no podía ser objeto de nuestro espiritu: la misma nada recibe una especie de ecsistencia cuando hablamos de ella.

Los nombres que se dan á los individuos se llaman *nombres propios*; y siendo los individuos las únicas cosas que ecsisten en la naturaleza, solo hablaríamos de individuos, si no hablásemos mas que de las cosas que realmente ecsisten, y tendríamos solamente nombres propios.

Porque las ideas generales se nos presentan como una cosa que conviene á muchos individuos, reciben en nuestro espiritu una especie de realidad y de ecsistencia; y

Se concibe, pues, que si la proposicion de *Corneille es poeta* es simple, debe serlo tambien cuando substituyendo á la palabra *poeta* las que desarrollan la idea, se diga *Corneille es un hombre de ingenio que...* Tambien lo será, si designando á Corneille, sin nombrarlo, se dice: *el que ha hecho el Cid, Horacio, Cinna, Pompeyo, es un hombre de ingenio que.....*

En efecto, hay unidad en el sugeto igualmente que en el atributo, sea que cada uno se enuncie por una sola palabra, sea que se designen uno y otro por un largo discurso: así, pues, siempre que no hay mas que un sugeto y un atributo, solo hay un juicio, y por consiguiente la proposicion es simple. Volvamos al periodo de Racine.

Todo miembro primero es la expresion de un sugeto único; por que quien hizo ver la razon sobre la escena fué Corneille considerado como que había buscado por algun tiempo el buen camino, como que había luchado....del mismo modo el segundo miembro es la expresion de un solo atributo con sus accesorios que son *mas la razon acompañada.....* una idea explicada con muchas palabras es mas clara; pero no por eso deja de ser una sola.

CAPITULO XII.

Análisis de los términos de la proposicion,

Consideremos ahora los tres términos de una proposicion. El sugeto es la cosa de que se habla, el atributo lo que se juzga convenirle, y el verbo pronuncia el atributo del sugeto.

Para hablar de una cosa es necesario haberle dado nombre, ó poderla designar por muchas palabras equivalentes, y para ejecutar una de estas cosas es menester que ecsista, ó que podamos considerarla como ecsistente; porque lo que no ecsistiese, ó natural, ó segun nuestro modo de concebir, no podía ser objeto de nuestro espiritu: la misma nada recibe una especie de ecsistencia cuando hablamos de ella.

Los nombres que se dan á los individuos se llaman *nombres propios*; y siendo los individuos las únicas cosas que ecsisten en la naturaleza, solo hablaríamos de individuos, si no hablásemos mas que de las cosas que realmente ecsisten, y tendríamos solamente nombres propios.

Porque las ideas generales se nos presentan como una cosa que conviene á muchos individuos, reciben en nuestro espiritu una especie de realidad y de ecsistencia; y

vease aquí porqué les hemos podido dar nombres, y porqué estos nombres son tan generales como ellas.

Estas ideas son de dos especies: las unas distinguen por clases los individuos que existen verdaderamente: tales son *filósofo, poeta, príncipe, hombre, &c.*: las otras distinguen por clases cualidades que consideramos como existentes con otras que las modifican: tales son *figura, redondez, color, blancura, virtud, prudencia, valor, &c.* Estos nombres generales de una y de otra especie, así como también todos los nombres de individuos se comprenden bajo la denominación general de *substantivos*; y pues que estos nombres comprenden todo lo que existe en la naturaleza y en nuestro espíritu, comprenden todas las cosas de que podemos hablar: luego todo nombre que es el sujeto de una proposición es un nombre substantivo.

Cuando Racine hablando á Tomas Corneille dice: *vuestro ilustre hermano hizo ver...* se observa que *vuestro* é *ilustre* añaden cada uno de por sí algún accesorio á la idea que recuerda *hermano*. Por esa razón se llaman estas palabras adjetivos, de una palabra latina que significa añadir.

Hermano, así como cualquiera otro substantivo, espresa un ser existente ó que se considera como tal: por el contrario *vuestro* é *ilustre* espresan cualidades que el espíritu considera, no como que existen por sí

mismas, sino como existiendo en el sujeto que modifican. De estas tres ideas la de *hermano* es la principal, y las otras dos que solo existen por ella se llaman *accesorias*: palabra que significa que vienen á juntarse con la principal para existir en ella y modificarla.

Diremos en consecuencia que todo substantivo espresa una idea principal con respecto á los adjetivos que lo modifican, y que estos nunca espresan otra cosa que ideas accesorias. *Ilustre* modifica á *hermano*; pero *hermano* modifica á Pedro Corneille, que Racine indica sin nombrarlo. Ved aquí, pues, un adjetivo y un substantivo que modifican ¿y en qué se diferencian? En que el adjetivo modifica haciendo existir la cualidad en el sujeto, *ilustre* en *hermano*; y en que el substantivo modifica haciendo existir el sujeto en cierta clase, á Corneille en la clase que se nombra *hermano*. Se reconocen, pues, los substantivos en que son nombres de clases, tales como *rey, filósofo, poeta*: y si los nombres propios son substantivos por que espresan cosas que existen en la naturaleza; los nombres de clases lo son igualmente, supuesto que espresan cosas que existen en nuestra imaginación.

En *vuestro ilustre hermano* se observan dos accesorios: *vuestro* determina de quien es hermano aquel de quien se habla, é *ilustre* esplica la idea que ha producido

vuestro hermano; pero una idea principal no puede modificarse sino en tanto que se desarrolla ó se determina: luego los accesorios no son en lo general mas que de dos especies, y todos los adjetivos pueden comprenderse en dos clases, á saber: adjetivos que determinan y adjetivos que desarrollan; y su uso es el mismo que el de las proposiciones incidentes: esta es la razon porque *vuestro ilustre hermano* es la misma cosa que *vuestro hermano que es ilustre*, ó que *el ilustre hermano que lo es vuestro*.

Los adjetivos y las proposiciones incidentes no son los únicos giros propios de los accesorios; porque decimos *poeta de ingenio* por *poeta que lo tiene*; y *poeta sin ingenio* por *poeta que no lo tiene*; mas en *poeta de ingenio*, así como en *poeta sin ingenio* se ven dos nombres sustantivos, *poeta* è *ingenio*, y una palabra que hace considerar al segundo bajo el aspecto de una idea accesoria á otra principal que designa el primero. Todas las voces empleadas para este fin se llaman *preposiciones*: luego, *sin*, *de*, son preposiciones.

Un hombre que es el sujeto de una proposicion, es pues, un sustantivo solo ó un sustantivo á que se añaden accesorios; y estos se expresan ó por adjetivos, ó por proposiciones incidentes, ó por un sustantivo precedido de una preposicion. Veanse aquí todos los modos de expresar las mo-

dificaciones del sujeto de una proposicion: Pasemos á las del atributo.

O el atributo de una proposicion es un nombre sustantivo como en *Corneille es un poeta*, ó es un adjetivo como en *Corneille es sublime*. Si el atributo es un sustantivo puede ser susceptible de los mismos accesorios y ellos expresarse por adjetivos, por proposiciones incidentes ó por sustantivos precedidos de una preposicion. Nada tenemos, pues, que añadir á lo que hemos dicho tratando de las modificaciones del sujeto, pero nos queda que observar si el sustantivo tomado por atributo, es siempre de la misma especie que el que se toma por sujeto.

Cuando se dice *Corneille es un poeta*, *un poeta es un escritor*, *un escritor es un hombre*, se observa que el sustantivo que es atributo es un nombre mas general que el que es sujeto: y no se diría *un hombre es un escritor*, *un escritor es un poeta*, *un poeta es Corneille*.

Para comprender en que se funda esta observacion, basta recordar la generacion de las ideas generales. Comienza en los individuos, y quien haya leído solamente el facistol no tendrá mas que una idea individual de *poeta* idéntica con la de Despreaux. Si despues lee algunas tragelias de Corneille, muchas de Racine, y varias comedias de Moliere, entonces la idea in-

dividual de poeta vendrá á ser general & comun á Despreaux, Corneille, Racine y Moliere.

Pero asi como esta idea no les es comun, sino porque se halla en cada uno de ellos, ni sucede esto mas que en razon de que la idea que se forma de los cuatro es solamente parcial: asi tambien la idea de escritor es una parte de la de poeta, y la de hombre una parte de la de escritor. En una palabra, si se remonta de clase en clase, se verá que la idea que produce una clase superior no es mas que una parte de la que se tiene de una clase inferior: asi es que cuando se dice que *un poeta es un escritor*, la proposicion es la misma que si se dijese *la idea de escritor es una parte de la idea de poeta*, lo que es cierto; y no se diría que *un escritor es un poeta*, porque sería decir que la idea de poeta es una parte de la de escritor. Se comprende, pues, porque en los ejemplos que se acaban de dar, el atributo es siempre un substantivo mas general que el sujeto.

Digo en los ejemplos que se acaban de dar, porque cuando el atributo es idéntico con el sujeto, ya no podría ser general, y puede tambien convertirse en sujeto de la proposicion: puede decirse indistintamente, por ejemplo: *el infante es el Duque de Parma*, ó *el Duque de Parma es el infante*.

Cuando no son idénticos los dos términos de una proposicion, no hay entre ellos otra diferencia, sino que el substantivo que sirve de atributo, es siempre mas general que el que sirve de sujeto.

Cuando se emplean los adjetivos como atributo, pueden distinguirse en dos especies: ó completan por si solos el sujeto de una proposicion como *sublime* en la frase *Corneille es sublime*, ó no la completan y se necesita esperar alguna otra cosa: asi, pues, cuando Racine ha dicho: *Corneille es comparable* es necesario que añada, *no ya á los excelentes poetas.... sino á los Eschilles....*

A veces es menester añadir algun accesorio á un adjetivo que forma un sentido completo para acabar el desarrollo de una idea. Se dirá, por ejemplo, *es económico sin avaricia, es animoso con prudencia*.

Se ve en estos ejemplos que los accesorios del adjetivo se espresan todos con un substantivo precedido de una preposicion, y que ninguno hay que no pueda espresarse por este medio. Debe notarse, sin embargo, que á veces empleamos para este efecto espresiones abreviadas que son el equivalente de un substantivo precedido de una preposicion, tales son *prudentemente, sabiamente*, en vez de *con prudencia, con sabiduria*.

Estas espresiones han parecido sencillas á los gramáticos por que se forman de una sola palabra, y las han puesto entre los elementos del discurso. A pesar de esto se ve que si las juzgamos por su significacion equivalen á dos elementos, y que, por consiguiente, se deberán poner entre las espresiones compuestas de que hablaremos dentro de poco.

Quedan esplicados todos los modos diferentes de espresar los accesorios del atributo y del sujeto, y vamos á analizár en el capitulo siguiente el verbo y sus accesorios.

CAPITULO XIII.

Continuacion de la misma materia, ó analisis del verbo.

Lo que se ha dicho al observar la necesidad de los signos para distinguir las generaciones del entendimiento, hara descubrir la naturaleza del verbo.

Cuando solo se considera la relacion entre el atributo y el sujeto en la percepcion que tenemos de ella, el juicio, como ya se ha notado, no es mas que una simple percepcion. Por el contrario, cuando consideramos esta relacion en las ideas que comparamos, y nos representamos en su lu-

dado de la lectura de los antiguos: relacion del verbo con el estado del sujeto, que se señala por adjetivos que modifican á Corneille. Estos accesorios pertenecen propriamente al nombre; pero los he hecho notar, á fin de que se conozca que no es suficiente dar al sujeto de una proposicion las modificaciones que le convienen; sino que es necesario escojer las que tienen mas relacion con la accion que se le atribuye. Cualquiera otro accesorio seria falso, ambiguo, ó á lo menos inútil.

¿Por que Corneille ha hecho ver la razon? para adquirir gloria: relacion con el motivo ó fin denotado por una preposicion, *para*.

Finalmente, ¿por quien ha sido mostrada la razon? por Corneille, relacion con la causa designada por una preposicion, *por*. En general, puede haber tantos accesorios diferentes, cuantas son las preguntas que se pueden hacer acerca de un verbo; y si se exceptua el objeto cuya relacion se señala solo por el lugar, la de los demas accesorios se indica siempre por una proposicion espresa ó tácita. Se puede notar tambien que estos ejemplos confirman lo que se ha dicho, esto es, que las preposiciones están destinadas por su naturaleza á indicar el segundo término de una relacion.

He dicho que las preposiciones son espresas ó tácitas, porque en efecto se omi-

ten muchas veces, y son frecuentes estas omisiones en todas las lenguas. Algunas veces se omite tambien el verbo que se considera con razon como la principal palabra del discurso, y sin la cual no podemos al parecer pronunciar un juicio. He hecho notar algunas de estas elipsis en el pasage de Racine; y si las he suplido para explicar la frase, se concibe facilmente que el que lee nada tiene que suplir; porque ve que las ideas espresadas cubren suficientemente á las que no lo están. Con efecto, cuando descomponemos nuestro pensamiento es en cierta manera á nuestro pesar, y porque nos vemos precisados á ello: querriamos, si posible fuera, presentarlo todo á un mismo tiempo, y por esta razon omitimos todas las palabras que es inútil pronunciar. Este giro complace por su precision al que lee, porque le presenta muchas ideas como se hallan naturalmente en la imaginacion, esto es, todas juntas.

Resumiendo lo que hemos dicho en este capítulo, resulta que los accesorios de que un verbo puede ser susceptible, son: el objeto, el término, las circunstancias de tiempo, las del lugar, una accion que supone la que espresa el verbo, el medio ó el modo, la causa, el fin, ó el motivo. Entre estos accesorios unos pertenecen propriamente al verbo *ser*, tales como las circunstancias de tiempo y lugar; y los otros

mas particularmente á los verbos adjetivos, ó mas bien á los adjetivos de que se han formado verbos. Bastará un ejemplo para hacer esto sensible. *Amaba en aquel tiempo con pasion el estudio*: substituyanse al verbo *amaba* los elementos á que equivale, y se tendrá: *era amante en aquel tiempo con pasion del estudio*; y es evidente que *en aquel tiempo* modifica á *era*, y que *con pasion* es un accesorio del adjetivo *amante*.

Hemos visto descomponerse el discurso en diferentes partes, y descubierto en él proposiciones principales, subordinadas, incidentes, simples y compuestas: hemos hallado en ellas nombres substantivos, adjetivos, preposiciones y verbos: hemos observado los diferentes accesorios que pueden modificar al sujeto, al verbo y al atributo; y hemos notado, por último, todos los signos que se emplean para espresar cualquiera especie de ideas y de relaciones: vease aqui, pues, reducido el discurso á sus verdaderos elementos: y aunque se ha visto que los hombres han imaginado, para abreviar, verbos adjetivos, estos verbos que se toman por elementos, no son mas que espresiones compuestas, equivalentes á muchos elementos. Aun hay otras de esta especie de que trataremos en el capítulo siguiente.

Los los accesorios con que se han modifi-

CAPITULO XIV.

De algunas expresiones que se han colocado entre los elementos del discurso, y que aunque simples en la apariencia, son en realidad, expresiones compuestas equivalentes à muchos elementos.

Una expresion, al parecer simple porque se forma de una sola palabra, es compuesta cuando equivale à muchos elementos. De este número son el adverbio, el pronombre y la conjuncion. En efecto, si se juzga de la naturaleza de las palabras por las ideas de que son signos, se reconocerà que aquellas no deben colocarse entre los elementos del discurso.

El adverbio es una expresion abreviada que equivale à un nombre precedido de una preposicion. Se dice *sabidamente* en vez de *con sabiduria*; *mas*, por *en cantidad superior*; *menos*, por *en cantidad inferior*; *mucho*, por *en gran cantidad*; *poco*, por *en corta cantidad*. *Sabidamente*, *mas*, *menos*, *mucho*, *poco*, son adverbios; y bastan estos ejemplos.

El pronombre es una expresion mas abreviada todavia: equivale à veces à una frase entera, porque ocupa el lugar de un nombre que no se quiere repetir, y de todos los accesorios con que se han modifi-

gar las cosas como ecistentes independientemente de nuestra percepcion, entonces juzgar es no solamente percibir la relacion del atributo con el sujeto, sino tambien afirmar que eciste esta relacion. Asi, pues, cuando hemos hecho esta proposicion, *este arbol es grande*, no solo hemos querido decir que percibimos la idea de *arbol* con la idea de *grandor*, sino tambien afirmar que esta cualidad eciste efectivamente con las demas que constituyen el arbol. Vease aqui, pues, el juicio que despues de haber sido una simple percepcion, se convierte en afirmacion; y esta quiere decir que el atributo eciste en el sujeto.

Pero el verbo *ser* espresa esta afirmacion: luego tambien espresa la coecistencia del atributo con el sujeto; y por consiguiente en *Corneille es poeta* todo lo que el verbo puede significar es la coecistencia de la cualidad de poeta con Corneille. En efecto, pues que no hablamos de las cosas sino en tanto que ecisten, à lo menos en nuestra imaginacion, no puede suceder que la palabra que elegimos para pronunciar nuestros juicios, deje de espresar esa ecistencia; y esta palabra es el verbo. Si nos limitàsemos à no ver en el verbo mas que la señal de la afirmacion, nos veriamos embarazados para aplicarlo à las proposiciones negativas, pues que en todas veriamos la afirmacion; mas cuando se ha dicho que el

verbo significa la coexistencia, una proposición es afirmativa, si afirma que coexisten el sujeto y el atributo, y es negativa, si afirma que no coexisten. Basta para hacerla negativa juntar al verbo los signos de la negación: *Corneille no era geómetra*.

Solo se necesita de substantivos para nombrar todos los sujetos de que podemos hablar: solo de adjetivos para espresar todas sus cualidades: solo de preposiciones para indicar sus relaciones; y finalmente solo del verbo *ser* para pronunciar todos nuestros juicios. No hemos menester, hablando en rigor, de otras palabras, y por consiguiente todos los elementos del discurso se reducen à cuatro especies.

Pero los hombres, con la mira de abreviar, han imaginado espresar comunmente con una sola palabra la idea del verbo *ser* unida à la de un adjetivo; y han dicho, por ejemplo, *vivir, amar, estudiar*, en vez de *ser viviente, ser amante, ser estudiante*. Estos verbos se llaman *verbos adjetivos* para distinguirlos del verbo *ser* que se denomina *substantivo*.

Los verbos espresan bajo diferentes relaciones: con relación à la persona, *yo hablo, tu hablas*: al número, *yo hablo, nosotros hablamos*: al tiempo, *yo hablo, yo hablé*: y el uso enseña que son susceptibles de diferentes variaciones para este efecto. De esto se tratará en la segunda parte de esta gramática, limitandome ahora à observar los

otros accesorios que pueden acompañar al verbo.

Cuando se dice, *Corneille hizo*, se preguntará ¿qué? ver; pero ¿qué hizo ver? la razón. Para abreviar, consideraté *hizo ver* como un solo verbo, porque de los dos no resulta mas que una sola idea que podia espresarse por una sola palabra, *mostró*. Convento en que *hacer ver* y *mostrar* no son exactamente sinónimos; mas al presente el objeto que me he propuesto no ecsije buscar en que se diferencian estas espresiones; y basta que podamos considerar à cada una igualmente como un solo verbo.

En *Corneille hizo ver la razón*, llamo *la razón* objeto del verbo *hizo ver*: sobre lo cual debe notarse que no todos los verbos lo tienen, así como *andar*, ni siempre lo espresamos con los que efectivamente lo tienen. Decimos, por ejemplo, *aquel sube, aquel baja*; mas aunque no lo espresamos, se presenta sin embargo à la imaginación un objeto cualquiera, y aun algunas veces lo indican las mismas circunstancias. *Aquel sube*: el objeto será, *vervi gracia, la escalera, la montaña*: luego el objeto puede hallarse subentendido; pero cuando se halla espresado ¿en qué se le reconoce? en el lugar que ocupa: no tenemos otro medio para señalar su relación con el verbo y por esto se juzga que *la razón* es el objeto de *hizo ver*.

Decimos igualmente *tratar negocios* y *tratar de negocios*; y por esto parecería que el objeto del verbo *tratar* puede estar precedido en una preposición. Pero *tratar de negocios* es una frase elíptica en que se halla subentendido el objeto del verbo; y para llenar la elipsis sería menester decir: *tratar, entre otras cosas, negocios*; y entonces se reconocería que *cosa* es el objeto de *tratar*. Para convencerse de que así es como debe llenarse la elipsis, basta considerar que *tratar negocios* es hacer de ellos el objeto único, al paso que *tratar de negocios* no excluye ninguno de los otros objetos de que se quisiese tratar por ocasión.

¿A quien hizo ver Corneille la razón? *à espectadores, que hasta entonces . . .* *espectadores* es el término de *hizo ver* y su relación se denota por una preposición, *à*.

¿Donde hizo ver la razón? *sobre la escena* relación al lugar, señalada por una preposición *sobre*.

¿Cuándo hizo ver la razón? *En esta infancia, en este caos . . .* relación al tiempo designada por una preposición, *en*.

¿Qué había hecho antes? *Después de haber buscado el buen camino* relación de la acción del verbo á otra que la ha precedido, indicada por la preposición *después*.

¿Como estaba entonces Corneille? *inspirado de un genio extraordinario, y ayu-*

cado. Aprecio mucho al sujeto de quien me hablas y que estimas: lo veré inmediatamente. *Lo* es un pronombre que se emplea para evitar la repetición de *al sujeto de quien me hablas y que estimas*.

Tratarémos con mas particularidad del adverbio y del pronombre en la segunda parte de esta obra; pues por ahora solo quería hacer conocer su naturaleza. Las conjunciones, mas difíciles de explicar, eesijen que recordemos algunas observaciones, que hemos hecho antes.

Hemos visto de que manera se ligan en un periodo ó en una frase cuyo sentido es completo, todas las proposiciones y todas las palabras para representar sucesivamente nuestras ideas en las relaciones que tienen entre sí; pero es necesario aun, ligar unas con otras estas frases, y periodos.

Para este efecto, Racine divide su pensamiento en tres partes principales, en que se estiende sucesivamente formando tres párrafos. De esta manera las distingue, y no obstante las liga porque las coloca en su lugar cada una; luego el orden es el modo mejor de ligar las partes de un discurso, y no se podrá suplir por ningún otro medio.

Mas aunque sea el orden el que las liga, algunas veces se quiere pronunciar mas su enlace; y esto es lo que efectivamente quería Racine cuando ha comenzado su se-

segundo párrafo por estas palabras: *en esta infancia, ó por mejor decir, en este caos del poema dramático entre nosotros . . .* debiendo observarse que estas espresiones no hacen mas que presentar con nuevos accesorios el pensamiento que esplicó en su primer párrafo, aunque lo presenten con mas brevedad; y estos lo acercan mas al que debe explicarse en el segundo párrafo. Así, pues, este giro es el paso de una parte del discurso à la otra, y es despues del órden el que las liga mejor. Yo llamo *conjuncion*, toda palabra empleada para este fin.

En aquel tiempo, de esta suerte, por consiguiente, no son otra cosa que el paso de una proposicion à otra, que recuerdan alguna idea de la frase precedente; pero se forman de muchos elementos, y por lo mismo se les debe considerar como espresiones compuestas. Así es que no debemos poner en la clase de las conjunciones mas que las palabras equivalentes à semejantes giros, tales como, *entonces por en aquel tiempo, así por de esta suerte, luego en vez de por consiguiente*.

La conjuncion *y* es igualmente el paso de una primera proposicion à una segunda; recuerda una afirmacion hecha ya, y hace presente que se va à seguir otra. *Tu estudias y te instruyes*. Sucede lo mismo cuando se halla entre dos substantivos. Si digo *el infante y la infanta*, se juzga que

voy hacer la misma afirmacion acerca de esta que acerca de aquel; y si añado *te aman*, se ve que he reunido dos proposiciones en una; y que el paso de una à otra, espresado por la conjuncion *y*, es mas rápido.

La conjuncion *ni* da lugar à las mismas observaciones con esta diferencia, que recuerda una negacion en vez de una afirmacion: *ni el infante ni la infanta te aborrecen*.

Todo lo que se acaba de decir se aplica perfectamente à la conjuncion que de la cual haremos mucho uso. Para reconocerlo basta poner en un lugar las palabras que hacen sus veces. Yo te aseguro **QUE** los conocimientos son necesarios principalmente à los principes, está en lugar de yo te aseguro **ESTA COSA, LA CUAL ES** los conocimientos son necesarios principalmente à los principes. *Esta cosa la cual es*, son las espresiones que hacen pasar de la primera proposicion yo te aseguro, à la segunda los conocimientos son necesarios principalmente à los principes. Además, si suponemos con algun fundamento que se ha dicho en otro tiempo que es, por el que es, resultará que para tener la conjuncion que ha sido bastante contraer el habito de omitir algunas palabras; y yo presumo que así es como se han encontrado todas las conjunciones.

He concluido la primera parte de mi obra y voy á observar en la segunda los elementos del discurso, manifestando el uso que de ellos debemos hacer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DIRECCIÓN GENERAL DE

SEGUNDA PARTE.

DE LOS ELEMENTOS DEL DISCURSO.

Hemos observado que la vista es confusa cuando queremos ver á un mismo tiempo todos los objetos que hieren nuestros ojos, y que se hace distinta cuando consideramos esos mismos objetos unos despues de otros. Además la vista del espíritu es como la del cuerpo, y hemos reconocido que nuestros pensamientos son naturalmente cuadros confusos, cuyas partes no distinguimos, sino en cuanto aprendemos el arte de hacer suceder con orden, unas en pos de otras, las ideas que se nos presentan unidas.

Este arte ha comenzado con las lenguas, y se ha perfeccionado, como ellas, con lentitud: razon porquè las hemos considerado como otros tantos métodos analíticos mas ó menos perfectos. Hemos juzgado que siendo absolutamente necesarias para darnos razon á nosotros mismos de nuestros pensamientos, lo son tambien para conducirnos á ideas que nunca habriamos adquirido sin su socorro: que contribuyen mas ó menos al desarrollo del espíritu, segun que proporcionan medios mas ó menos cómodos, para la análisis del pensa-

He concluido la primera parte de mi obra y voy á observar en la segunda los elementos del discurso, manifestando el uso que de ellos debemos hacer.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

SEGUNDA PARTE.

DE LOS ELEMENTOS DEL DISCURSO.

Hemos observado que la vista es confusa cuando queremos ver á un mismo tiempo todos los objetos que hieren nuestros ojos, y que se hace distinta cuando consideramos esos mismos objetos unos despues de otros. Además la vista del espíritu es como la del cuerpo, y hemos reconocido que nuestros pensamientos son naturalmente cuadros confusos, cuyas partes no distinguimos, sino en cuanto aprendemos el arte de hacer suceder con orden, unas en pos de otras, las ideas que se nos presentan unidas.

Este arte ha comenzado con las lenguas, y se ha perfeccionado, como ellas, con lentitud: razon porquè las hemos considerado como otros tantos métodos analíticos mas ó menos perfectos. Hemos juzgado que siendo absolutamente necesarias para darnos razon á nosotros mismos de nuestros pensamientos, lo son tambien para conducirnos á ideas que nunca habriamos adquirido sin su socorro: que contribuyen mas ó menos al desarrollo del espíritu, segun que proporcionan medios mas ó menos cómodos, para la análisis del pensa-

amiento; y que se enganaría quien no les creyese otra ventaja que la de ponernos en estado de comunicarnos nuestras ideas los unos à los otros.

Se trataba, pues, de descubrir los medios que emplean las lenguas para analizar el pensamiento; y esta indagacion nos ha dado à conocer los elementos del discurso. Restanos que observar en particular cada uno de estos elementos, para lo cual es necesario ver, lo que es cada uno en sí mismo, y cuales son las reglas à que los sujeta el uso.

CAPITULO I.

De los nombres substantivos.

Las cualidades que distinguimos en los objetos parece que se reúnen fuera de nosotros sobre cada uno de ellos; y no podemos percibir algunas sin que inmediatamente seamos guiados à imaginar una cosa que está debajo y que le sirve de apoyo. En consecuencia damos à esta cosa el nombre de *substancia*, de *stare sub* estar debajo.

Cuando se ha querido penetrar mas profundamente la naturaleza de lo que se llama *substancia*, no se han visto mas que fantasmas. Nosotros nos limitaremos à la

significacion de la palabra, persuadidos de que los que han denominado la *substancia*, no han pretendido designar mas que un apoyo de las cualidades; apoyo que habrian nombrado de otro modo, si hubiesen podido percibirlo tal como es en sí mismo. Los filósofos que se han seguido, han creído ver esta cosa que nos representamos, y al fin nada han visto.

De *substancia* se ha formado *substantivo* para designar en lo general todo nombre de *substancia*.

Nosotros no conocemos mas que individuos. Si conocemos sus cualidades por los sentidos, los denominamos *substancias corporales ó cuerpos*; y *substancias espirituales ó espíritus*, si sus cualidades, de una naturaleza tal que no pueden hacer impresion sobre los órganos, solo se conocen por la reflexion: luego *cuerpos* y *espíritus* son nombres substantivos porque significan *substancias*.

Pero como las cualidades que modifican à los individuos corporales ó espirituales son en sí mismas susceptibles de diferentes modificaciones, nuestro espíritu que las considera bajo este punto de vista, las mira existir bajo otras cualidades que las modifican, y desde luego pone sus nombres en la clase de los substantivos, porque ha colocado en ella los de las *substancias*. De esta manera es como entendemos la sigui-

ficacion de las palabras. *Estar debajo* es aquí la idea común sobre que fundamos toda la analogía: y según ella se considera la palabra *virtud*, por ejemplo, como un nombre substantivo.

Ved aquí dos especies de substantivos. Los unos son nombres de substancia, y á los cuales pertenece propiamente esta denominacion, tales como *casa*, *arbol*, *caballo*; y los otros nombres de cualidades, á los cuales solo pertenece esta denominacion por estension, como *prudencia*, *probidad*, *valor*; los cuales se llaman *abstractos* porque estas cualidades existen en nuestro espíritu como separadas de todo objeto.

Si no tubiesemos por substantivos mas que nombres propios, seria necesario multiplicarlos sin término: las palabras que por su multitud recargarían la memoria, no pondrían ningún orden entre los objetos de nuestros conocimientos, ni menos en nuestras ideas, y habría la mayor confusion en todos nuestros discursos: así pues, se han clasificado los objetos, y los substantivos que eran nombres propios se han convertido en nombres comunes, luego que se han observado cosas que tenían semejanza con las que ya se habían denominado.

Así es, según lo hemos visto, como se estableció entre los substantivos una subordinacion que hace los unos mas generales, esto es, comunes á mayor número de indi-

viduos; y los otros menos generales, esto es, comunes á un número menor. Esta subordinacion es perceptible en *animal*, *cuadrúpedo*, *perro*, *dogo*.

La misma subordinacion se establece necesariamente entre las cosas denominadas, y se forman por este medio clases que llamamos *géneros* si son mas generales, y *especies* si lo son menos. *Animal* es un género con respecto á *cuadrúpedo*, *ave*, *pescado*; y *cuadrúpedo*, *ave*, *pescado*, son especies de animales.

Se vé por estos ejemplos que la distincion de clases, se funda en la diferente conformacion que notamos en los objetos. Entonces no consideramos mas que lo físico de las cosas; pero tambien hay relaciones bajo las cuales podemos ejecutarlo con los objetos que tienen semejanza por su conformacion. Según ellas se distribuyen los hombres por clases en las sociedades civiles conforme á su nacimiento, empleo, talentos, género de vida, y se distinguen magistrados, y militares, artesanos y labradores, &c.

El mismo fundamento hay para distribuir por clases las cualidades de los objetos, y por esto distinguimos diferentes especies de figuras, de colores, de virtud, de valor &c.

Se comprehende facilmente que podríamos multiplicar las clases indefinidamente;

porque si observásemos bien los individuos que hemos comprendido en una misma especie, advertiríamos entre ellos diferencias segun las cuales podríamos crear nuevas clases; pero es evidente que si quisiésemos caminar siempre de subdivisión en subdivisión, llegaríamos al fin á distinguir tantas clases como individuos; no habria ya mas que nombres propios, y por consiguiente caeríamos de nuevo en la confusión que habíamos querido evitar al distinguir por clases los objetos de la naturaleza.

Así, pues, se vé que habria confusión igualmente, tanto en el caso de que no se formasen bastantes clases, como en el de que se hiciesen muchas. Para guardar un justo medio seria suficiente considerar que no se han imaginado las clases mas que con el fin de poner en orden nuestros conocimientos, y se veria entonces que no se necesita hacer subdivisiones cuando se ha subdivido cuanto es preciso para difundir la luz, y en lugar de crear nuevas clases, se desecharian las inútiles que no hacen mas que recargar la memoria. Mas con la prevencion de que ecsisten clases en la naturaleza, que solo tiene individuos, se creó que á fuerza de subdividir se conocerian mejor las cosas, y se subdivide hasta el infinito. De aquí el defecto de la mayor parte de los libros elementales, y la causa principal de la obscuridad que se advierte en los escritos de los filosofos.

Se vé un ejemplo perceptible de este abuso en las ideas abstractas, que designamos por nombres substantivos, y en esto son defectuosas principalmente todas las lenguas. Muy poco ilustrados los hombres cuando han tentado por primera vez clasificar sus ideas abstractas, han comenzado tan mal que ya no les ha sido posible distribuirlas en el orden mas simple; y los filósofos se han esforzado en vano para disipar las tinieblas porque no han sabido retroceder á la causa de este abuso; y aun se les debe agradecer que no lo hallan aumentado.

Lo que se ha dicho para hacer comprender hasta donde puede llevarse el abuso de los términos abstractos es bastante para hacer concebir que tanto como son necesarios debe temerse multiplicarlos demasiado. Tendrèmos mas de una ocasion en que notar lo que se abusa de ellos; mas por ahora me basta dar á conocer que la propiedad de los nombres substantivos, es clasificar las cosas que logramos conocer, y que no son útiles sino en tanto que sabemos fijar convenientemente el número de las clases.

CAPITULO II.

De los Adjetivos.

Hombre, virtud, son dos substantivos cuyas ideas existen separadamente en nuestra imaginacion: el uno es el apoyo de cierto número de cualidades, y el otro lo es de porcion diversa, y no se modifican entre sí. Pero si yo digo *hombre virtuoso*, esta forma del discurso hace desvanecer inmediatamente uno de estos dos apoyos, y reúne en el substantivo *hombre* todas las cualidades que comprehende el substantivo *virtud*.

Comparando las palabras *virtuoso* y *virtud*, se concibe en que se diferencian los adjetivos de los substantivos, es á saber: en que los substantivos espresan al mismo tiempo ciertas cualidades y el objeto en que las reunimos; al paso que los adjetivos solamente espresan ciertas cualidades que necesitamos juntar á substantivos, para hallar el objeto que deben modificar.

Hemos notado en la primera parte de esta gramática, que los adjetivos modifican en lo general de dos modos: unos desarrollan la idea que queremos espresar por un substantivo y le añaden algunos accesorios tales como *virtuoso* en *hombre virtuoso*, con-

viniendo á todos los de esta especie las nociones que se acaban de dar sobre el adjetivo: y otros que dejando al substantivo la significacion que tiene, no le añaden ningun accesorio, y se limitan á dar á conocer si hemos de tomar el significado de un substantivo en toda su estension, ó restringido: por esto he dicho que modifican determinando.

En *el hombre*, el adjetivo *el* me hace considerar la idea de *hombre* en toda su generalidad y como comun á todos los individuos. En *todo hombre*, el adjetivo *todo*, me hace considerar á los individuos tomados distributivamente; y en *todos los hombres*, los adjetivos *todos los*, me hacen considerar los individuos tomados colectivamente: luego los adjetivos determinan la estension que queremos dar á la significacion del substantivo *hombre*.

Los adjetivos *mi, tu, su, vuestro, &c.* determinan igualmente. Presentan una relacion de pertenencia, y haciendonos considerar una idea general bajo esta misma relacion, la restringen hasta el punto de hacerla individual: *mi caballo*.

Cada uno, muchos, uno, dos, tres, primero, segundo, &c. presentan los individuos bajo otras relaciones, y por lo mismo determinan la significacion de los substantivos á que se les junta. Según estos ejemplos, que hacen ver el modo en que determinamos diferentemente el significado

de los substantivos, será fácil reconocer a los adjetivos que empleamos para este uso.

Si hemos de juzgar de los adjetivos por las cualidades que notamos en los objetos, podemos distinguir dos especies: adjetivos absolutos y adjetivos relativos.

Cuando decimos que un hombre es grande, la idea de *magnitud* no existe mas que en la comparacion que hacemos de este hombre con los demas; y sin embargo de que ahora lo juzgamos grande, sin duda lo tendríamos por pequeño, si los hombres tuviesen comunmente siete u ocho pies de estatura. Las cualidades que observamos en los objetos en consecuencia de una comparacion, se llaman *relativas*: así pues, *grande* y *pequeño* son adjetivos relativos.

Los llamamos, por el contrario absolutos, si las cualidades que notamos en las cosas parecen pertenecerles, independientemente de toda comparacion de nuestra parte: tales son en los cuerpos la estension, la solidez, la movilidad, la divisibilidad, &c: así que, *estendido*, *sólido*, *movible*, *divisible*, son adjetivos absolutos.

Las cualidades relativas son en mayor número de lo que se piensa. *Igual*, *desigual*, *mejor*, *peor*, *bueno*, *malo*, *semejante*, *diferente*, *valiente*, *sabio*, *ignorante*, *prudente*, *temerario*, &c: todos estos diversos ad-

jetivos espresan cualidades de que no se juzga sino porque se han hecho comparaciones.

Hablante en rigor, podría decirse que todas las cualidades de las cosas, son relativas en nuestro espíritu: y como no adquirimos conocimientos, sino en tanto que comparamos, tampoco nos es posible considerar las cualidades como absolutas, y siempre las vemos en las relaciones que tienen con las cualidades contrarias. Juzgamos, por ejemplo, de la movilidad por comparacion con una cosa que está en reposo; de la solidez por comparacion con una cosa que está líquida &c.

Acaso se preguntará como se forman los substantivos y los adjetivos; pero esto lo enseña el uso, y lo ejecutaria cada cual conforme lo necesitase; sin embargo no hay reglas generales para la formacion de estas palabras, y se las reconoce menos en los sonidos, cuya forma son, que en el modo en que se emplean, se reconocen con facilidad v. g. substantivos en *la política*, *un sacrilego*, porque estos nombres estan modificados por los adjetivos *la* y *un*, y se ve que se transforman en adjetivos, en *una conducta política*, *un hombre sacrilego*, porque entonces modifican substantivos.

Por otra parte, debe notarse que hay muchos adjetivos que se emplean de un modo substantivo: *un sabio*, *un erudito*, *lo sier-*

to, lo falso, &c. Hay tambien substantivos que se usan de un modo adjetivo: por ejemplo en *un filósofo rey, rey* que era substantivo se convierte en adjetivo, así como *filósofo* viene à serlo en *un rey filósofo*.

CAPITULO III.

De los números.

Los nombres generales se dicen de una sola cosa, ò de muchas. En el primer caso se hallan en número singular, y en el segundo en el plural, y esta diferencia se nota por la terminacion. Digo *los nombres generales*, porque los nombres propios traen consigo la unidad, y se hallan siempre en número singular. Se dice figuradamente *los Cesares, los Turenas*; pero entonces se generalizan.

En la clase de los nombres propios deben colocarse los de los metales: *oro, plata, fierro*, significan cada uno una substancia, que aunque compuesta de partes, se considera una masa individual, nunca se les emplea en plural, pues aunque es verdad que se dice *fierros*, se usa esta espresion figuradamente por *prisiones*.

Los nombres de las virtudes habituales, como son la caridad, el pudor, el valor, carecen de plural: sucede lo mismo con

muchas ideas que se consideran naturalmente como singulares: *hambre, sed, sueño, sangre*. Algunas voces no tienen singular; tales son *mañinas, nonas, visperas, tinieblas, &c.* sobre todo lo cual se debe consultar el uso.

La señal del plural no es siempre la misma: la regla mas general es terminar el nombre por una *s* y añadir *es* à los acabados en consonante y en vocal aguda. *Padre, madre, &c.* reciben una *s*, *padres, madres: bondad, virtud, bo. seguì, maravèdi, toman es, bondades, virtudes, borceguies, maravèdies*.

Todas las lenguas tienen muchos nombres. La griega tiene tambien un dual, esto es, una terminacion particular para los nombres que convienen à dos cosas. La hebreá la tiene igualmente; pero solo para las cosas dobles como los ojos las manos.

Luego que se emplea un substantivo en singular ó en plural, segun que se habla de una ò de muchas cosas, es natural poner el adjetivo en el mismo número à fin de indicar mas perceptiblemente la relacion entre uno y otro: así, pues, se ha dicho: *un hombre prudente, unos generales hábiles*. Esta regla no padece escepcion.

CAPITULO IV.

De los géneros.

Género viene de *generare*, que significa engendrar; y cuando se ha dicho que una cosa es de un género, se ha querido decir que se ha engendrado en cierta clase. Hay dos géneros: el masculino y el femenino, y solamente en artículo *lo* y en algunos pronombres del número singular acabados en *o* tales como *esto*, *eso*, &c., se halla una especie de género *neutro*.

La distincion de los dos sexos ha sido el primer motivo de la de las cosas en dos géneros; y para señalar esta diferencia, hasta en los nombres, se les ha dado terminaciones diferentes, como *leon*, *leona*, *perro*, *perro*: en consecuencia, se ha dicho: los nombres, así como los sexos son de dos géneros.

Si hablando de los animales, la diferencia del masculino y del femenino se funda en la de los sexos, habría razon muchas veces para distinguir los nombres de las plantas en dos sexos; porque los naturalistas han notado que las hay machos y hembras; pero el uso ignora demasiado estas cosas para fijar su atencion en ellas.

Aun se han olvidado con frecuencia enteramente de lo que había producido la distincion de los dos géneros y se han distribuido nombres masculinos, y femeninos sin atender al sexo de los animales. De aquí es que una palabra de un solo género ha servido para distinguir todos los individuos de una especie, tanto machos como hembras, como en *perdiz*, *liebre*, *bagre* *centonille*.

La razon de este uso, no es el que los hombres dejen de observar cuando lo han menester; sino la de que no habiendo conocido la necesidad de distinguir siempre á los animales por el sexo, tampoco han imaginado tener siempre dos nombres diferentes, uno para los machos y uno para las hembras. Sin embargo, una vez establecida la distincion de los géneros, se la ha estendido á todos los nombres. Algunos se habían terminado de un modo diferente segun la diferencia de los sexos y esto fué bastante para dar ciertas terminaciones al masculino y otras al femenino.

Pero una regla tan poco fundada no podía ser constante: de aquí es que muchas veces una palabra ha sido de un género cuando por la terminacion debiera haber sido de otro; algunas han sido de dos, y finalmente hay lenguas que tienen un género neutro para las voces que no son masculinas, ni femeninas, porque tienen una terminacion particular.

La terminacion masculina en los nombres es la que han tenido en su formacion; y si queremos hacerlos femeninos mudamos esta terminacion añadiendo una *a* si el nombre acaba en consonante, ó convirtiendo en la misma letra la *o* de los que terminan en vocal; y así como decimos en el masculino *un leon, un gato*, decimos en el femenino *una leona, una gata*.

En general, los nombres substantivos no son mas que de un género, y por lo mismo conservan siempre la misma terminacion. *Hombre, arbol, espíritu* son masculinos: *planta, inteligencia, virtud*, son femeninos; y solamente se les puede añadir el signo del plural.

Si la mayor parte de los substantivos son siempre del uno ó del otro género, los adjetivos por el contrario pueden serlo de los dos; y se les da uno ú otro segun el de los substantivos á que se juntan; v. g. *un leon rugiente una leona rugiente*; y por este medio se indica de un modo perceptible el substantivo que modifica el adjetivo.

Los adjetivos terminados en el masculino en *e* en *l* y en *s*, muchos en *r* pocos en *n*, y raros en *i* no mudan determinacion en el femenino: así pues, *grande, paternal, capaz, secular, comun, baladi*, son de los dos géneros. En cualquiera

otro caso siguen las reglas de los substantivos.

Aunque los géneros tengan la ventaja de prevenir muchas veces los equívocos, debe convenirse con M. Ducloux que traen el inconveniente de dar demasiada uniformidad á los adjetivos. La lengua inglesa carece de géneros para los nombres, y es en este punto mas sencilla que la nuestra.

CAPITULO V.

Observaciones acerca del modo de concertar en género y número los adjetivos con los substantivos.

Acabamos de decir que un adjetivo debe ser del mismo género y número que el adjetivo que modifica; y esta regla da lugar á algunas observaciones.

Cuando un adjetivo modifica substantivos de diversos géneros, debe concertar con el último y así se dice: *las tribulaciones y dolores eran multiplicados: los temores y tribulaciones eran multiplicadas*; y en caso de que se coloque el adjetivo antes de los substantivos, se concierta con el mas cercano: como eran *multiplicados* los dolores y tribulaciones: eran *multiplicadas* las tribulaciones y dolores.

Si los dos substantivos estan en singular debe ponerse el adjetivo en plural y concertarse en genero con el masculino; asi es que se dice: el padre y la madre son cariñosos.

CAPÍTULO VI.

Del verbo.

Segun la etimología, verbo es la misma cosa que voz ó palabra y parece que el verbo no se ha apropiado esta denominacion, sino porque se ha considerado como la palabra por excelencia; y en efecto, es el alma del discurso, supuesto que pronuncia todos nuestros juicios.

El verbo ser es propiamente el único, y hablando en rigor, no necesitaríamos de otro; pero hemos visto que se han introducido palabras que son á un mismo tiempo verbos y adjetivos: adjetivos porque espresan un atributo; y verbos porque tambien espresan la existencia de un atributo con un sugeto; y son como hemos dicho, espresiones abreviadas equivalentes á dos elementos, del discurso. En este capítulo y los siguientes trataremos indistintamente de los verbos adjetivos y del verbo substantivo ser, porque las observaciones que tenemos que hacer, son comunes á todas las especies de verbos.

Se distingue en los verbos la persona que habla, *yo soy, yo amo*; á quien se habla, *tu eres, tu amas*; de quien se habla, *él es, él ama*; y este es el singular. En el plural tienen las personas otros nombres, y se hacen algunas mutaciones en la terminacion de los verbos: *nosotros somos, vosotros sois, ellos son, nosotros amamos, vosotros amais, ellos aman*.

Se distinguen tambien los tiempos segun que son presentes pasados ó futuros: *yo soy, yo fui, yo seré, yo amo, yo amé, yo amaré*.

Asi, pues, los verbos toman diferentes formas segun que se habla en la primera, segunda, ó tercera persona; ó en presente, pasado, ó futuro, y en todas ellas se afirma la coexistencia del atributo con el sugeto.

Mas si afirmo esta coexistencia cuando digo *vosotros estais tranquilos*, no sucede lo mismo cuando digo, *estad tranquilos, yo quisiera que vosotros estudieseis tranquilos*: luego los verbos toman tambien diferentes formas; segun el modo en que consideramos esta coexistencia; y estas son lo que se llama *modos* palabra sinónima de *manera*. Trataremos separadamente de las personas, de los tiempos, y de los modos.

CAPITULO VII.

De los nombres de las personas considerados como sujetos de una proposicion.

La primera persona es para el singular *yo*, y para el plural *nos* y *nosotros* para el masculino, y *nos* y *nosotras* para el femenino: la segunda *tú* y *vos* (en la conversacion ordinaria *ustedes*.) para el singular, y la segunda, *vosotros*, ó *vosotras* para el plural, segun que sea masculino ó femenino.

Sin duda que á los principios se ha dicho *tú* á todo el mundo, cualquiera que fuese el rango, de aquel á quien se hablaba; y posteriormente nuestros padres, bárbaros y serviles, imaginaron hablar en plural á una sola persona cuando se hace respetar ó temer; y *vos* vino á ser el lenguaje de un esclavo delante de un amo. De aquí provino que *tú*, fuera de los casos de una familiaridad privada, no pudo decirse ya mas que hablando á los esclavos, á los criados, ó á algunos de los inferiores. Los poetas lo han conservado, y esta licencia en el verso tiene nobleza, porque parece que uno se iguala con su superior.

Se advertirá facilmente que los nombres de la primera y de la segunda perso-

na espresan mejor las miras del espíritu, que lo harían los nombres propios. Esplican con claridad, uno la persona que habla, y otro la persona á quien se habla. No se haría entender el que se nombrase en lugar de decir *yo*, y quisiese usar el nombre de la persona á quien dirigiere la palabra en vez de decir *tú* ó *usted*. Así, pues, estos nombres no se emplean en lugar de otro ninguno, y son verdaderos substantivos.

Los nombres de la primera y segunda persona son siempre los mismos para el masculino y femenino en el número singular, pero son diferentes en el plural segun sus géneros. En la tercera son diversos tanto en úno, como en otro número, y se dice *él* para el masculino, *ella* para el femenino, y *ellos*, y *ellas* en plural.

Del latin *ille*, *illa* hemos formado *él*, *ella*, *le*, *la*, como los italianos *il*, *cgli*, *lo*, *olla*; aunque en latin es propiamente un adjetivo tácito ó espreso: sucede lo mismo con el *il* frances y el *egli* italiano. Cuando despues de haber hablado del albaricoque digo, por ejemplo, *él está en flor*, *él está* puesto entonces por *albaricoque*. Queda, pues, probado que *él* es un adjetivo que determina un substantivo subentendido: así cuando decimos, *él habla*, *él canta*, suplimos el substantivo que se ha nombrado antes.

CAPITULO VIII.

De los tiempos.

Cada forma que se hace tomar al verbo añade alguna idea accesoria á la principal de que es signo. Tener amistad, ó amor es, por ejemplo, la idea principal que significa el verbo *amar* en todas sus variaciones; y cada una de estas espresa ese sentimiento con diferentes accesorios. El presente es la idea accesoria de la forma *yo amo*; el pasado de la forma *yo amé*; y el futuro de la forma *yo amaré*.

El presente *amo* es simultáneo con el acto de la palabra: el pasado *amé* es anterior á este acto; y el futuro *amaré* le es posterior: así es que el momento en que hablamos es como un punto fijo con respecto al cual dividimos el tiempo en diferentes partes que llamaré *épocas*. Se puede, por lo mismo distinguir tres épocas: la época actual que es el momento en que hablamos, de las épocas que ya no existen y se llaman anteriores, y de las que se nombran posteriores por que no existen todavía: y así como la idea de actualidad constituye el presente, la de anterioridad constituye también el pasado y la de posterioridad el futuro.

Un verbo se halla en presente cuando espresa una idea de simultaneidad con la época actual; se halla en pasado cuando espresa una relación de simultaneidad con una época anterior; y en futuro cuando espresa una idea de simultaneidad con una época posterior. Es verdad que lo que es simultáneo con una época, sea anterior ó posterior es presente con respecto á esta misma época: pero si en consecuencia se quisiera considerar como presentes *amé*, y *amaré*, se confundiría todo; no habría pasado, ni futuro, por que todo lo que sucede es necesariamente simultáneo con alguna época.

La época puede ser determinada ó indeterminada. Cuando digo *iba*, esta forma indica una época que se determina por la continuación del discurso ó por algunas circunstancias. Por la continuación del discurso, si digo: *iba á tu casa cuando me sobrevino un negocio*, pues entonces la época es anterior por una circunstancia: si en el momento en que encuentro á una persona le digo: *iba á tu casa*, en este caso la época es actual.

Se ve, pues, que *iba* puede ser pasado ó presente: por el contrario, *he estado* siempre es pasado; y cuando uso de esta forma, puedo decir á mi arbitrio determinando una época *he estado ayer en colorno* ó sin determinar ninguna *he estado en colorno*.

Así, pues, porque la acción del verbo no puede ser simultánea á una época cualquiera, la idea de simultaneidad es un accesorio común á las dos formas *yo iba*, *yo he estado*; pero una y otra se diferencian en que en *yo iba* la época está necesariamente determinada y es anterior, ó actual; en vez de que en *yo he estado* se determina, ó no á nuestro arbitrio, y es siempre anterior.

Las épocas á que se refieren las formas del futuro son igualmente determinadas, ó indeterminadas. Cuando digo *acabare esta obra*, tengo la libertad de determinar, ó no una época; pero si dijese *habre acabado*, sería indispensable determinar una época añadiendo; *dentro de poco tiempo*, *mañana cuando tu vuelvas*: así que, estos dos futuros tienen una relación de simultaneidad con una época posterior; pero en *acabare* la época puede ser ó no determinada; y en *habre acabado* es indispensable que lo sea.

La época actual no podría ser mas ó menos presente, porque ó es simultánea con el momento en que hablo, ó no lo es: si lo primero, el es presente; y si lo segundo, es anterior ó posterior, y por consiguiente pasada ó futura: así, pues, no hay mas que un modo de considerar el presente, ni mas que un solo presente en cada verbo, *yo amo*.

No sucede lo mismo con el pasado y el futuro, y podemos considerarlos bajo diferentes puntos de vista: así es que tenemos pasados que lo son mas ó menos, lo mismo que futuros, segun que las mismas épocas son mas ó menos anteriores ó posteriores. *Acabo de hacer*, *hacia*, *hice*, *he hecho*, *habia hecho*, *hube hecho*, son otros tantos pasados diferentes. Pasados, porque tienen una relación de simultaneidad con una época anterior; y diferentes, porque la época no es la misma para todos.

Acabo de hacer es un pasado proximo, que significa, *apenas ha pasado un momento desde que he hecho*.

Hacia no es ni proximo, ni lejano; pero se convierte en uno ú otro por lo que sigue del discurso. *Poco tiempo ha que hacia calor*: *hacia fresco el verano último*. Esta forma puede venir á ser la espresion del presente, como en el ejemplo dado antes *iba á tu casa* cuando se habla á una persona que se encuentra.

La época con que tiene relación de simultaneidad *yo hacia*, puede considerarse ó como un periodo en que se existe todavía, ó como un periodo que ya ha pasado. Si se dice, *yo trabajaba ahora en esta obra*, la acción del verbo se refiere á un periodo, en que se está aun, y á uno en que no se está ya, si se dice *yo trabajaba ayer*.

Yo hice y *yo he hecho*, que difieren de *yo hacia* en que ambos suponen una anterioridad mas ò menos distante, se diferencian uno de otro en que el primero se dice de un periodo mas remoto que el segundo. Con efecto, cuando digo: *he hecho mi renuncia*, la época es próxima, porque denoto que desde que hice la renuncia hasta el momento en que hablo, ha pasado poco tiempo: al paso que cuando digo: *hice mi renuncia*, denota que desde que la hice hasta cuando lo indico, puede haber pasado mucho tiempo, ó intermediado otros sucesos.

Yo había hecho cuando él llegó, es anterior á una época que lo es tambien por sí misma, porque *yo había hecho*, es anterior á *llegó*, y *llegó* lo es á la época actual; y se verá por esto en que consiste lo que distingue á *yo había hecho* de los pasados precedentes *yo hice*, *yo he hecho*.

Así como hay diversos pasados hay tambien diversos futuros. *Yo haré* tiene una relacion de simultaneidad con una época posterior; así, pues, es un futuro; y este posee la particularidad que la época puede ó no determinarse á nuestro arbitrio: puedo decir *yo haré* sin añadir cuando, ó decir *yo haré mañana*.

Por el contrario, *yo habré hecho* es un futuro, cuya época es necesario determinar. Se dirá por ejemplo, *yo habré hecho*

cuando tú llegues; y determinando la época cuando tú llegues, se ve que *yo habré hecho* se diferencia de *yo haré* en que comprende dos relaciones, una de posterioridad á la época actual, y otra de anterioridad á una época que no ecsiste todavia; porque en efecto *yo habré hecho* es posterior al acto de la palabra, y anterior al cuando tú llegues. Finalmente *voy á hacer*, que significa *haré dentro de poco*, es un futuro próximo.

Hay gramáticos que colocan entre los futuros las espresiones siguientes: *debo hacer*, *tengo de hacer*; y para juzgar si lo hacen con fundamento comencemos por analizarlas.

Si *debo hacer* significase *es de mi deber*, *estoy en obligacion* es claro que seria un presente; mas, si por el contrario, quisiese decir que se ha resuelto que haré, ó que haré por que así lo he determinado, me pareceria mas natural considerar esta espresion como el equivalente de dos frases de las cuales una es futuro, y la otra presente ó pasado.

Es verdad que *debo hacer* parece algunas veces espresion de futuro: por ejemplo si digo *temo el juicio que V. se debe formar de mi obra* en que *debe formar* se halla por *formará*; pero observemos los accesorios que distinguen estas locuciones. Si no dudo de que se forme juicio preferiré

decir: temo el juicio que V. se formará de mi obra; y diré por el contrario, temo el juicio que V. se debe formar de mi obra, si presumo que no me será favorable. Formará tiene, pues, por accesorio la persuasión en que estoy de que se juzgará mi obra; y el de debe formar es mi presunción de que no se juzgará favorablemente. ¿Y habría fundamento para juzgar estas espresiones como dos futuros diferentes segun esos accesorios? ¿Que es lo que efectivamente constituye el futuro? Una relacion de simultaneidad con una época posterior. Luego no se pueden admitir muchas especies, sino en tanto que las épocas con que tienen relacion de simultaneidad sean diversas; y se multiplicarian hasta el infinito, si se las distinguiese segun todos los accesorios que las pueden acompañar.

Tengo de hacer significa, haré, porque es necesario, por que conviene que haga, por que me he propuesto hacer. Así, pues, la relacion de simultaneidad es la misma con esta espresion que con la de yo haré, y la época tambien la misma: y aunque tengo de hacer se vea acompañado de accesorios que le son particulares, no por eso es un futuro diferente de haré. Aun podria suceder que no fuese un futuro, como se verifica siempre que su significado es: me conviene hacer, me he propuesto hacer.

CAPITULO IX.

De los modos.

Todos los tiempos que hemos explicado afirman la coesistencia del atributo con el sujeto; y de estos tiempos han formado los gramaticos el modo que llaman *indicativo*. Reunámoslos.

Presente Yo hago.

Pasado que á veces parece confundirse con el presente y que se refiere á una época determinada por la continuacion del discurso, ó por alguna circunstancia Yo hacia.

Pasados que se refieren á un periodo en que no se está ya: hay dos, uno señala con mas particularidad el tiempo en que la cosa se hacia Yo hice.

El otro denota el tiempo en que la cosa se habia hecho. Yo hubie hecho.

Pasado que se refiere á un periodo que no existe ya, Yo he hecho.

Pasado anterior á una época que por sí lo es á la época actual Yo habia hecho.

Futuro cuya época pue-

de ser ò no determinada Yo haré.

Futuro cuya época debe determinarse Yo habré hecho.

Observando estos tiempos se ve en todos ellos la afirmación: luego la afirmación es el accesorio que caracteriza al modo indicativo.

Mas si en lugar de decir *tu haces*, *vosotros haceis* se dice, *haz*, *haced*, desaparece la afirmación y no se enuncia ya la existencia del atributo en el sujeto, sino como pudiendo ó debiendo ser consecuencia de un mandato. Este accesorio, substituido al primero, ha hecho dar á esta forma el nombre de *modo imperativo*.

Tened hecho que es otra forma de imperativo, es igualmente un futuro: *tened hecho cuando yo llegue* es en el fondo la misma cosa que *tendreis hecho cuando yo llegue*. Veanse aquí todos los tiempos de este modo; no tiene pasado, y se echa de ver luego que no puede tenerlo.

El futuro del imperativo no es mas que un simple mandato: el del indicativo cuando se emplea en el mismo sentido, es un mandato mas positivo, una voluntad mas absoluta de que no es permitido apelar. Si despues de haber dicho, *haced*, *tened hecho*, se me manifestase poca disposición para obedecerme; insistiría diciendo: *hareis*, *tendreis hecho*, y de este modo declararía, no querer excusa ni tardanza.

Yo hago afirma; *has* manda, y *yo haría* afirma tambien, pero no de un modo positivo como en el indicativo, sino condicionalmente: *yo haría*, si tuviera tiempo para ello. Esta condicion es el accesorio de un modo que puede llamarse *condicional*.

La forma *yo haría* es un presente ò un futuro, segun las circunstancias del discurso; y se puede emplear sin determinar ninguna época. *Yo me ocuparía actualmente del negocio de V. si me hubiese hablado de él antes*, es un presente: *Yo me ocuparía dentro de poco del asunto de V. si solo dependiese de mi*, es un futuro: en fin, *Yo haría un viaje à Roma si fuese mas jóven*, es un futuro, cuya época puede ser ò no determinada á nuestro arbitrio: en general, esta forma espresa casi siempre un futuro: *yo lo espero*, *él me prometió que vendría pronto*. *Vendría* se halla puesto por *vendrá*, y el uso lo prefiere porque la ejecución de lo que se promete, depende siempre de algunas condiciones, que se espresan ó se suponen. Para el pasado se dice; me habría ocupado del asunto de V. si me hubiese hablado de él.

Hemos distinguido proposiciones principales y subordinadas; pero una proposición principal contiene siempre una afirmación positiva, ò condicional, con una relación determinada al presente, al pasado, ò al futuro: luego el verbo de estas proposiciones debe tomar sus formas en el modo indica-

tivo *hago, he hecho*, ó en el modo condicional *haría, habría hecho*.

Muchas veces sucede que se halla también en las proposiciones subordinadas la misma afirmación positiva ó condicional, con una relación determinada al presente, al pasado, ó al futuro, y entonces es necesario que el verbo de esta proposición tome sus formas, así como el de la principal, del modo indicativo, ó del modo condicional: se dice *yo creo que V. hace, que V. ha hecho; yo creía que V. haría, que V. habría hecho*.

Peró hay proposiciones subordinadas en que no teniendo el verbo una relación determinada con un tiempo mas que con otro, es presente ó futuro, según las circunstancias del discurso, aunque siempre se le conserve la misma forma. Si se me dice de alguno *parte, puedo responder no creo que parta; y si se me dice partirá, puedo responder igualmente, no creo que parta*. Por donde se ve que *parta*, en si mismo indeterminado por ser presente ó futuro, se hace lo uno ó lo otro por las circunstancias del discurso.

Del mismo modo, sea que se diga *partió ó partirá, yo puedo responder, no creía que partiese*.

Que *yo haya hecho* es otra forma que se emplea en las proposiciones subordinadas, y que igualmente indeterminada, puede

referirse á épocas diferentes según las circunstancias. Se ve un pasado en *ha sido menester que yo haya consultado*, y un futuro en *yo no emprenderé nada que no haya consultado*.

Todas estas nuevas formas que se hace tomar al verbo en las proposiciones subordinadas, espresan con una relación indeterminada al tiempo; y esta indeterminación accesoria es lo que constituye el modo que se llama *subjuntivo*. Parece que en este modo, estando el verbo subordinado á las circunstancias del discurso, dependen mas de estas que de su forma las relaciones de anterioridad, actualidad, ó posterioridad que espresa; y que las diferentes formas del subjuntivo se hallan destinadas menos á distinguir los tiempos, que á señalar la subordinación del verbo de la proposición subordinada con el de la proposición principal.

Hemos analizado cuatro modos, el indicativo, el imperativo, el condicional (1) y el subjuntivo. Fáltanos que observar el infinitivo.

Después de haber supuesto que la palabra *ser* habia significado sucesivamente *ver, oír, tocar*, hemos visto de que mo-

(1) Los caracteres con que el autor distingue este modo, han hecho seguirlo literalmente en la traducción, no obstante que la academia española incluye sus formas en las del subjuntivo.

do, convertida en termino general y abstracto, no ha significado ya ninguna de estas cosas en particular. Entonces ha sido el signo de una idea general comun á *ver*, á *oir*, á *tocar*, y que no es propiamente ni *ver*, ni *oir*, ni *tocar*.

Este verbo así generalizado podia juntarse á adjetivos, y habíamos podido decir *ser pudiente*, *ser durmiente*; pero en vez de emplear estos elementos del discurso, hemos imaginado espresiones mas abreviadas que son sus equivalentes, y hemos formado los verbos *poder*, *dormir*, y *ser*, *poder*, *dormir* que acaso podrian considerarse como la primera forma de los verbos, son lo que se llama *infinitivos*.

Se pueden observar aqui dos cosas: la primera es que el infinitivo, aunque subordinado á una proposicion, no podria formar ninguna. En *yo quiero que U. haga*, *que U. duerma*, las formas del subjuntivo *U. haga*, *U. duerma*, son dos proposiciones: por el contrario, si digo, *yo quiero hacer*, *yo quiero dormir*, no se perciben proposiciones en *hacer*, ni en *dormir*, ni se ve en ellos otra cosa que una accion, ó un estado.

Hay otra cosa que observar, y es, que en el infinitivo la indeterminacion es todavía mas sensible que en el subjuntivo: porque este modo que por sí mismo no se refiere á época ninguna, parece que se pue-

de referir á todas. Por ejemplo, *hacer* parece presente en *puedo hacer*, pasado en *he podido hacer*, y futuro en *podré hacer*; pero juzgando mejor de las cosas *puedo*, es el presente, *he podido* el pasado, *podré* el futuro, y *hacer* no es mas presente, pasado, ó futuro en estas frases, que lo sería el sustantivo *casa* en estas: *tengo una casa*, *he tenido una casa*, *tendré una casa*. En efecto, si se considera que cuando el verbo se halla en infinitivo, hacemos abstraccion de todos los accesorios que toma en los otros modos, se concluirá que la hacemos de las relaciones de actualidad, anterioridad y posteridad, y que por consiguiente no puede ya espresar ninguna de estas relaciones.

¿Que cosa es, pues, el verbo en infinitivo? se ve que supuesto que se halla despojado de todos los accesorios que tenia en los otros modos, no puede ser mas que un nombre sustantivo, que espresa una accion ó un estado; y hay muchas ocasiones en que esto no puede equivocarse: decimos, por ejemplo, *mentir es un crimen*, en vez de *la mentira es un crimen*.

Pues que se multiplican los verbos, componiendo una idea total de la idea del verbo sustantivo y de la de algun adjetivo, es indispensable que descomponiendo esta idea se vuelva á encontrar un adjetivo en los verbos de accion y en los de estado; este es lo que se llama participio, y hay dos: uno

el de presente llamado así, segun lo que parece ser, *amante*; y el otro el de pasado que concurre á las formas compuestas de los tiempos pasados, *amado*. Estos nombres participan del adjetivo y del verbo; del adjetivo en que modifican un sustantivo, y del verbo en que lo modifican con una relacion de simultaneidad con una época cualquiera. Digo *con una época cualquiera*, por que ni son pasados, ni presentes, ni futuros, así como el infinitivo amar. Cuando se trate en particular de estos nombres, se verá que muchas veces son verdaderos sustantivos.

Así como se ha dicho en el indicativo *he hecho*, *había hecho*, se ha dicho en el infinitivo *haber hecho*, y esta forma ha parecido espresar un pasado ó un futuro: un pasado anterior á otro, *después de haber hecho partió*; un futuro anterior á otro, *deberá haberse hecho cuando yo llegue*; mas si el verbo en el infinitivo, no conserva ninguno de los accesorios que tenía en los otros modos ¿de que manera podría ser un pasado ó un futuro *haber hecho*? Se ve un pasado en *partió* y un futuro en *deberá*; y no se ve mas que un nombre en *haber hecho*, á que podría substituirse otro, por ejemplo *la cosa hecha*: *después de hecha la cosa partió* &c.

A mas de los participios cuya forma es simple, *amante*, *amado*, hay otro cuya forma es compuesta *habiendo amado*: y se ve que este es tambien un adjetivo.

Hemos observado y explicado todas las variaciones del verbo en sus diferentes tiempos y modos, y de esto se forman las conjugaciones.

CAPITULO X.

De las conjugaciones.

Acabamos de ver que cuando consideramos los infinitivos *hacer*, *amar*, hacemos abstraccion de todos los accesorios que espresa el verbo en sus tiempos y en sus modos: luego si reputamos esta forma por la primera que han tenido los verbos, veremos que segun las variaciones de que sea susceptible, añadirá diferentes accesorios á la significacion de los verbos.

Ademas se ha observado que los infinitivos tienen terminaciones diferentes: en *ar* como *enseñar*, en *er* como *tener*, y en *ir* como *escribir*. Todas las terminaciones de los infinitivos pueden referirse á estas tres.

Habiendo notado todos los verbos cuyo infinitivo se termina en *ar*, se vió que en general, toman las mismas formas que *enseñar* en sus tiempos y en sus modos: así pues, se consideran las variaciones de este verbo como el modelo de las de todos los que se terminan del mismo modo, y se for-

el de presente llamado así, segun lo que parece ser, *amante*; y el otro el de pasado que concurre á las formas compuestas de los tiempos pasados, *amado*. Estos nombres participan del adjetivo y del verbo; del adjetivo en que modifican un sustantivo, y del verbo en que lo modifican con una relacion de simultaneidad con una época cualquiera. Digo *con una época cualquiera*, por que ni son pasados, ni presentes, ni futuros, así como el infinitivo amar. Cuando se trate en particular de estos nombres, se verá que muchas veces son verdaderos sustantivos.

Así como se ha dicho en el indicativo *he hecho*, *había hecho*, se ha dicho en el infinitivo *haber hecho*, y esta forma ha parecido espresar un pasado ó un futuro: un pasado anterior á otro, *después de haber hecho partió*; un futuro anterior á otro, *deberá haberse hecho cuando yo llegue*; mas si el verbo en el infinitivo, no conserva ninguno de los accesorios que tenía en los otros modos ¿de que manera podría ser un pasado ó un futuro *haber hecho*? Se ve un pasado en *partió* y un futuro en *deberá*; y no se ve mas que un nombre en *haber hecho*, á que podría substituirse otro, por ejemplo *la cosa hecha*: *después de hecha la cosa partió* &c.

A mas de los participios cuya forma es simple, *amante*, *amado*, hay otro cuya forma es compuesta *habiendo amado*: y se ve que este es tambien un adjetivo.

Hemos observado y explicado todas las variaciones del verbo en sus diferentes tiempos y modos, y de esto se forman las conjugaciones.

CAPITULO X.

De las conjugaciones.

Acabamos de ver que cuando consideramos los infinitivos *hacer*, *amar*, hacemos abstraccion de todos los accesorios que espresa el verbo en sus tiempos y en sus modos: luego si reputamos esta forma por la primera que han tenido los verbos, veremos que segun las variaciones de que sea susceptible, añadirá diferentes accesorios á la significacion de los verbos.

Ademas se ha observado que los infinitivos tienen terminaciones diferentes: en *ar* como *enseñar*, en *er* como *tener*, y en *ir* como *escribir*. Todas las terminaciones de los infinitivos pueden referirse á estas tres.

Habiendo notado todos los verbos cuyo infinitivo se termina en *ar*, se vió que en general, toman las mismas formas que *enseñar* en sus tiempos y en sus modos: así pues, se consideran las variaciones de este verbo como el modelo de las de todos los que se terminan del mismo modo, y se for-

mò una clase con el nombre de primera conjugacion. Se imaginaron del mismo modo otras dos conjugaciones por que se hicieron observaciones semejantes sobre los verbos en *er* y en *ir*: y entonces conjugar un verbo fué hacerle tomar sucesivamente las formas que hemos analizado: y luego que cada conjugacion tuvo un modelo, hubo fundamento para considerar como regulares todos los verbos que teniendo en el infinitivo la misma terminacion que el que servía de regla, se conjugaban esactamente del mismo modo. Así *calmar* es regular porque en todos sus tiempos y modos se conjuga como *enseñar*.

En consecuencia, se pusieron entre los verbos irregulares aquellos cuyas variaciones no eran conformes con las del verbo que debía servir de modelo, y se llamaron *defectivos* los que carecian de algun tiempo, ó de algun modo. Por ejemplo *ir* es un verbo irregular por que se conjuga de diferente modo que *escribir*: *placer* es un verbo defectivo por que solo se usa en la tercera persona del singular del presente de indicativo, y á veces en el pretérito de indicativo y en el presente y futuro de subjuntivo: *me place, te place, le place, me placia, nos placia, me plugo, nos plugue, plugue à Dios, pluguiera, y pluguiese à Dios, si me pluguiere.*

Así, pues, considerando los verbos por razon á las conjugaciones, los hay de tres especies: regulares, irregulares, y defectivos.

El verbo *haber* que entra en las formas compuestas, y que se une al participio del pasado, se llama *verbo auxiliar*, porque concurre á la formacion de los tiempos. *Ir* suele ser tambien un verbo auxiliar en la formacion del futuro próximo; y *acabar* otro en la del pasado próximo: *voy à hacer, acabo de hacer.*

El verbo substantivo puede emplearse con el participio de presente, *Pedro es amante*; y con el participio de pasado, *Pedro es amado*; en ambas frases es el mismo verbo, cuya propiedad es la de espresar la coexistencia del atributo con el sujeto; pero cuando se dice *Pedro es amante*, Pedro es el sujeto de la accion, como lo es de la proposicion; es quien obra: por el contrario cuando se dice *Pedro es amado*, no es ya el sujeto de la accion, sino su objeto; no obra, y en consecuencia es lo que se llama un ser pasivo.

Ser amante contiene dos elementos á que podemos substituir *amar* verbo adjetivo, que hemos llamado *verbo de accion*, y que los gramáticos llaman *verbo activo*.

Ser amado contiene igualmente dos elementos á que los latinos substituían *amari*, verbo que denominaban *pasivo*, porque en sus modos el sujeto es objeto de la accion.

Nuestro idioma nada puede substituir á tales elementos, y por lo mismo carece de verbo pasivo; porque en efecto traducimos los verbos pasivos de los latinos, con los participios de pasado unidos á las diferentes formas del verbo ser.

Así como se han llamado *verbos activos* aquellos, cuya acción se termina en un objeto diferente del sujeto de la proposición; y *verbos pasivos* á aquellos en que el sujeto de la proposición es el objeto mismo de la acción; así también los verbos activos y pasivos llevan en sí la idea de un objeto sobre el cual se termina la acción. En consecuencia los gramáticos han llamado *verbos neutros*, esto es, ni activos ni pasivos, á todos aquellos en que no veían acción, como *reposar*, *nacer*, *morir*, y todos los demás en que la acción no se terminaba en un objeto como en *andar*, *reír*. No teniendo nosotros verbos pasivos, parece inútil admitir neutros, siendo bastante distinguirlos en dos clases, es á saber, en verbos de acción y verbos de estado.

Los gramáticos distinguen también tres especies de verbos cuya utilidad no veo, y son: los verbos *reflexivos*, cuya acción refleja en cierto modo sobre el sujeto, *yo me conozco*, *me engaño*; los *recíprocos*, cuya acción refleja alternativamente de un sujeto á otro, *Pedro y Pablo se aborrecen*; en fin

los que llaman impropriamente *impersonales*, porque no se usan ni con la primera, ni con la segunda persona, *es necesario*, *llueve*. Mas si hubiese empeño en distinguir los verbos por accesorios tan estraños á su uso, se hallarían muchas especies aun en un solo verbo. *Ama*, por ejemplo, sería activo, reflexivo, recíproco, neutro, y cuanto se quisiese. Es necesario analizar; mas hay un término en que es indispensable detenerse. Las análisis inútiles no ilustran, antes bien causan embarazos.

Si se me pregunta por que no he dado nombre á todos los tiempos de los verbos, responderé que no creo deber adoptar los que se hallan en uso entre los gramáticos; confesando también que nunca he podido comprender lo que entienden por *imperfecto*, *perfecto*, y *plusquamperfecto*: comprendo mejor lo que quieren decir por *simple* y *compuesto*, porque estos nombres indican á lo menos las formas que toma el verbo en el pasado; aunque no espresen ninguno de los accesorios que ellas recuerdan, y según los cuales se deberían nombrar los tiempos.

En efecto, los nombres se elegirían bien, si fuesen como el resultado de las análisis de cada tiempo; pero también serían difíciles de imaginar, y el público no los adoptaría cuando se le propusiesen. Así, pues, solo serían denominaciones metafísicas,

cuyas ideas se escaparían muchas veces, aun à los mismos metafísicos; al paso que la gramática debe estar al alcance de todo hombre capaz de reflexión. Se podría emplear un medio mas sencillo.

El verbo *amar* varía en todos sus tiempos y sus modos ¿porqué, pues, las variaciones que se hubiesen analizado, no servirían de denominacion á las de los otros verbos? ¿porque no se diría el pasado *amé*, y del verbo *temer*, *temí*; el futuro *amaré*, *temeré*, &c.? tales denominaciones no serían metafísicas, ni exigirían del espíritu mucha atención, y recordarian de un modo preciso, à quien hubiese analizado bien, los accesorios como formas de cada tiempo.

CAPITULO XI.

Observaciones sobre los tiempos.

El presente no es rigorosamente mas que el tiempo en que se habla; mas si quisiésemos limitarlo à este instante, se nos escaparía à medida que hablasemos. Nos vemos, pues, precisados à estenderlo al pasado y al porvenir, y à considerar como partes del presente, momentos que no le pertenecen todavía. Asi es que cuando una vez le damos estension, podemos darsela mayor, sin que haya razon para detenernos; y se-

rà para nosotros un tiempo presente, este día, este año, este siglo, finalmente todo periodo, cualquiera que sea su duracion, y aun la misma eternidad.

No debe por tanto admirar que se haya elegido la forma del presente, para expresar las verdades necesarias: y es porque este presente, *Dios es justo*, tiene una estension indeterminada que hace de todos los siglos un solo periodo; y este periodo que es la eternidad, se halla en cierta manera tan presente, como el instante en que hablo.

Se puede notar que se usan con frecuencia las formas de los tiempos unas en vez de otras. Racine ha dicho.

"He visto à vuestro hijo infeliz arrastrado por los caballos que alimentó por sí mismo. *Quiere* contenerlos y su voz los espanta. *Corren*; y muy pronto no es su cuerpo mas que una llaga."

Racine substituye aqui la forma del presente à la del pasado. Si hubiera dicho: *ha querido* contenerlos y su voz los ha espantado, el pensamiento habia sido el mismo; pero no se habria presentado mas que una relacion, al paso que la forma del presente hace un cuadro que pone delante de los ojos.

Substituyendo unas à otras las formas de los tiempos, se mudan, pues, los accesorios de un pensamiento. Cuando di-

go: *partiré mañana*, no hago mas que indicar el dia de mi partida; pero manifiesto que estoy decidido à partir, si digo *parto mañana*; esta forma parece aprocsimar *mañana* al momento presente, y semejante aprocsimacion hace juzgar lo determinado que estoy à partir, porque me presenta ya como en el acto de verificarlo.

¿Acaba V. pronto? ¿Acabará V. pronto? La primera de estas frases es la espresion de una persona que està impaciente por ver acabar; la segunda puede no ser mas que una pregunta.

En vez de responder à la espresion *¿acaba V. pronto? acabará al instante*, se responderá: *he acabado en este instante*, porque substituyendo la forma del pasado à la del futuro, se representa como ya hecho lo que va à estarlo; y por consiguiente se denota mejor la prontitud con que se promete concluir. Vease aqui lo suficiente para comprender de que modo se usa la forma de un tiempo por la de otro: digo la *forma*, porque no sería estraño decir con los gramáticos que se usa el presente por el pasado, y el pasado por el futuro.

CAPITULO XII.

De las preposiciones.

Cuando se dice *Pedro se parece à su hermano*, el verbo *se parece* espresa la relacion que ecsiste entre Pedro y su hermano, y la preposicion *à* se limita à indicar *su hermano* como segundo término de esta relacion. Pero hay preposiciones que indicando el segundo término de una relacion, espresan tambien la relacion misma, y por consiguiente modifican el primer término: por ejemplo, en *el libro de Pedro*, la preposicion *de* que indica el segundo término, esplica tambien la relacion de pertenencia del libro à Pedro: así que modifica el primer término *el libro* al cual añade la cualidad de pertenecer. Por consiguiente, habría un fundamento para distinguir dos especies de preposiciones; pero como habrá poca necesidad de esta distincion, bastará haberla advertido.

El primer uso que han tenido las preposiciones ha sido el de denotar relaciones entre los objetos sensibles; mas como las ideas abstractas espresadas por nombres substantivos adquieren en nuestra imaginacion casi tanta realidad como las cosas esteriore, se puede considerar que tienen en-

tre sí relaciones casi semejantes á las que existen entre los objetos sensibles. Por esta razon se dice: *de la virtud al vicio*, al modo que *de la ciudad al campo*.

No se vive en la juventud como se vive en la casa; pero la analogía que hay entre estos dos nombres en calidad de sustantivos ha hecho emplear la misma preposicion antes de uno y otro. De aquí es que una sola puede usarse en casos diferentes: y algunas veces se parecen tan poco las ultimas acepciones á las primeras, que si no se toma el hilo de la analogía, será imposible dar razon de su uso. Me limitaré á dar algunos ejemplos, por que se concibe muy bien que no me propongo analizar las acepciones de todas las preposiciones.

De la Preposicion á.

Se dice *voy á México*, *viene á Guajuato*, y esta preposicion se limita á indicar en cada una de estas frases un lugar como término de una relacion.

Hay mucha analogía entre el modo de estar en un lugar y el de estar en el tiempo; así, pues, se dirá: *á la una*, *á la tarde*, *á la noche*.

Lo que llamamos substancia no se nos muestra, sino por el modo de estar que parece cubrirlas y que es una cosa que existe como enmedio de ellas: así es que hay

analogía entre estar en un lugar y existir ó obrar de cierto modo: *estar á pie*, *á caballo*, *á la española*, *á la francesa*.

Desde luego se dirá por analogía: *pintar al oleo*, *bordar al tambor*.

Todo término á que se dirige una cosa es análogo al lugar á donde se va. *Dar á un amigo*, *quitar á un amigo*, *hablar á un amigo*. *Un amigo* es el término de las acciones dar, quitar y hablar. Esta analogía es mas sensible en *llegar á las convenciones*, *á las manos*.

De la Preposicion de.

Esta preposicion denota el lugar de donde se viene, y por analogía todo término en que comienza una cosa: *de la mañana á la tarde*: *de un extremo á otro*; *de Corneille á Racine*.

Se dice: *cerca*, *lejos de Paris*, por que *Paris* es un término á que se dirige la imaginacion para volver de allí á la cosa de que se habla, y señalar su situacion.

Hay alguna analogía entre la relacion de situacion y la de pertenencia, por que un objeto está diferentemente situado, segun las cosas á que pertenece: *el palacio del rey*, *los movimientos del cuerpo*, *las facultades del alma*.

Las relaciones de dependencia son análogas á las de pertenencia, así se dice *los*

cuadros de Rafael: el capítel de la columna.

Dependemos de las cualidades de que estamos dotados: *hombre de talento, de juicio, de valor.* De los principios que nos mudan, ó nos conmueven: *agoviado de dolor, colmado de felicidad, muerto de miedo.*

El género depende de la especie que lo determina: *facultad de la vista, del oído, del olfato;* porque el significado de la palabra *facultades* se determina por las palabras *vista, oído, olfato,* y por consiguiente depende de estas.

Las partes pertenecen á su todo: *mitad de, cuarta parte de.*

Una cosa puede considerarse como perteneciente á la coleccion de que se ha sacado. Por otra parte, hay mucha analogía entre *sacarse de, y venir de:* asi, pues, debe decirse: *es un hombre de los mas sabios;* porque el sentido es; *este hombre se sacó de entre los mas sabios.* Por el contrario, se dirá: *es la opinion de los hombres mas sabios;* porque entonces *hombres* no se toma como una parte de los mas sabios, sino como el conjunto de ellos.

Muchas veces empleamos la preposicion *de* con elipsis, y de aqui es que percibimos con menos facilidad la especie de relacion que espresa: por ejemplo, no se verá que en *caminar de dia, de noche, de seña* la relacion de la parte al todo, si no se sabe que esta espresion equivale á esta otra:

caminar en tiempo que es de dia, en tiempo que es de noche.

Por lo demas, puede suceder que yo no descubra la analogía que ha seguido el uso; pero basta que haya concebido una, para hacer conocer de que modo han podido servir las mismas preposiciones para espresar relaciones, que á primera vista no tienen semejanza.

De la Preposicion en.

Se dice: *en una casa, en este tiempo, en este año;* y por analogía: *en el desorden, en el placer, en la prosperidad.*

A veces cuando precede al articulo *la* varía de significacion: asi es que *se halla en prision* se dice de uno que esta preso, mientras que *se halla en la prision* se dice de alguno que ha ido á ella, como se va á cualquiera otra parte.

De la preposicion por.

Como preposicion de lugar indica el parage por donde pasa una cosa: *andar por las calles, por los montes y por los valles, pasar por la ciudad;* y por analogía, *pasar por tamiz, por duras pruebas, por los trabajos.*

Un efecto puede considerarse en cierto modo como que pasa por la causa que lo produce: *cuadro hecho por Rubens; tragedia hecha por Racine.*

Pero cuando *por* indica la relacion del efecto á la causa, indicará tambien las relaciones que tengan casi la misma analogia: del efecto al medio: *elevado por sus intrigas, conocer por la reflexion*; al motivo: *rehusarse todo por avaricia, obrar por intereses, por resentimiento*; al modo: *obrar por hábito, ir por fuerza*.

Vease aquí lo suficiente para dar á conocer de que modo la analogia ha entendido cada preposicion á usos diferentes. Puede el que quiera buscar nuevos ejemplos, procurando únicamente comenzar siempre por observar como se emplearon al principio las primeras preposiciones con las ideas sensibles, y buscando despues por qué analogia se han usado en las ideas abstractas.

CAPITULO XIII.

Del artículo.

En el castellano se tiene para el género masculino, en el singular *el*, y en el plural *los*; para el femenino en el singular *la* y el plural *las*; teniendo además el artículo *lo* que comunmente se denomina *neutro* para aquellas cosas ó acciones á que no puede atribuirse género alguno.

Para comprender la naturaleza del artículo, es necesario hacer memoria de que un nombre puede tomarse determinada ó indeterminadamente. Es determinado cuando se usa para designar un género, una especie, ó un individuo. En *los hombres*, el nombre es un género porque se toma en toda su estension: en *los hombres sabios*, el nombre es una especie porque se halla restringido á cierta clase, ó á cierto número de individuos; y en *el hombre de que hablo*, se toma el nombre individualmente, y esta expresion equivale á un nombre propio.

Un nombre se toma indeterminadamente cuando no queriendo, ni hacerlo considerar como género, ni restringirlo á una especie, ó á un individuo, nada se determina acerca de la estension de su significado. En este caso no se usa del artículo y se dice, v. g. *dame libros*, porque el que los pide no habla de ciertos y determinados libros, sino de cualesquiera que sean, esto es, quiere escitar solamente la idea indeterminada de que es signo esta palabra, cuando no se halla modificada por ningun adjetivo.

Además, se recuerda que los adjetivos modifican de dos modos, ya sea espliando alguna de las calidades de un objeto, ó ya determinando una cosa, esto es, indicando las miras del espíritu, que ó la considera en toda su estension, ó la comprende en ciertos límites; luego el artículo es

Pero cuando *por* indica la relacion del efecto á la causa, indicará tambien las relaciones que tengan casi la misma analogia: del efecto al medio: *elevado por sus intrigas, conocer por la reflexion*; al motivo: *rehusarse todo por avaricia, obrar por intereses, por resentimiento*; al modo: *obrar por hábito, ir por fuerza*.

Vease aquí lo suficiente para dar á conocer de que modo la analogia ha entendido cada preposicion á usos diferentes. Puede el que quiera buscar nuevos ejemplos, procurando únicamente comenzar siempre por observar como se emplearon al principio las primeras preposiciones con las ideas sensibles, y buscando despues por qué analogia se han usado en las ideas abstractas.

CAPITULO XIII.

Del artículo.

En el castellano se tiene para el género masculino, en el singular *el*, y en el plural *los*; para el femenino en el singular *la* y el plural *las*; teniendo además el artículo *lo* que comunmente se denomina *neutro* para aquellas cosas ó acciones á que no puede atribuirse género alguno.

Para comprender la naturaleza del artículo, es necesario hacer memoria de que un nombre puede tomarse determinada ó indeterminadamente. Es determinado cuando se usa para designar un género, una especie, ó un individuo. En *los hombres*, el nombre es un género porque se toma en toda su estension: en *los hombres sabios*, el nombre es una especie porque se halla restringido á cierta clase, ó á cierto número de individuos; y en *el hombre de que hablo*, se toma el nombre individualmente, y esta expresion equivale á un nombre propio.

Un nombre se toma indeterminadamente cuando no queriendo, ni hacerlo considerar como género, ni restringirlo á una especie, ó á un individuo, nada se determina acerca de la estension de su significado. En este caso no se usa del artículo y se dice, v. g. *dame libros*, porque el que los pide no habla de ciertos y determinados libros, sino de cualesquiera que sean, esto es, quiere escitar solamente la idea indeterminada de que es signo esta palabra, cuando no se halla modificada por ningun adjetivo.

Además, se recuerda que los adjetivos modifican de dos modos, ya sea espliando alguna de las calidades de un objeto, ó ya determinando una cosa, esto es, indicando las miras del espíritu, que ó la considera en toda su estension, ó la comprende en ciertos límites; luego el artículo es

un adjetivo. En efecto, en *el hombre es mortal*, determina la palabra hombre para que se tome en toda su generalidad, y en *el hombre virtuoso*, concurre con virtuoso para restringirla á cierta clase.

Así, pues, se dirá con el artículo: *el valor de Turena, la erudicion de Freret, la prudencia de Sócrates*, porque se quieren restringir las palabras *valor, erudicion, prudencia*; pero se dirá sin artículo: *hombre de valor, obrar con prudencia, lleno de erudicion*, porque entonces no se necesita distinguir diferentes especies de valor, prudencia ò erudicion, sino solamente modificar las palabras *hombre, obrar, lleno*.

Se dice: *un valor sorprendente, una prudencia singular, una erudicion vasta*, y en este caso el adjetivo *un* hace oficios de artículo. Sucede lo mismo con *todo, cada uno, ninguno, alguno, este, mi, vuestro, nuestro*: así que, el artículo se suprime siempre que los nombres se hallan precedidos de otros adjetivos que los determinan, ò bien les anteceden, y se dirá sin artículo: *hay antiguos filósofos, hay hombres grandes*.

A veces el sustantivo y su adjetivo no forman mas que una sola idea, que se necesita determinar, y se concibe que entonces no se debe suprimir el artículo. Se dirá, pues, *las obras de los antiguos filósofos, los hechos de los hombres grandes*; porque se quiere hablar de todos los antiguos

filósofos, y de todos los hombres grandes, y se necesita del artículo para determinar estas ideas de modo que aparezcan en toda su generalidad.

Todo nombre propio se halla determinado por sí mismo; así pues, le es inútil el artículo, y se dirá *Cesar, Alejandro*; pero si despues de haber generalizado estos nombres, se les quiere restringir, se dirá *el Alejandro de le Brun*. En tal caso *Alejandro* se considera primero como un nombre comun, y despues se restringe á un solo individuo. Por esta razon se dice sin artículo *Dios es todo poderoso*, y con artículo, *el Dios de paz, el Dios de misericordia*.

El Taso, el Dante, el Ariosto no son excepciones de la regla que se acaba de establecer, pues en estos debe suplirse por la figura elipsis algun nombre propio comun, que aquí es el de poeta; así los nombres dichos equivalen á *el poeta Taso, el poeta Dante, el poeta Ariosto*.

Hay términos que sin ser generales tienen sin embargo una significacion muy estensa, porque representan una coleccion de cosas de la misma especie; tales son los nombres de los metales. Se pueden, pues, determinar estos nombres para tomarse en toda la estension de su significado y decir entonces con artículo *el oro, la plata*, esto es, todo lo que es oro, todo lo que es plata;

pero si no se emplean estas voces más que para recordar indeterminadamente la idea del metal, se omite el artículo como en *una cigarrera de oro*. La analogía es aquí la misma que en los ejemplos anteriores.

Los hombres juzgan siempre por comparación, y en consecuencia han considerado una ciudad como un punto por razón á un reyno: los nombres de todas se hallan suficientemente determinados y se les ha colocado entre los nombres propios que nunca llévan artículo: *Paris, Parma*; mas los de provincias y reinos tienen, como los de los metales, un significado mas ó menos estenso, y pueden tomarse determinada ó indeterminadamente: por consiguiente se dirá con el artículo: *la Francia, la Provenza*, y sin artículo *viene de Provenza, de Francia*.

Hay ocasiones en que es menester considerar si el discurso hace atender á la estension de un país, ó solamente al país mismo con abstraccion absoluta de toda estension. Se dice *vengo de España*, por que entonces basta considerarla como un término de donde se parte, y se dice *la España está muy despoblada*, por que entonces la imaginacion abraza este reyno con todas sus provincias. La prueba de esto es que decimos *los límites de la Francia, los límites de la España* con el artículo; y sin él, *la nobleza de Francia, los reyes de España* y

*

por qué esta diferencia, sino es por que la palabra límites nos obliga á pensar en la estension de estos reynos, cosa que no sucede con las de *nobleza y reyes*?

El uso permite decir casi igualmente bien; *los pueblos de la Asia, las ciudades de la Asia, y los pueblos de Asia, las ciudades de Asia, las ciudades de Francia, los pueblos de Francia, y las ciudades de la Francia, los pueblos de la Francia*. La diferencia de estas frases viene de que en tales ocasiones la imaginacion puede, á su arbitrio, atender ó nó á la estension del país, y se usa entonces del derecho de elegir.

Me parece que cuando se habla de las cuatro partes principales de la tierra, cuesta trabajo hacer abstraccion de su tamaño: y por esta razon decimos: *viene de la América, de la Asia, de la Europa, de la Africa*, y aun creo que el uso no permite hablar de otro modo. Esto no es particular á dichos nombres; por que los de algunos reinos quieren el artículo y debe decirse siempre *los reyes de la China, del Japon*.

La tierra, el sol, la luna, el universo, llevan artículo por analogía; pero no se le pone á *marté, mercurio, venus, júpiter y saturno*, por que en su origen fueron nombres propios de hombres.

Se dice *pescado de mar* cuando solo se quiere distinguir del de rio; mas tambien se dice *pescado del mar, de la india*,

porque entonces se necesita del artículo para limitar este nombre á cierta parte del mar.

Quando el artículo es un adjetivo, no puede emplearse sino en tanto que se enuncia ó subentendiendo el substantivo que modifica; y siempre que solo se halla seguido de un adjetivo, *el grande, el noble, el sublime*, es indispensable que haya elipsis, ó que el adjetivo esté tomado á manera de substantivo.

Si un nombre se halla precedido de muchos adjetivos, se coloca el artículo, ya antes de cada uno de ellos, como en *los buenos y los malos ciudadanos*, ó bien únicamente antes del primero como en *los sabios y zelosos ciudadanos*. La razón de esta diferencia consiste en que en el primer ejemplo el substantivo se distingue en muchas clases *los buenos y los malos*, en cuyo caso debe repetirse siempre el artículo; mientras que en el segundo los adjetivos enuncian cualidades que pertenecen ó pueden pertenecer á una misma clase, y entonces no debe repetirse el artículo.

Quando los verbos en infinitivo se usan como nombres comunes masculinos, admiten el artículo, y así se dice *el andar, el correr, el indagar*. Lo mismo sucede con algunos adverbios y conjunciones, por ejemplo; *el como, el cuando, el si, el porqué*, en cuyos casos se comete elipsis, omitiendo algun nombre.

Creo no haber olvidado ninguna de las dificultades que se pueden suscitar sobre el artículo, y cualesquiera que sean los ejemplos siempre se verá que da la ley la misma analogía. Basta recordar que el artículo es un adjetivo que determina un nombre para tomarse en toda su estension, ó que concurre á restringirlo.

Conocida la naturaleza del artículo, se percibe tambien su utilidad; mas no por esto debe imaginarse que el latin pierda mucho con no tenerlo. Lo que él hace pueden hacer muchas veces las circunstancias en que se habla: la lengua latina reposa sobre ellas, y se limita á espresar lo que dicen.

CAPITULO XIV.

De los pronombres.

Hemos visto que *él, ella, la*, son en realidad unos adjetivos usados con elipsis: en efecto, si despues de haber hablado de *Alejandro*, se añade *él venció á Dario*, *él* se hallará puesto por *Alejandro*, de donde resulta que esta palabra es un adjetivo. Del mismo modo, si habiendo hablado de una casa digo *yo la he visto*, es como si dijera *yo la casa he visto*, y se conoce tambien un adjetivo inmediatamente que se llena la elipsis.

Hemos colocado entre los nombres de la tercera persona los adjetivos *él, ellos, ella, ellas*, y acabamos de considerar como artículos *él, la, los, las*; y porque estos nombres de la tercera persona, y estos artículos se usan sin estar seguidos de los sustantivos que modifican, ha parecido que ocupan el lugar de los nombres que se suprimen, y se han hecho pronombres, esto es, nombres empleados por otros enunciados antes, y cuya repetición se quiere evitar. Tal es la expresión de los pronombres, porque recuerdan un nombre con todas las modificaciones que se le han dado. *¿Ha visto V. la hermosa casa de campo que se acaba de vender? La he visto. La*, es decir, *la hermosa casa de campo que se acaba de vender.*

Los términos figurados se substituyen á otras palabras; pero es menos porque toman su lugar que por recordar el mismo fondo de ideas con accesorios diferentes: tal es *vela* empleado por *bajel*: así, pues, los términos figurados no son pronombres.

Al tratar de los verbos hemos considerado los nombres de las personas como sujetos de una proposición. Restanos que observar sus demás relaciones con el verbo, las diferentes formas que toman, y las leyes que el uso sigue, y con esta ocasión acabaremos de explicar todo cuanto concierne á los pronombres.

CAPITULO XV.

Del uso de los nombres de las personas.

En el singular los nombres de la primera persona son: *yo, mí, me, conmigo*, y en el plural *nos, nosotros, nosotras*.

Yo es siempre el sujeto de la proposición; *yo creo, yo soy*. *Mí, me, conmigo* es el objeto ó término de la acción expresada por el verbo: el objeto en estas frases: *me ama, se desvela por mí, cuenta conmigo*: el término en estas: *me habla, trabaja por mí, se desahoga conmigo*. *Nosotros*, puede ser sujeto, objeto ó término, Sujeto en *nosotros pensamos*: objeto en *acordaos de nosotros*; y término en *traed para nosotros*. *Nos* se usa junto con el verbo cuando su acción es de otra persona como en *nos dijeron*, y muchas veces se postpone como en *decidnos*.

Tal es el uso para los nombres de la primera persona. El mismo es para los de la segunda, si se substituye en los ejemplos *tú á yo, ti á mí, te á me, contigo á conmigo, vosotros á nosotros, os á nos*.

Para la tercera persona se tiene *él, ella, la, ello, lo*, y así decimos: *él viene, llevémoste, quiera ella, obliquenla, ello parece facil pero no lo es*; y aunque *él, la, lo, los*,

pueden parecer equívocos con los artículos, se distinguen de estos en que se usan indiferentemente antes ó despues de los verbos, como en *él llegó, ó llegó él, la eshortaron ó eshortáronla, lo hicieron ó hicieronlo, los hallaron ó halláronlos*, al paso que los artículos solo se ponen antes de los nombres. Para la misma tercera persona se usa tambien de *si, se, consigo*, bajo el mismo respecto que *mí, me, conmigo* en la primera.

CAPITULO XVI.

De los adjetivos posesivos.

Llamo *adjetivos posesivos* á los que determinan un nombre con relacion de propiedad. En *mi sombrero*, *mi* es adjetivo, supuesto que determina á *sombrero*; y es posesivo porque denota una relacion de propiedad del sombrero conmigo. Estos adjetivos espresan relacion de propiedad; á la primera persona *mi, mis, mio, mia, mios, mias, nuestro, nuestra, nuestros, nuestras*; á la segunda: *tu, tus, tuyo, tuya, tuyos, tuyas, vuestro, vuestra, vuestros, vuestras*; á la tercera: *su, sus, suyo, suya, suyos, suyas*.

Mi, tu, su, y su plural, se usan siempre con substantivos, y nunca pueden hallarse precedidos del artículo. Por el con-

trario debe usarse este y subentender un substantivo con *mio, tuyo, suyo*, su femenino y su plural. *Mira aquí tu pluma, dame la mia; la mia* quiere decir *la pluma mia* ó *mi pluma*: en semejante caso el artículo sirve no para determinar *mia* sino para concurrir con este adjetivo á determinar la palabra *pluma*, que está subentendida.

CAPITULO XVII.

De los adjetivos demostrativos.

Los adjetivos demostrativos son los que muestran, por decirlo así, el objeto que determinan: *este hombre, ese libro, aquel abuso*. De estos adjetivos el primero sirve para denotar al que está cerca del que habla, el segundo al que está cerca de la persona á quien se habla, y el tercero al que está mas ó menos distante de ambos.

En los casos en que no se refieren á personas, sino á otra especie de vivientes, ó á cosas inanimadas, no solo significan la misma cercanía ó distancia, sino tambien lo que se tiene asido en la mano, como *este papel, esa carta, aquel instrumento*.

A veces se necesita indicar como presente una cosa designada en tercer lugar; y entonces se denota con los adjeti-

vos *estotro*, *esotro*, *estotra*, *esotra*, y sus plurales.

Las cosas ó acciones indeterminadas se espresan con los adjetivos *esto*, *eso*, *a quello*.

CAPITULO XVIII.

De los adjetivos conjuntivos.

La propiedad de las palabras *quien*, *que*, *cuyo*, *cuya*, *el cual*, *la cual* no es ciertamente poderse substituir á ningun sustantivo aunque todos los gramáticos las coloquen en la clase de los pronombres; así pues, veamos cual es su naturaleza.

Hemos dicho que un sustantivo puede ser modificado por una proposicion incidente: *Los versos del escritor, que V. estima, cuyas obras busca V. y à quien V. concede la preferencia*. Veanse tres proposiciones incidentes: trátase de saber cual es la energia de las palabras *que*, *cuyas* y *quien*.

Observemos desde luego *el cual* y *del cual* y digamos: *el escritor el cual estima V. y del cual*. . . Yo sé muy bien que el uso prefiere *el escritor que*. . . y *cuyas*. . . pero todas estas espresiones tienen el mismo sentido, y tendré derecho de aplicar à *quien*, *que*, *cuyas* lo que haya demostrado

de *el cual* y *del cual*. Además cuando digo *el escritor*, presento una idea en toda su generalidad, y si añado *el cual*, esta palabra restringe la idea, y entonces anuncio que voy á hablar de un individuo, haciendo presentes que lo intento designar por algunas modificaciones particulares.

Estas se espresan en la proposicion incidente que se halla anunciada por la palabra *el cual* que la liga al sustantivo: así es que esta misma palabra comienza á determinar las de *escritor*, y por consiguiente, debe colocarse en la clase de los adjetivos; mas como todo se reputa acompañado de su sustantivo, segun lo hemos notado, cuando este no está espresado, se halla subentendido: por consiguiente *el escritor, el cual estima V. y al cual concede V. la preferencia*, se halla puesto en lugar de *el escritor, el cual escritor estima V. y al cual escritor*. . . y no es de admirar que se use de la elipsis en semejante caso, supuesto que la idea que se deja de enunciar, se suple por si misma: así que muy lejos de que las palabras *quien*, *que*, *cuyo* ocupen el lugar de un nombre, lo suponen tácito despues de ellas. Yo los llamo *adjetivos conjuntivos*: *adjetivos* por que comienzan á determinar el nombre; y *conjuntivos* por que lo ligan á la proposicion incidente que acaba de modificarlo.

Se debe advertir que no siempre se halla espresado el nombre que determinan los adjetivos; pero ellos le suplen: *¿Quien os dijo eso?* es lo mismo que *cual es el hombre, que hombre. Quien no sabe guardar un secreto, no merece tener amigos equiva- le á el hombre el cual hombre no sabe...* Algunas veces el conjuntivo solo se halla precedido de un adjetivo vago: *aquel que*; y entonces es necesario suplir el sustantivo para uno y otro adjetivo, *aquel hombre el cual hombre.*

CAPITULO XIX.

Del uso de los adjetivos conjuntivos

No se dice *el hombre es animal que raciocina, V. fué recibido con urbanidad, que...* sino que debe decirse *el hombre es un animal que raciocina, V. fué recibido con una urbanidad, ó con la urbanidad que.* Ecsaminando estos ejemplos hallaremos la regla que se debe seguir.

Las voces *animal y urbanidad* se hallan indeterminadamente en *el hombre es animal, y en V. fué recibido con urbanidad*: por el contrario estan determinadas y restringidas cuando se dice *un animal, una, ó la urbanidad...* De aqui es que la regla será la de que un adjetivo conjuntivo solo debe referirse á un nombre tomado en sentido determinado.

Cualesquiera lo es siempre que se halla precedido del artículo, ó de los adjetivos *un, todo, algun, ù otros semejantes*; mas tambien puede serlo aunque no se vea precedido de alguno de estos adjetivos, y se equivocará ciertamente el que no comprehenda el sentido de la frase: por ejemplo, todas las frases siguientes son muy correctas: *no hay libro que no haya leído; ¿hay ciudad en el reyno que sea mas obediente? no hay hombre que sepa; obra como padre que.... Libro, ciudad, hombre, padre, se hallan evidentemente determinados; porque el sentido es: no hay un libro que... hay en el reyno una ciudad que.... no hay un hombre que.... obra como un padre que.... del mismo modo se dirá: se halla agoviado de males, de deudas que.... porque se subentende ciertos, muchas ù otra cosa equivalente se halla agoviado de ciertos males, de muchas deudas; se dirá tambien una especie de fruto que no se madura en nuestros climas; porque especie restringe la palabra fruto; finalmente se dirá: no hay injusticia que no cometa, porque el sentido es: no hay una especie de injusticia.*

Aqui tiene lugar una observacion que hemos ya hecho acerca de otros nombres; y es que entre los adjetivos conjuntivos, unos se dicen solo de las personas, y otros de las personas y de las cosas. Tratase de observar lo que sobre esto prescribe el u-
30.

Desde luego es necesario distinguir si el adjetivo conjuntivo es el sujeto de la proposición incidente, el objeto del verbo, ó el término de una relación. Es el sujeto en *la ciencia que mas agrada*; el objeto en *la ciencia que me gusta*, y el término de una relación siempre que puede precederlo una preposición.

Cuando el conjuntivo es el sujeto de la proposición incidente, se usa de *que* ya se hable de las cosas ya de las personas. *Los escritores que saben pensar, saben escribir; los talentos que constituyen al filósofo, y los que hacen al hombre sociable, no son siempre los mismos: la filosofía que forma partidos, que declama y que reprehende, es un fanatismo que quiere parecer lo que no es.*

También se usa de *que* cuando el conjuntivo es el objeto del verbo. *Las artes que estudias; los enemigos que ha vencido; la gramática que escribo.*

Cuando el conjuntivo es el término de una relación, que pudiera expresarse por la preposición *de* se emplea *cuyo*, *cuya*, y sus plurales, cuando determina esa misma relación un nombre: *Cesar cuyo valor: Temístocles cuya prudencia: la Iglesia cuyos doctores: el oro cuyas propiedades:* mas cuando se expresa por un verbo se usa *que* precedido de la preposición *de*: *los bienes de que gozas el peligro de que te hallas amenazado.*

CAPITULO XX.

De los participios de presente.

Se ha recordado muchas veces que los verbos adjetivos, son expresiones compendiadas equivalentes à dos elementos del discurso, que son un nombre adjetivo y el verbo *ser*. *Amar* es equivalente de *ser amante*; *leer* de *ser leyente*, *oir* de *ser oyente*. Estos participios fáciles de reconocer se terminan en *ante* ó en *ente*, y pertenecen à los dos géneros.

APENDICE.

Del gerundio.

Hemos visto que los verbos en infinitivo solo denotan una acción ó un estado que no se refiere à época ninguna. El gerundio participa de ese mismo carácter con solo la diferencia de que es equivalente à una proposición: así, pues, *hablando Pedro llegó su contrario* es lo mismo que *cuan- do, al tiempo que hablaba Pedro llegó...* *Diciendolo yo lo creen* equivale à *si yo lo digo lo creen*: *obrando con actividad lo alcanzará* vale lo mismo que *si obrare con actividad, ...*

Cuando se dice: *riendo puede decirse la verdad*, cuyo significado es *cuando alguno se rie ò aunque alguno se ría*, puede decir *la verdad*, *riendo* es equivalente á una proposicion subordinada, y espresa una accion que puede no ser un accesorio de la proposicion principal, ò que no lo es sino accidentalmente.

VBRI Prefiriendo los cortesanos su ventaja particular al bien general solamente dan consejos interesados. Prefiriendo los cortesanos es aqui lo mismo que los cortesanos que prefieren; asi, pues, prefiriendo equivale á una proposicion incidente, y espresa un hábito, que parece debe ser siempre un accesorio del sustantivo que se modifica. El pensamiento es el mismo que si dijese: *el carácter de los cortesanos es preferir su ventaja particular al bien general y por esta razon solo dan consejos interesados*.

CAPITULO XXI.

De los participios de pasado.

Se dice *he vestido mis tropas, mis tropas estan vestidas*: ved aqui el uso constante; y se ve que en la ultima frase el participio se pone en femenino y en plural, porque *vestidas* es un adjetivo que modifica un sustantivo femenino y plural. De a-

quí es que en todos los casos en que se junta con el verbo *ser* para suplir la voz pasiva de los verbos siempre consierta en genero y número con el sustantivo que modifica, al par que solamente se usa del singular masculino cuando se junta al verbo *haber* para formar los tiempos compuestos: *él ha dicho, ella ha dicho, ellos han dicho, ellas han dicho*.

CAPITULO XXII.

De las conjunciones.

Hemos visto que las conjunciones son, menos elementos del discurso, que espresiones abreviadas que se podrian suplir por otras mas compuestas. Dos proposiciones no se ligan, sino por las relaciones que tienen entre si; y la propiedad de las conjunciones es pronunciarlas.

Se liga una proposicion como consecuencia á otra que le pecede? tenemos las conjunciones *luego, así, ¿como prueba? porque: como opuesta? pero, sin embargo, no obstante; ¿afirman aun mismo tiempo? tenemos la conjuncion y; niegan? ni; afirman separadamente de suerte que de las dos solo una puede ser cierta? ó. Pero es inútil enumerar todas las conjunciones, y lo sería aun mas recargar la memoria con los nombres que*

Cuando se dice: *riendo puede decirse la verdad*, cuyo significado es *cuando alguno se rie ò aunque alguno se ría*, puede decir *la verdad*, *riendo* es equivalente á una proposicion subordinada, y espresa una accion que puede no ser un accesorio de la proposicion principal, ò que no lo es sino accidentalmente.

VBRI Prefiriendo los cortesanos su ventaja particular al bien general solamente dan consejos interesados. Prefiriendo los cortesanos es aqui lo mismo que los cortesanos que prefieren; asi, pues, prefiriendo equivale á una proposicion incidente, y espresa un hábito, que parece debe ser siempre un accesorio del sustantivo que se modifica. El pensamiento es el mismo que si dijese: *el carácter de los cortesanos es preferir su ventaja particular al bien general y por esta razon solo dan consejos interesados*.

CAPITULO XXI.

De los participios de pasado.

Se dice *he vestido mis tropas, mis tropas estan vestidas*: ved aqui el uso constante; y se ve que en la ultima frase el participio se pone en femenino y en plural, porque *vestidas* es un adjetivo que modifica un sustantivo femenino y plural. De a-

quí es que en todos los casos en que se junta con el verbo *ser* para suplir la voz pasiva de los verbos siempre consierta en genero y número con el sustantivo que modifica, al par que solamente se usa del singular masculino cuando se junta al verbo *haber* para formar los tiempos compuestos: *él ha dicho, ella ha dicho, ellos han dicho, ellas han dicho*.

CAPITULO XXII.

De las conjunciones.

Hemos visto que las conjunciones son, menos elementos del discurso, que espresiones abreviadas que se podrian suplir por otras mas compuestas. Dos proposiciones no se ligan, sino por las relaciones que tienen entre si; y la propiedad de las conjunciones es pronunciarlas.

Se liga una proposicion como consecuencia á otra que le pecede? tenemos las conjunciones *luego, así, ¿como prueba? porque: como opuesta? pero, sin embargo, no obstante; ¿afirman aun mismo tiempo? tenemos la conjuncion y; niegan? ni; afirman separadamente de suerte que de las dos solo una puede ser cierta? ó. Pero es inútil enumerar todas las conjunciones, y lo sería aun mas recargar la memoria con los nombres que*

se les ha dado; porque los gramáticos han distinguido hasta quince especies. Así, pues, limitémonos á observar la conjuncion *que*, única que pudiera presentar algunas dificultades.

Hemos visto en la primera parte de esta gramática cual es la naturaleza de esta conjuncion y de que modo se ha encontrado; y nos falta que ver el modo en que se usa. Algunas veces lo verificamos en frases en que se cometen elipsis, suprimiendo la proposicion principal. Por ejemplo decimos: *que yo muera!* esto es, *plegue à Dios que yo muera!* *que me haya olvidado hasta este extremo!* esto es, *me admiro de que me haya olvidado hasta este extremo!* Tambien dejamos suplir la conjuncion misma: *quien me ama sigame*, es decir, *quiero que quien me ama me siga.*

Con esta conjuncion se pone el verbo de la proposicion subordinada, ya en indicativo, *sé que se ha sorprendido*; ya en subjuntivo, *dudo que se haya sorprendido*; y así no es la conjuncion *que* la que determina el modo del verbo de la proposicion subordinada sino el verbo de la proposicion principal.

Si este afirma positivamente y con certidumbre, el de la proposicion subordinada debe tambien afirmar en los mismos términos; y así decimos en indicativo *sé que se halla, sorprendido*, por que la propiedad de este modo es la afirmacion; por el con-

*

trario, decimos en subjuntivo: *dudo que se halle sorprendido*, por que no estando destinado este modo mas que á denotar la relacion de la proposicion subordinada con la principal, conserva en el segundo verbo la duda espresada en el primero.

Así, pues, servirá de regla que el verbo de la proposicion subordinada debe estar en subjuntivo siempre que el de la proposicion principal espresase alguna duda, temor, ó incertidumbre. Por consiguiente se dirá: *ignoro que venga, sé que vendrá: temo que no consiga, creo que conseguirá: deseo que llegue, se asegura que llegó.* Esta regla se aplica á todas las espresiones compuestas en que se hace entrar la conjuncion que: así debe decirse: *atendiendo à que esto es, en el concepto de que esto es*, por que *atendiendo* y *en el concepto de* afirman positivamente: y debe decirse *con tal que eso no sea, à fin de que sea, antes de que sea* por que *con tal que, à fin de, y antes de* dejan en la imaginacion alguna incertidumbre, ó á lo menos alguna suspension. No creo que haya otra cosa que notar sobre las conjunciones.

CAPITULO XXIII.

De los adverbios.

Hemos dicho que el adverbio es una expresion abreviada equivalente á un nombre precedido de una preposicion y dado por ejemplo *sábiamente* que significa *con sabiduria*, mas que significa *en cantidad superior* &.

Sábiamente, *prudentemente* y otros semejantes se denominan *adverbios de modo ó de cualidad*, porque espresan el modo en que se hace una cosa; y todo lo que hay que notar sobre ellos es que se juntan al verbo que modifican: *obra sabiamente*, *obra prudentemente*.

Cuando consideramos las mismas cualidades en dos objetos hallamos entre ellos igualdad ó desigualdad, y tenemos para espresar estas relaciones los adverbios, *mas*, *menos*, *tan*, *mayor*, *menor*, *tan grande*.

Mas cuando decimos *es muy instruído*, *es muy sabio*, no consideramos ya la misma cantidad en dos objetos, sino en uno solo, comparandola á una idea que nos hemos formado y que nos sirve de medida. Tambien empleamos para esto *infinitamente*, *considerablemente*, *abundantemente*, *copiosamente*, *grandemente*, *medianamente*. Todos

estos adverbios se refieren á una medida que se propone cada uno, segun los juicios que tiene hábito de formar.

Los gramáticos distinguen tambien adverbios de tiempo, de lugar, y otros sobre los cuales nada hay que notar. Aun tendríamos poco que decir en este capítulo si no se hubiesen confundido entre los adverbios, adjetivos que vamos á reducir á sus verdaderos elementos.

No pude verte ayer, te veré mañana.

Ayer y *mañana* son evidentemente nombres substantivos: *en el dia de ayer*, *en el dia de mañana* y es necesario acostumbrarse á llenar esas elipsis.

Se dice: *está arriba*, *está abajo* en vez de *en lugar alto*, *en lugar bajo*: aquí el adjetivo se halla modificando á un substantivo precedido de una preposicion, á veces se emplea solo, como *en hablar quedo*, *golpear recio* que significa *hablar en tono bajo*, *golpear con violencia*.

CAPITULO XXIV.

De las interjecciones.

Las interjecciones, ó aquellos acentos que hemos visto ser comunes al lenguaje de accion y al de los sonidos articulados, son unas expresiones rápidas, á veces

equivalentes á frases enteras. No tienen lugar señalado, y no son sino mas espresivas: sea que comiencen con discurso, que lo terminen, ó lo interrumpen, parece que se escapan siempre en el momento de producir su efecto.

A los acentos naturales del lenguaje de accion, han añadido las lenguas palabras tales como *ay!* ¡cielos! Nada tiene que notar la gramática acerca de esta especie de palabras; y corresponde al sentimiento proferirlas á propósito.

CAPITULO XXV.

De la sintaxis.

Nunca concebimos mejor los objetos que cuando se nos presentan sus distintas partes con todas las relaciones que existen en ellas: así, pues, no basta tener palabras para cada idea, sino que tambien se necesita saber formar de muchas ideas un todo, del cual percibamos á un mismo tiempo los pormenores y el conjunto, sin que nada se nos escape; y este es el objeto de la sintaxis.

Las relaciones se denotan de muchos modos, á saber: por el lugar que se da á las palabras; por las diferentes formas que reciben; por preposiciones que las mues-

tran como segundo término de una relacion; por conjuntivos que acercan cuanto es posible las proposiciones incidentes á los substantivos que modifican; finalmente por conjunciones que pronuncian el enlace entre las principales partes del discurso. Estos son los medios: los hemos observado ya en el curso de esta obra; y vamos ahora á hacerlo con mas particularidad.

Pedro es hombre: tal es el orden en una proposicion simple: el sujeto, despues el verbo, y en fin el atributo. Todo sujeto de una proposicion presenta una idea determinada, supuesto que es la cosa de que se habla, y se designa como existente. Parece, pues, que se habría podido decir *hombre es Pedro;* porque siendo *hombre* indeterminado no se podría tomar por sujeto, y por consiguiente la frase no sería menos clara; pero el uso no lo ha permitido mas que en ciertos y determinados casos. Aun permite menos decir *un hombre es Pedro,* porque *un hombre* parecería el sujeto, y la frase tendría algo de ambigua; pero se dirá igualmente *Pedro es el hombre que V. ve,* ó *el hombre que V. ve es Pedro,* en razon de que siendo idénticos los términos de esta proposicion, puede ser uno y otro indiferentemente el sujeto ó el atributo.

Este puede ser un adjetivo: *Pedro es animoso,* y parece tambien que en semejan-

te caso se podría decir *animoso es Pedro*; pero estamos habituados á la primer frase, y solo en uno ù otro caso usamos de estas transposiciones.

Una proposicion se hace mas compuesta à medida que se añaden accesorios al sujeto, al verbo, ó al atributo. El objeto es un accesorio del verbo, y debe seguirlo inmediatamente, ó á lo menos no puede hallarse separado de èl, sino por modificaciones del mismo verbo. *El rey ama al pueblo, el rey ama mucho al pueblo*: aqui se ve que *mucho* no separa *al pueblo* de *ama* sino por que es una modificacion de la accion de amar. No deben eceptuarse de esta regla mas que los pronombres *yo, tu, él, nosotros, vosotros, ellos*, y el conjuntivo *que*; y sin duda el oido es el que ha hechoponer estos pronombres y los nombres de las personas antes del verbo: *yo le amo, él nos ama*. Las otras terminaciones se usan antepuestas ó pospuestas segun lo escije la claridad, la elegancia ò el gusto del que lo habla: y asi se dice *me amas, amasme, te aborrecen, aborrecente, se acuerdan, acuerdandose*: eceptuase el imperativo al cual se posponen siempre, como en *decidle, traedle, í-dos*.

El conjuntivo *que* no puede tener mas que un lugar, y es el inmediato al sustantivo á que liga la proposicion incidente de que es objeto. En *las conquistas que Ale-*

jandro hizo, que es el objeto de la proposicion incidente *Alejandro hizo*, y sigue inmediatamente al sustantivo *conquistas*.

Una proposicion incidente modifica muchas veces un nombre que se halla revestido de algunas modificaciones, por ejemplo: *el hombre de valor que tú conoces* presenta al sustantivo *hombre* modificado por *de valor*; mas el conjuntivo *que* no se refiere á la palabra *valor* cuya idea es indeterminada, ni tampoco á la palabra *hombre* considerada en si misma, sino á la idea total que resulta de las palabras *el hombre de valor* y que es como si estuviese expresada por un solo nombre sustantivo. Este ejemplo confirma la regla de que *el conjuntivo que, debe seguir inmediatamente al sustantivo á que liga la proposicion incidente*; y esta misma regla comprehende á los adjetivos de esta especie, *cuyo, el cual, &c.*

La frase que nos ha servido de ejemplo, esto es, *las conquistas que Alejandro hizo* ocasiona una ecepcion en la regla que se ha dado para el lugar del sujeto; porque siendo igual el sentido ora se diga que *Alejandro hizo* ora *que hizo Alejandro*, se puede dar al nombre arbitrariamente uno ù otro lugar. Hay tambien un caso en que el sujeto puede seguir al verbo y es cuando este se halla precedido de una circunstancia de tiempo: así se dirá *entonces llegó vuestro amigo*.

Las proposiciones incidentes no tienen mas que un lugar en el discurso, pues no podrían hallarse separadas del sustantivo ó por lo menos de la idea total á que se refieren; mas como las proposiciones subordinadas son accesorios del verbo de la proposición principal, y su relación se halla suficientemente indicada por conjunciones ó preposiciones, pueden comenzar ó terminar la frase, ó tambien hallarse entre el nombre y el verbo. *Vuestro hijo está inconocible desde que viajó: desde que vuestro hijo viajó está inconocible: vuestro hijo desde que viajó, está inconocible.* Es evidente que en todas estas coordinaciones se conserva del mismo modo el enlace de las ideas, y que por consiguiente, se hallan comprendidas en las reglas de la sintaxis.

Los medios y las circunstancias son tambien accesorios del verbo, y se les puede dar igualmente lugares diversos en el discurso. Ejemplo para los medios: *con vuestra ayuda este hombre concluirá su asunto: este hombre concluirá su asunto con vuestra ayuda: este hombre con vuestra ayuda concluirá su asunto.* Ejemplo para las circunstancias: *vuestro amigo estaba en Roma entonces: vuestro amigo estaba entonces en Roma: entonces vuestro amigo estaba en Roma.* Así, pues, es regla general que un nombre precedido de una preposición puede tomar diferentes lugares en el discurso siempre que espres-

se los medios, las circunstancias, ó algun otro accesorio al verbo. Solamente se debe cuidar de que no resulte de ello un equivoco con lo que precede, ó con lo que sigue.

Por lo demas, cuando digo que los medios, las circunstancias y otros accesorios del verbo pueden tener diferentes lugares en el discurso, hablo propiamente de los accesorios del verbo *ser*. De aqui es que cuando se emplee un verbo adjetivo se reducirá á sus elementos, esto es, á su participio con el tiempo y modo correspondiente del mismo verbo *ser*, si es que se quiere distinguir los accesorios que pertenecen al verbo de los que tocan al adjetivo. Traduciendo por ejemplo *concluirá* por *será concluyente* de se verá que *con vuestra ayuda* es accesorio del verbo *será* y que *su asunto* lo es del adjetivo *concluyente*. *Este hombre será con vuestra ayuda concluyente de su asunto.*

No debe confundirse con los accesorios del verbo cualquiera nombre precedido de una preposición. Tradúzcase esta frase *salgo mañana para Roma* por esta: *yo soy mañana saliente para Roma;* y se ve desde que *para Roma* es un accesorio que pertenece al adjetivo *saliente* que no se puede transponer, en vez de que puede decirse á discreción: *mañana salgo para Roma, salgo mañana para Roma, salgo para Roma mañana.*

Segun los ejemplos precedentes, se juzga que los mismos signos denotan siem-

pre las relaciones de las palabras y de las frases, que es lo que pertenece propiamente á la sintaxis; mas como puede variar la colocacion de las unas y de las otras, segun las diferentes transposiciones que son permitidas, se mudan las construcciones, aunque la sintaxis sea siempre la misma. Esta solo consiste en los signos elegidos para denotar las relaciones; mientras que la construccion consiste en las diferentes coordinaciones, que nos podemos permitir, observando siempre las reglas de la sintaxis. Vamos á tratar de esto en el capitulo siguiente.

CAPITULO XXVI.

De las construcciones.

Un príncipe, que llena exactamente sus deberes, merece el amor de sus subditos y la estimacion de todos los púeblos. Un príncipe es el nombre de la frase, la cosa de que se habla; nada supone anterior, y todas las demas palabras se refieren á esta que las precede. En semejante discurso, no queda suspensa la imaginacion, y se penetra el pensamiento, á medida que se lee. Yo llamo á este orden *construccion directa*.

Pero si digo: *con una conducta como la vuestra*, estas palabras dejan suspensa la

imaginacion, y se ve que dependen de alguna cosa que voy á decir; porque la preposicion *con* indica el segundo termino de una relacion, y yo no he mostrado el primero: así, pues, se percibe que mi discurso va á terminar por ideas que en el orden directo deberían ser las primeras; de modo que este diverso orden ecsiste siempre que hay transposicion. Yo le llamo *construccion inversa*.

Esta especie de construccion es lo que los gramáticos denominan *inversion*; pero no es, como ellos dicen, un orden contrario al orden natural, sino únicamente un orden diferente del directo, pues que las construcciones directas ó inversas son igualmente naturales: y así como era natural en Ciceron hablar el latin, y por consiguiente hacer muchas inversiones, así tambien nos es natural á nosotros hablar el castellano y hacer pocas. La palabra *natural* se toma aquí con impropiedad, y no significa lo que harèmos en consecuencia de la conformacion que nos da la naturaleza, sino solo lo que harèmos en consecuencia de los hábitos que hemos contraido.

A la verdad no hay en el espíritu ni orden directo, ni orden inverso, puesto que percibe al mismo tiempo todas las ideas de que juzga, y las pronunciaría tambien del mismo modo si le fuese posible

pronunciarlas. Vease aqui lo que le sería natural; y como habla cuando no conoce mas que el lenguaje de accion.

Por consiguiente, solo en el discurso en donde las ideas tienen un orden directo ó inverso, porque solo en él se suceden; ambos son igualmente naturales, porque en efecto en todas las lenguas se usan las inversiones, á lo menos tanto como lo permite la sintaxis.

Sè muy bien que se pulsará dificultad para persuadirse que percibimos al mismo tiempo todas las ideas que se hallan como envueltas en un pensamiento algo compuesto; y que se pedirá con obstinacion el orden natural en que se presenta sucesivamente à la imaginacion; mas si yo preguntáse *cual es el orden natural en que los objetos se presentan sucesivamente à la vista cuando esta abraza al mismo tiempo todo quanto hiere los ojos*, se me diría que hacía una pregunta absurda; y si añadiese que es necesario sin embargo que haya en la vista un orden directo ó inverso, se pensaría que desatinaba totalmente. Cuando se ve de una vez, se me diría, no se ve una cosa despues de otra: es menester considerar sucesivamente las cosas que se ven. Digase otro tanto de la vista del espíritu: quando ve, ve al mismo tiempo todo lo que se le presenta; y es indispensable que considere para establecer un orden directo ó

inverso en lo que percibe; y no considera sino en tanto que necesitamos hablar ó percibir las cosas de una manera distinta. Veamos un ejemplo de las inversiones en el que nos ha servido para la análisis del discurso.

„En esta infancia, ó por mejor decir, en este caos del poema dramático entre nosotros vuestro ilustre hermano, despues de haber buscado por algun tiempo el buen camino, y luchado si puedo espresarme asi contra el mal gusto de su siglo, inspirado al fin de un genio extraordinario y ayudado de la lectura de los antiguos; hizo ver la razon sobre la escena; mas la razon acompañada de toda la pompa y de todos los adornos de que nuestra lengua es capaz, poniendo felizmente de acuerdo lo verosímil con lo maravilloso, y dejando muy atrás à todos sus rivales, cuya mayor parte desesperando de alcanzarlo, y no atreviéndose ya à disputarle el lauro, se limitó à combatir la voz pública declarada por él, y procuró, aunque en vano, rebajar un mérito que ninguno de ellos podrá igualar, por medio de discursos y criticas frívolas.”

Considérese el modo en que todas las partes de este periodo se ligan à una idea principal, para formar un solo todo: asi es como Racine vea esta multitud de ideas; y asi es tambien como le era natural presentarlas. Substituyamos el orden directo y digamos:

Vuestro ilustre hermano hizo ver la razon sobre la escena; mas la razon acompañada de toda la pompa y de todos los adornos de que nuestra lengua es capaz, poniendo felizmente de acuerdo lo verosímil con lo maravilloso y dejando muy atrás á todos sus rivales.

Hizo ver la razon en esta infancia, ó por mejor decir, en este caos del poema dramático entre nosotros.

La hizo ver despues de haber buscado por algun tiempo el buen camino, y luchado, si puedo espresarme así, contra el mal gusto de su siglo.

En fin la hizo ver cuando se hallaba inspirado de un genio extraordinario, y ayudado de la lectura de los antiguos.

Se ve que para seguir el orden directo, me he visto obligado á dividir un pensamiento que es y solo debe ser uno. Si evitase repetir hizo ver la razon, no por eso estaria menos dividido, pues yo no acabaria de desarrollarlo sino despues de continuar varias veces. En Racine al contrario, este pensamiento se halla, digamos así, vaciado de una sola vez, y tal es la ventaja del orden inverso.

Se hallan dos cosas en el discurso: el enlace de las ideas se encuentra siempre en el orden directo; mas por poco compuesto que sea un pensamiento, el conjunto no

puede hallarse sino en el orden inverso. Así, pues, es absolutamente indispensable usar de las inversiones, y por lo mismo, lo es tambien que sean naturales.

Hemos considerado las lenguas como otros tantos métodos analíticos, y hemos visto qué signos tiene la nuestra, y las reglas con que deben usarse.

FIN:

JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DE BIBLIOTECAS

FEE DE ERRATAS.

Página.	Línea.	Dice	Lease
5.	23.	movimieto.	movimientos.
20.	13.	jugamos.	jujamos.
24.	11.	nuestra.	nuestra.
43.	25.	diatingue.	disiingue.
81.	21.	puntualmente.	paulatinamente.
118.	ult.	ecsiten.	ecsisiten.
128.	4.	en.	de.
135.	prim.	voy á hacer.	voy á hacer.
140.	16.	tubiesemos.	tuviesemos.
142.	30.	defeto.	defecto.
143.	13.	hallan.	hayán.
146.	prim.	to.	todos.
149.	12.	borseguí.	borceguí.
150.	8.	en artículo.	en el artículo.
Ibid.	25.	embras.	hembras.
152.	28.	determinacion.	de terminacion.
153.	17.	adjetivo.	substantivo.
159.	31.	colorno.	Colorno.
Ibid.	ult.	colorno.	Colorno.
160.	17.	tiempo.	tiempo.
161.	29.	berbo.	verbo.
164.	7.	de.	de.
169.	14.	artículo.	artículo.
199.	6.	presentes.	presentir.
205.	3.	consierta.	concierta.
Ibid.	20.	pecede.	precede.
207.	5.	prinsipal.	principal.
210.	2.	con.	un.
215.	27.	desde que.	desde luego que.

INDICE DE LAS MATERIAS.

LECCIONES PRELIMINARES.

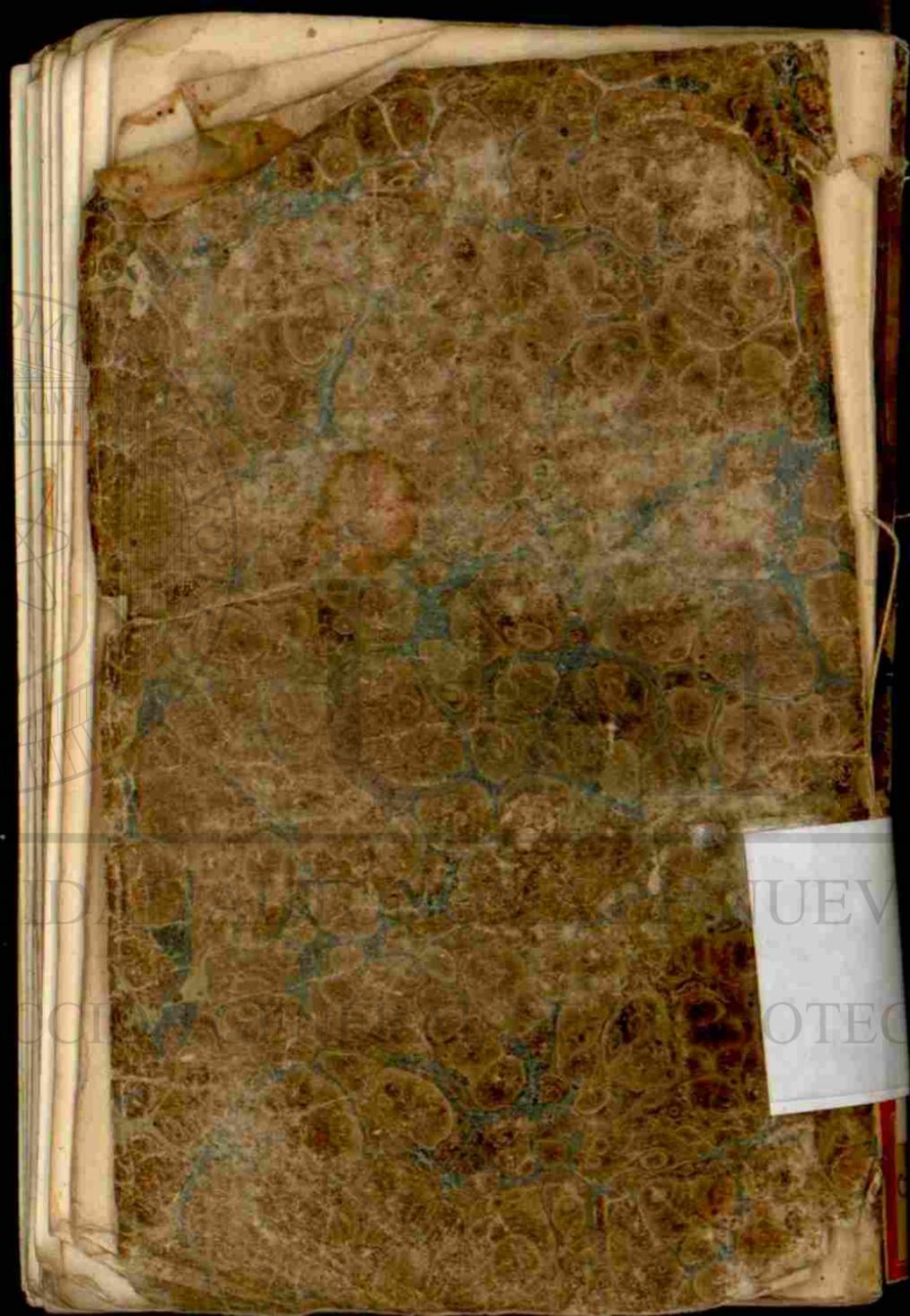
Definicion de la Gramática general.	Pag. 3.
Art. I. De las diferentes especies de ideas.	id.
Art. II. De las operaciones del alma.	13.
Art. III. De los hábitos.	24.
Art. IV. El alma es una substancia diferente del cuerpo.	27.
Art. V. Del modo como nos elevamos al conocimiento de Dios.	30.

PRIMERA PARTE.

De la analisis del discurso.

Cap. I. Del lenguaje de accion.	37.
Cap. II. Consideraciones generales sobre la formacion de las lenguas, y sobre sus progresos.	47.
Cap. III. En qué consiste el arte de analizar nuestros pensamientos.	53.
Cap. IV. De la necesidad de los signos artificiales para descomponer las operaciones del alma, y darnos ideas distintas de ellas.	63.
Cap. V. Del método con que deben emplearse los signos artificiales para formarse ideas distintas de cualquiera especie.	67.
Cap. VI. De las lenguas consideradas como otros tantos métodos analíticos.	78.
Cap. VII. Del modo en que el lenguaje de accion descompone el pensamiento.	83.
Cap. VIII. Del modo en que las lenguas analizan el pensamiento á los principios.	85.
Cap. IX. Del modo en que se hace la analisis del pensamiento en las lenguas formadas y perfeccionadas.	98.
Cap. X. Del modo en que se descompone el discurso en proposiciones principales, subordinadas, incidentes, y en frases y periodos.	106.
Cap. XI. Analisis de la proposicion.	113.
Cap. XII. Analisis de los términos de la proposicion.	117.

Cap. XIII. Continuación de la misma materia, ó análisis del verbo.	124.
Cap. XIV. De algunas espresiones que se han colocado entre los elementos del discurso, y que aunque simples en la apariencia, son en rea- lidad espresiones compuestas equivalentes á mu- chos elementos.	132.
SEGUNDA PARTE.	
De los elementos del discurso.	137.
Cap. I. De los nombres substantivos.	133.
Cap. II. De los adjetivos.	144.
Cap. III. De los números.	148.
Cap. IV. De los géneros.	150.
Cap. V. Observaciones acerca del modo de co- certar en género y número con los substantivos.	153.
Cap. VI. Del verbo.	154.
Cap. VII. De los nombres de las personas con- siderados como sujetos de una proposición.	156.
Cap. VIII. De los tiempos.	158.
Cap. IX. De los modos.	165.
Cap. X. De las conjugaciones.	173.
Cap. XI. Observaciones sobre los tiempos.	178.
Cap. XII. De las preposiciones.	181.
Cap. XIII. Del artículo.	186.
Cap. XIV. De los pronombres.	193.
Cap. XV. Del uso de los nombres de las per- sonas.	195.
Cap. XVI. De los adjetivos posesivos.	196.
Cap. XVII. De los adjetivos demostrativos.	197.
Cap. XVIII. De los adjetivos conjuntivos.	198.
Cap. XIX. Del uso de los adjetivos conjun- tivos.	200.
Cap. XX. De los participios de presente.	203.
Apéndice. Del Gerundio.	id.
Cap. XXI. De los participios de pasado.	204.
Cap. XXII. De las conjunciones.	205.
Cap. XXIII. De los adverbios.	208.
Cap. XXIV. De las interjecciones.	209.
Cap. XXV. De la sintaxis.	210.
Cap. XXVI. De las construcciones	216.



BIBLIOTECA

MUSEO